

GÉNESIS DEL AISLAMIENTO HISTÓRICO DE CHILE: CONFLICTOS CON ARGENTINA Y PERÚ EN LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA. IMPORTANCIA NO RECONOCIDA DEL PAPEL CHILENO EN LA EMANCIPACIÓN AMERICANA

-Ampliado y actualizado el 10 de mayo de 2008-

LA SITUACIÓN DE AISLAMIENTO DE CHILE CON RELACIÓN A SU ENTORNO VECINAL, DEBE GRAN PARTE DE SU GESTACIÓN A LOS EPISODIOS CONTROVERSIALES QUE TUVIERON LUGAR DURANTE EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN, EN DONDE EL ÁNIMO DE ARGENTINA Y PERÚ YA ERA CLARAMENTE NACIONALISTA Y MEZQUINO, EN CONTRASTE CON LOS DESPRENDIDOS ESFUERZOS ECONÓMICOS Y HUMANOS DE CHILE POR SOLVENTAR LA AVENTURA DE LA EXPEDICIÓN DE LOS ANDES Y LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ. HISTORIADORES ARGENTINOS Y PERUANOS NO SÓLO HAN BUSCANDO MINIMIZAR LA ACTUACIÓN DE CHILE EN EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN Y LA RELEVANCIA QUE TUVIERON LAS FIGURAS DE CARRERA, RODRÍGUEZ Y O'HIGGINS EN LA GESTA INDEPENDENTISTA CONTINENTAL, SINO QUE, ADEMÁS, HAN PRETENDIDO EXALTAR HASTA LO INVEROSÍMIL LA ACTUACIÓN DEL GENERAL SAN MARTÍN EN EL MISMO PROCESO Y, EN EL CASO PLATENSE, SOSTENER EL MITO DE QUE LA ARGENTINA LIBERÓ A CHILE Y AL PERÚ. DESDE MUCHOS PUNTOS DE VISTA, ADEMÁS DE HABER PERMITIDO QUE OTROS CORTARAN LOS LAURELES DEL RECONOCIMIENTO Y LA HISTORICIDAD, EL ENORME SACRIFICIO REALIZADO POR CHILE DURANTE LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA, INSPIRADO ÚNICAMENTE EN EL SENTIMIENTO DE CONFRATERNIDAD REGIONAL, HA CONTRIBUIDO A INVERSAMENTE, PARA AFIANZAR EL DISTANCIAMIENTO DEL PAÍS CON SU ENTORNO, PROFUNDIZANDO SU HISTÓRICO AISLAMIENTO DENTRO DEL VECINDARIO.

****

Antecedentes de la Independencia de América. Factores de contexto histórico
Procesos de Independencia en Argentina y Chile (1806-1811). El Gobierno de Carrera
Señales de la temprana tendencia absorcionista de Buenos Aires contra Chile
Influencia de la Logia Lautarina. Más sobre las rivalidades entre Carrera y O'Higgins
Desastre de Rancagua y destierro en Mendoza en 1814. El Ejército de los Andes
Afán monarquista y más intervencionismos del Plata. Cancha Rayada y Chacabuco
Carrera profetiza expansionismo contra su patria. Su "Aviso" de 1818 al pueblo chileno
El Plata resiste reconocer independencia chilena tras Maipú. Asesinato de Rodríguez
Correrías de Carrera por el federalismo argentino. El testamento y el trágico fin del prócer
Inicio de expedición al Perú. Arribo de Lord Cochrane. Celos e ingratitudes de San Martín
Chile iguala a indios y criollos y ordena bloquear puertos peruanos. Jurisdicción de Atacama
Decisiones irracionales de San Martín. Cochrane marcha al Sur. Tropelías de Benavides
Expedición Libertadora: una hazaña chilena. Aprensiones de Cochrane y el Senado en 1820
Comportamiento de San Martín en Perú. Errores, ambiciones y actos oportunistas
San Martín rompe acuerdos y se proclama Protector del Perú. Reacción del Senado
Nuevo afán monarquista. San Martín renuncia y hace inútil el sacrificio chileno en Perú
Cochrane contra San Martín. Abdicación de O'Higgins y partida del Almirante en 1823
Primeras señales de ingratitud peruana. Riva Agüero pacta contra los patriotas
"Agradecimiento" del Perú a Chile: guerrilla comercial y pretensiones sobre sus territorios
Expedición de Ramón Freire a Chiloé en 1826 frustra plan peruano sobre el archipiélago
Bolívar condena al pueblo peruano. Su muerte y el triste derrumbe del sueño unificador

[Génesis de las pretensiones argentinas en la Patagonia, Magallanes e islas australes]
[Revisando la exaltación mesiánica de San Martín en la independencia de Chile y Perú]
[Génesis del mito platense de que "Argentina liberó a Chile". Una opinión de Barros Arana]
[Perú se niega a pagar a Chile de su liberación y otorga todo el crédito a los argentinos]

Antecedentes de la Independencia de América. Factores de contexto histórico

Aunque la mayor parte de los estudios sobre la Independencia de América parten del proceso general iniciado hacia 1810, cabe destacar que, desde mucho antes, una serie de viejas revueltas e intentos revolucionarios fallidos ya habían sembrado por el continente los afanes autonomistas casi desde la Conquista, y que sólo se verían circunstancialmente favorecidos por la crisis de Europa durante la aventura napoleónica. Por esta razón, no es más que un estímulo a la autorreferencia y al orgullo el que algún pueblo de América se arrogue el pergamino de haber lanzado *"el primer grito de independencia"* del continente, figura retórica muy frecuente en la literatura de la historia latinoamericana. Así tenemos, por ejemplo:

- 1537: Primera Rebelión Comunera del Paraguay, que se origina tras la muerte de Pedro de Mendoza, Primer Adelantado del Río de la Plata, ante lo cual la Corona de España dictó una Real Cédula con fecha 12 de septiembre de 1537, donde se determinaba que si el sucesor Juan de Ayolas llegaba a morir, el próximo Gobernador sería elegido por voto de los habitantes. Esta facultad sería aprovechada por Asunción para elegir de manera indefinida a sus gobernantes. Cuando llegó al territorio el Segundo Adelantado del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tras un breve mandato fue depuesto por un alzamiento popular y forzado a volver a España, siendo reelegido Domingo Martínez de Irala por voto popular para ocupar el cargo.

- 1541: Levantamiento en Chile de los lavaderos Marga Marga, seguido de la destrucción del recientemente fundado Santiago del Nuevo Extremo, por parte del cacique Michimalongo o Michimalonko, del Aconcagua, ayudado por indígenas melipillanos y del entorno del Mapocho, molestos con los abusos y los desalojos provocados por los hombres de Pedro de Valdivia luego de sentar los primeros campamentos de la ciudad. El ataque se produjo tras el fracaso el Parlamento del Cerro San Cristóbal. La ciudad de Santiago fue casi totalmente arrasada, el día 11 de septiembre.

- 1552: Alzamiento de Lautaro en Chile, correspondiendo probablemente a la primera insurgencia de ideología directamente anticonquistadora en América, que tiene lugar cuando el joven caudillo mapuche Leftrarü o Lautaro se revela contra Pedro de Valdivia tras haber estado a su servicio desde 1546, y le declara la guerra a los españoles empleando sus mismas técnicas de uso de armas o caballos y tácticas militares, que había aprendido estando entre ellos. Pasa ser elegido *Toki,* subleva Arauco y toma los fuertes Purén y Tucapel, donde sería capturado y ejecutado Valdivia. Arrasó Concepción y Angol en 1554, pero tras altos y bajos en su cruzada, fue derrotado y muerto en 1557 a orillas del río Mataquito. Veremos que esta figura sería la inspiración de los

patriotas independentistas de América del Sur que, finalmente, cortaron por la fuerza los nexos del poder español.

- 1640: Revolución Guaranítica paraguaya, que constituye un punto intermedio entre la primera y la segunda revolución de los comuneros y se origina cuando los indígenas se levantan contra el poder español y contra la Compañía de Jesús acaudillados por Fray Bernardino de Cárdenas, quien acabó derrotado y expulsado una década después de iniciadas las largas revueltas.

- 1661: Asalto al Palacio del Corregidor de La Paz de los Charcas, por las fuerzas revolucionarias de Antonio Gallardo, al grito de *"¡Libertad para los Americanos!"*, constituyendo la primera rebelión de este tipo en territorio boliviano. Los rebeldes atacaron el Palacio del Corregidor Cristóbal Canedo, dándole muerte. Gallardo sería derrotado y muerto en combate, posteriormente.

- 1717: Segunda Rebelión Comunera del Paraguay, originada entre comuneros en contra del poder de los jesuitas sobre la economía local y sobre el empleo de indígenas guaraníes en los campos, a quienes los religiosos protegían provocando un conflicto con los patrones y latifundistas interesados en controlar toda la tierra y la producción. Ésta sería la primera vez que una colonia española en América declara formalmente la ilegitimidad del gobierno, en este caso del Gobernador de Asunción Diego de los Reyes Balmaceda.

- 1730: Alzamiento de Calatayud, protagonizado por el platero mestizo Alejo Calatayud en Cochabamba, Alto Perú o actual territorio de Bolivia. La rebelión tuvo lugar por el peso de los tributos que fueron impuestos a los indígenas y mestizos de manera pareja, sin considerar las diferencias económicas que pesaban entre ambos sectores de la sociedad colonial. El alzamiento fue sofocado poco después.

- 1749: Revuelta contra la Compañía Guipuzcoana en Venezuela, liderada por Juan Francisco de León y la aristocracia terrateniente de Caracas para destruir el monopolio y el control de precios que ejercía esta Compañía creada en 1728 precisamente para resguardar la reciprocidad del comercio entre España y Venezuela. Irónicamente, la Compañía habría sido responsable de introducir idearios provenientes de la Ilustración y del Enciclopedismo francés que, según veremos, fueron vitales para empujar al independentismo americano.

- 1779: Levantamiento de los Catari, conducido por los hermanos Tomás, Dámaso y Nicolás Catari o Katari contra los abusos de los cobradores de impuestos de Potosí y de Chuquisaca con 12 mil hombres, siendo aplastados y ejecutados en 1781.

- 1780: Alzamiento de Tupac Amaru, ocurrido cuando el líder indígena José Gabriel Tupac Amaru (o Tupa Amaro) se rebeló contra los abusos y el régimen de trabajo de "mita" al que eran sometidos los indígenas, declarándole la guerra al hombre blanco y proclamándose Emperador del Perú. Se dice que su nombre real era José Gabriel Condorcanqui Noguera y que era descendiente del Inca Tupac Amaru, pero existen algunas discrepancias y nebulosas al respecto. Tras promisorias victorias de su revuelta contra las fuerzas virreinales, fue derrotado en la batalla contra los realistas en Tinta, y ejecutado en el Cuzco a los pocos días. Su

presencia en la historia constituye una figura casi legendaria en la aspiración de la libertad americana.

- 1781: Motín de los Comuneros de Nueva Granada, bajo la dirección de Juan Francisco Berbeo para abolir nuevas alzas tributarias ordenadas por las autoridades pero que terminó con la constitución provisoria de un gobierno autónomo a pesar de que Berbeo declaraba seguir siendo fiel a la Corona. El movimiento depuso su rebelión tras mediación del obispo Antonio de Caballero y Góngora. Y aunque Berbeo fue perdonado y reincorporado a la administración política, muchos alzados fueron ejecutados.

- 1781: Alzamiento de Tupac Catari, indígena altiplánico llamado en realidad Julián Apaza, que tomó su apodo del nombre de Tupac Amaru y del apellido de los hermanos Catari. Reunió 40 mil hombres que cercaron La Paz e incluso contó con la ayuda de Tupac Amaru, poniendo en jaque al gobierno colonial antes de ser aplastado.

- 1809: Rebelión de la Audiencia de Charcas, el 25 de mayo, que depuso en Chuquisaca al gobernador. El caudillo Domingo Murillo proclamó la Junta Tuitiva el 16 de julio en La Paz, deponiendo a las autoridades representantes del Virreinato del Plata y asaltando cuarteles realistas. Pero fuerzas enviadas desde Perú aplastaron la revolución y ejecutaron a sus cabecillas. Aunque Charcas había intentado aprovechar tempranamente las condiciones que sí pudieron ser explotadas por Argentina y Chile al año siguiente, su independencia no quedaría sellada sino hasta 16 años después.

Aunque el orgullo de los historiadores "americanistas" tiende más bien a no reconocerlo, no cabe duda de que otra fuerte inspiración en América para el independentismo fue la guerra de las 13 colonias norteamericanas en contra del dominio británico, a partir de 1775 y hasta 1783, consumando la Independencia de los Estados Unidos, proceso que estuvo asistido por Francia y España.

Tras revisar estos antecedentes de la aspiración independentista de América, podemos comprender cómo fueron aprovechadas las condiciones que presentaron España y sus colonias a partir del siglo XIX para consolidar de una vez esta vieja aspiración de los pueblos. Además, la animosidad de las colonias contra España había tenido tiempo suficiente de cultivo tras siglos de actitudes que los súbditos de Indias americanas consideraban despóticas y abusivas, contando con la simpatía y el interés del los pueblos europeos en su causa, como los ingleses. Así, pues, nos encontramos con la categórica descripción que hace al respecto Ferdinand Brock Tupper hacia 1835 en su patria ("Memorias del Coronel Tupper", Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires / Santiago de Chile, 1972, pág. 46):

> *"España en verdad tiene mucho de qué responder, pues, no sólo ante sus ex colonias sudamericanas sino ante la civilización universal y la humanidad, por los tres siglos del más enorme desgobierno que jamás se haya visto en época ni país alguno. Su dominación en aquel continente, habiendo sido desde el principio impregnada de avaricia y crueldad, es tal vez la mancha más impura de la historia moral del mundo. Pero no ha logrado escapar al castigo de sus errores*

> *políticos, pues la mano retributiva de la justicia está seguramente visible en su actual estado de degradación".*
>
> *"Aquellos principios no fueron otros que una impía alianza de déspotas que no vacilaron en decretar que la voluntad del rey era superior a la voz del pueblo, y que la obstinación de un solo individuo puede llevar la desolación sobre un país entero. Demasiado orgullo para reconocer su debilidad y demasiado vicioso para distinguir cuándo la sumisión llega a ser una virtud, el desgraciado Fernando ha prolongado el mantenimiento de ese estado de cosas, libremente, afuera y dentro del país, hasta que su carácter ha llegado a ser un proverbio entre las naciones".*

En julio de 1806, la escuadra de Inglaterra avanzó hacia Buenos Aires con la intención de apropiarse de la principal factoría española en el Atlántico. La reacción inglesa era una venganza contra la ruptura hispana a su alianza con Gran Bretaña y el acercamiento peninsular a Francia, el año anterior. La ciudad platense estuvo en su control hasta el 12 de agosto, cuando el Capitán de Navío francés Santiago Liniers, los expulsó con un alzamiento efectuado con ayuda de indios de las pampas. Pero los majaderos invasores se replegaron a la ciudad de Montevideo, al otro lado del Plata, tomándola el 3 de febrero de 1807.

Liniers, fiel a la Corona, fue ascendido a Virrey. Sin embargo, los habitantes de Buenos Aires se sentían tan ajenos al dominio europeo que comenzaron a prender entre ellos las rebeldías hacia el soberano, cuidadosamente fomentadas también por los ingleses a través del comercio y de sociedades secretas, matiz criptopolítico de la historia de la Independencia de América que sólo un puñado de autores ha abordado con cierta profundidad. El sentimiento antieuropeo se vio fomentado, además, por la capitulación de las fuerzas inglesas ante Liniers, el 5 de julio, y por la renuncia de Carlos IV en marzo del año siguiente, en favor de Fernando VII. El nuevo Rey, sin embargo, no disfrutó por mucho tiempo del trono: el 10 de abril de 1808 fue capturado por Napoleón Bonaparte, que ya había invadido Portugal, y se le obligó a abdicar en favor del hermano de este último, José, quien, apodado despectivamente *Pepe Botellas* por sus detractores que le adjudicaban vicios que, al parecer, no tenía realmente. La resistencia española reaccionó levantando una Junta Central en Sevilla.

Esta situación terminó de cortar los hilos de las colonias americanas con la Madre Patria y a precipitar los sentimientos independentistas, al tiempo que arrojaba a los ingleses a los brazos de una alianza con España luego de tantos años de conflictos, iniciada con el envío de fuerzas británicas a Lisboa para combatir a los franceses. Y en medio de tal vorágine, se encontraba luchando en la Península y por las fuerzas locales el joven militar chileno José Miguel Carrera, que desde septiembre de 1808 permanecía destinado al Regimiento *Farnesio* en formación, con el grado de Teniente. Tras la batalla de Talavera de la Reina, fue ascendido a Capitán de Húsares. Su participación en lo que estaba por comenzar en América sería decisiva y epopéyica.

En semejante escenario, los países sudamericanos estaban próximos a levantarse casi naturalmente y uno a uno contra Europa. Una generación de intelectuales profundamente influidos por el enciclopedismo revolucionario francés y por las reformas borbónicas aspiraban ya a aplicar en las colonias los conceptos tomados del

independentismo antimonárquico y de la Ilustración, además de favorecer a las fuerzas liberales que clamaban por el fin de los monopolios comerciales que dominaban en las Indias Occidentales esperando hacer prevalecer el libre mercado lejos de la tutela y del abuso imperial que sometía especialmente a la producción agrícola y ganadera de América del Sur.

Procesos de Independencia en Argentina y Chile (1806-1811). El Gobierno de Carrera

Entre la incertidumbre y la conjunción de hechos, el único argumento territorial que las nuevas Repúblicas podían alegar al respecto era en base al principio del *uti possidetis* (validado en acuerdos posteriores, según veremos): cada país tendría como soberanía territorial lo mismo que le correspondía como colonia de España hasta el momento de 1810, a pesar de que, en la práctica, ninguna de las jóvenes repúblicas tenía verdadera conciencia o conocimiento de sus respectivos ámbitos jurisdiccionales, sino más bien ideas muy generales y ambiguas, que prácticamente siempre se superpusieron a las pretensiones de vecinos. En 1809, por ejemplo, Liniers había debido expulsar de Buenos Aires a un grupo de insurrectos liderados por Alzaga Olabarría. Curiosamente, en una prueba de que el territorio patagónico no le pertenecía al Plata o que aún no lo creían dentro de su jurisdicción, fueron expulsados hasta la costa de la Patagonia, pues era considerada ajena al resto de Buenos Aires. Desde allí, los rebeldes consiguieron embarcarse hasta Montevideo.

En tanto, las medidas de apertura al comercio inglés habían dado al Virreinato de la Plata una gran prosperidad, que confirmaba las esperanzas de tiempos mejores fuera del yugo español, prometidas por agitadores como Rodríguez Peña. Tras la formación de una milicia informal, el caudillo militar Cornelio Saavedra solicitó al Virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros la constitución de un Cabildo Abierto para el día 22 de mayo de 1810. De este modo, los argentinos constituyeron su Primera Junta Nacional el 25 de mayo, deponiendo a Cisneros aunque declarando aún su lealtad al Rey Fernando VII. Refiriéndose a estos hechos, el 22 de junio siguiente, Cisneros le escribía al repuesto Rey cómo se había manipulado la decisión del Cabildo en favor de los independentistas ("Autonomía o ciudadanía incompleta: el pueblo mapuche en Chile y Argentina", CEPAL - SERIE población y desarrollo, N° 41, pág. 90):

> *"Había yo ordenado que se apostase para este acto una compañía en cada bocacalle de las de la plaza, con el fin de que no se permitiese entrar persona alguna que no fuese de las citadas. Pero la tropa hacía lo que los oficiales les prevenían y éstos les prevenían lo que les ordenaba la facción. Negaban el paso a la plaza a los vecinos honrados y lo franqueaban a los de la confabulación... Así, en una ciudad de más de tres mil vecinos de distinción y nombre, solamente concurrieron doscientos, y de éstos, muchos eran pulperos, algunos artesanos y hasta indios y de los más ignorantes y sin las menores nociones para discutir un asunto de la mayor gravedad, como el que se trató".*

El 18 de septiembre correspondió a Chile incorporarse a la escalada emancipadora con su primera administración independiente, a través de

la Primera Junta Nacional de Gobierno, presidida por el ya anciano Mateo Toro y Zambrano, el "Conde de la Conquista", quien a fuerza de circunstancias había debido ir cediendo sus ideas realistas a la ola emancipadora.

Una breve pero notable descripción del estado político y social de Chile en 1810, la ofrece Alberto Edwards Vives en su "Bosquejo Histórico de los Partidos Políticos Chilenos":

> *"Chile se encontró separado del poder político de los reyes de España cuando por su constitución social no había dejado de ser todavía lo que fue durante la colonia: una aristocracia respetable y unida por la nacionalidad y el parentesco, pero inexperta en el manejo de los negocios públicos de que se había visto sistemáticamente alejada, y un pueblo del todo incapaz de comprender y practicar los derechos y deberes de los ciudadanos de un país libre; tal era, en su conjunto, el aspecto que presentaba la sociedad chilena en la época de la Independencia".*
>
> *"Preciso es reconocer, sin embargo, que ya entonces existían en Chile elementos capaces de formar una sociedad organizada. Efectivamente, la civilización española, por incompleta que pueda parecernos, llevaba en sí el germen de todo lo que constituye un pueblo regularmente constituido: propiedad, familia, leyes de unión, sentimientos de orden y tradiciones de gobierno. Además, por sus condiciones geográficas, Chile tenía una cabeza política y social, esto es: Santiago, donde se encontraban reconcentradas todas las fuerzas vivas de la nación, pudiendo decirse que entonces era el país a su capital lo que los campos de una hacienda son a sus casas de administración. Es imposible desconocer el inmenso valor de esta feliz circunstancia cuando se trata de organizar un país nuevo, que se ve de improviso en la precisión de sacar de sí mismo sus elementos de gobierno: basta considerar lo que las rivalidades provinciales han perturbado la constitución de la América Latina para penetrarse de esta verdad".*

La noticia llegada a Carrera, en España, de que en Santiago se había formado la Primera Junta Nacional -en la que participaba su padre, Ignacio Carrera- en el contexto político-social descrito, le motivó con vivo interés. A partir de aquel momento, no descasaría en su deseo de retornar a Chile a apoyar el proceso. Tras arduas gestiones, fue autorizado a regresar el 17 de abril de 1811, a bordo de la fragata inglesa "Standart", que llegó a Valparaíso el 25 de junio. Conciente del duro tránsito en que se encontraba España, desplegó de inmediato sus fuerzas en pro de la independencia absoluta del dominio hispánico, concepto que por aquellos días, fruto de las circunstancias que hemos descrito, recién se estaba madurando.

Ayudado por sus hermanos Juan José y Luis Carrera, dio un golpe el 4 de septiembre de 1811, instalando una nueva junta y contando en el Congreso con la mayoría independentista. Como las rencillas entre políticos, caudillos, militares y realistas seguían, volvió a dar un golpe el día 11 de noviembre, cambiando la Junta depuesta por otra presidida por él mismo y conformada por Gaspar Marín y Juan Martínez de Rosas. Como este último se encontraba en Concepción, tomó

temporalmente su reemplazo el entonces joven General Bernardo O'Higgins Riquelme, quien renunció poco más tarde junto a Marín, dejando todo el poder en manos de Carrera. Desde ya O'Higgins no era del agrado total de los revolucionarios. Sus opositores le llamaban con desprecio *Bernardo Riquelme* y el *"huacho"*, aludiendo a la paternidad asumida sólo extramaritalmente y en la distancia por su padre, el Gobernador colonial de Chile y posterior Virrey del Perú don Ambrosio O'Higgins.

La incapacidad de acceder con rapidez al orden institucional producto de las intrigas y las disputas, llevó a Carrera a tomar la delicada decisión de disolver el Congreso, acusándolo de albergar a conspiradores contra el Gobierno. Este acto, si bien resultó vital para solidificar su administración política, jamás le fue perdonado por sus enemigos y comenzó a abrir la ruptura total con los miembros de la *Logia Lautarina*, de la que haremos caudal más abajo.

Con Carrera comienza, así, la primera experiencia de organización nacional y soberana, transformando a Chile dentro de un sistema independiente y autónomo, fundado en una estructura administrativa original, por no tener a su alcance modelo alguno de organismo republicano que cumpliera sus aspiraciones, ya que las potencias eran por entonces monárquicas, colonialistas y aristocráticas. De este modo, Carrera produce los primeros símbolos de la nacionalidad de la Patria Vieja: la Bandera Nacional, el Escudo de Armas y sus escarapelas, y funda el Instituto Nacional, la Biblioteca Nacional y el diario "La Aurora de Chile". Crea, además, la Escuela de Granaderos y el proyecto de primera Escuadra Nacional, con dos naves. Dicta la primera Carta Constitucional de Chile y decreta la *Ley de Libertad de Vientre*, según la cual toda persona que nace en Chile es libre, constituyendo una medida abolicionista pionera, ya que la esclavitud existía entonces en Europa, en los Estados Unidos y en casi todo el resto de América Latina. Así, el aporte a la floreciente conciencia nacional de estas medidas fue notable.

Carrera se constituía, con justicia, en el Primer Presidente de la República de Chile, distinción que el dogma de muchos historiadores insiste en adjudicarle axiomáticamente a Manuel Blanco Encalada en 1826, aferrándose a la denominación formal del título. Con Carrera había comenzado, entonces, la verdadera Independencia.

Pero el Virrey del Perú, Fernando de Abascal, había decidido ya poner en orden las cosas, usando su enorme poderío militar contra los chilenos.

Señales de la temprana tendencia absorcionista de Buenos Aires contra Chile

En medio del incipiente huracán independentista, el prócer argentino Cornelio Saavedra envió al Coronel Pedro Andrés García a realizar una expedición pacífica en el territorio de la Pampa, en el marco de una misión mantenida en secreto para no alertar a las autoridades realistas, pues tenía por objetivo convencer a los indígenas de las comarcas de adherir a la causa independentista, del mismo modo que Liniers los había convencido para expulsar a los ingleses. Además, debía obtenerse sal para la floreciente República, en un viaje que debía ir desde el Sur de río Salado hasta Salinas Grandes, pasando por Guaminí y Sierra de la Ventana. En su informe, elevado a la Junta de

Buenos Aires en 1811, confirmando otra vez que los territorios patagónicos no pertenecían a las Provincias Unidas de la Plata, García recomienda "incorporarlos" al territorio soberano (los destacados son nuestros):

> *"Es necesario emprender sin tardanza el adelanto de fronteras sobre dos líneas precisas, para poder atender a nuestra conservación y necesaria subsistencia. Los terrenos que quedarán así asegurados formarán con el tiempo una grande y generosa provincia. ¡Cuántos ramos de comercio, cuántos manantiales de riqueza, qué aumento y qué fomento a la agricultura, qué grandeza y poderío al Estado! ¡Los ríos Negro y Colorado conducirán nuestros frutos hasta el océano!".*

Ratificando también que la Junta no creía propios estos territorios y, de hecho, no se interesaba entonces por ellos, esta sugerencia (que constituye tal vez la referencia más antigua del expansionismo argentino sobre la Patagonia) cayó en la más completa indiferencia, especialmente por la distracción generada después de que Gaspar Rodríguez de Francia proclamara la independencia del Paraguay con respecto a España y a Buenos Aires, por lo que el ex Virreinato perdía una de sus más importantes provincias sin poder impedirlo y sin disparar un sólo tiro.

La inconciencia territorial de los pueblos se vio fomentada también por el sentimiento comunitario que los republicados diseminaron por todo el continente, ante la existencia del realismo como enemigo común de los movimientos patriotas. De esta manera, se explica que el 26 de noviembre de 1810 la Junta de Santiago ofreciera a la de Buenos Aires la idea de una "defensa general" para los nuevos Gobiernos, a través del ciudadano madrileño y bonaerense de corazón, Antonio Álvarez Jonte. Inicialmente, la Junta de Mayo no lo aceptó. Sin embargo, agobiada por luchas intestinas, antes de terminado el año la autoridad platense envió credenciales a Álvarez Jonte para que solicitar a Chile urgentemente ayuda militar. Aunque Santiago estaba afectado por una situación complicada, de todos modos despachó al mariscal Pedro Andrés de Alcázar y Zapata con la asistencia requerida por Buenos Aires. Obviamente, este último e importantísimo acontecimiento prácticamente nunca es mencionado por los historiadores argentinos, asiduos cultores del mito de la liberación de Chile por mano de la Argentina y de la "deuda histórica" con el Plata, del que haremos caudal más abajo.

Mal pagada terminaría esta generosidad chilena, sin embargo

Álvarez Jonte quiso inmiscuirse prepotentemente en asuntos internos de Santiago en favor del auxilio militar y de la integración permanente a Buenos Aires, lo que fue tomado por un intento platense de tutelar y controlar las decisiones políticas de Chile. La reacción de los grupos partidarios de postergar la ruptura con el Virreinato del Perú y de contener la integración con Buenos Aires primaría, obligando a la Junta a solicitar su retiro el 21 de junio de 1811, por las presiones de los patriotas.

Mientras, el 5 de julio había comenzado en Santiago de Chile la jibarización de los derechos patagónicos por parte de los políticos. En su mensaje de aquel día al Primer Congreso Nacional, el nacido como

chileno pero también argentino de alma, Martínez de Rosas, declaró que *"al oriente los helados Andes nos sirven de barrera, al sur el terrible Cabo de Hornos nos defiende"*. Con esta pequeña frase, se cercenaba toda la Patagonia oriental, dos terceras partes del territorio que a Chile correspondía en virtud del *uti possidetis juris* de 1810.

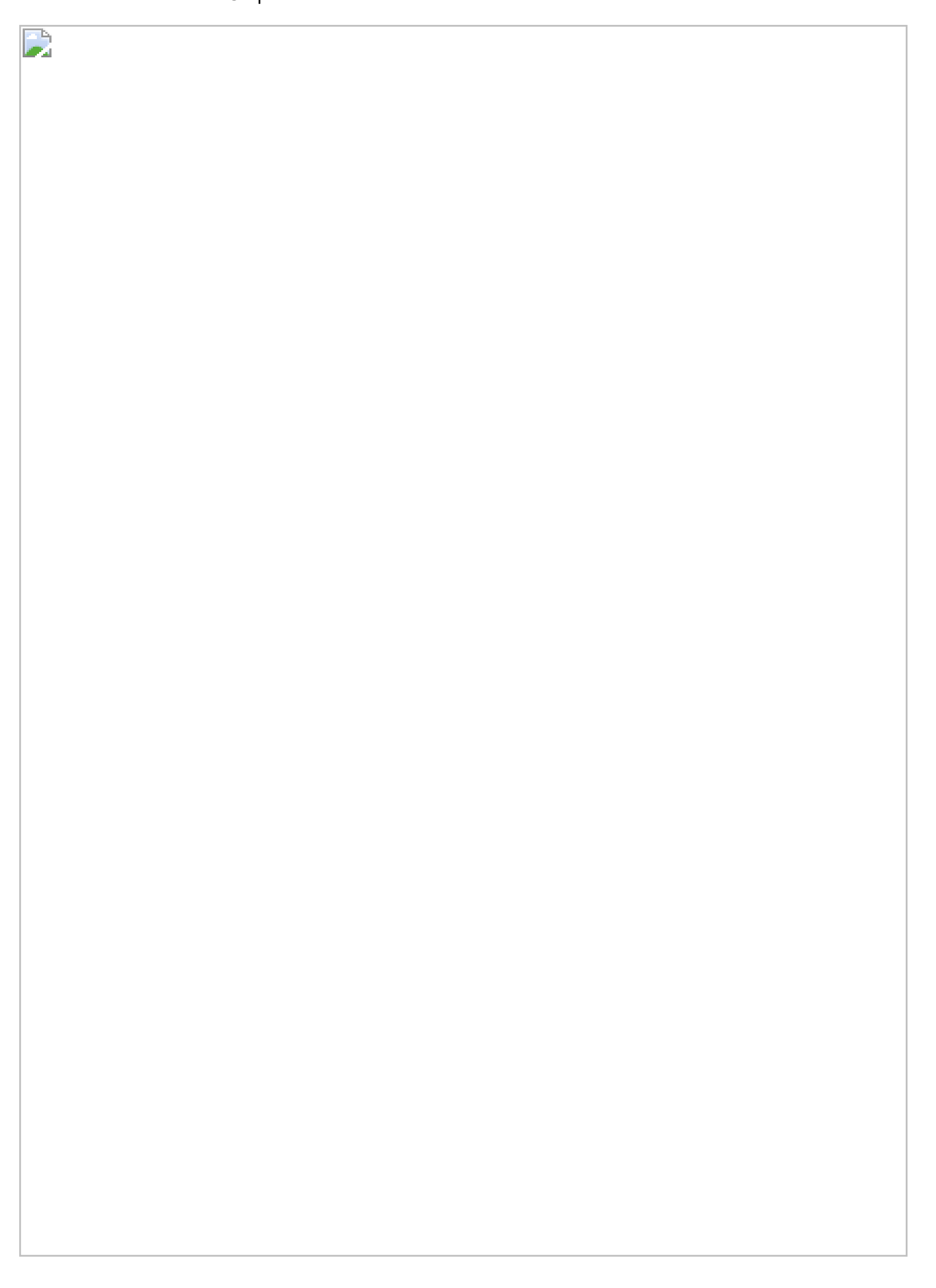
El 1º de agosto, el puesto de Álvarez Jonte fue ocupado por Bernardo de Vera y Pintado. No menos afortunada fue esta designación, pues el agente terminó amonestado y retirado por la misma Junta de Mayo, al saberse que también intentaba intervenir en la política interna chilena. Años después, O'Higgins le escribía a San Martín:

> *"Vera no debe volver a Chile de ningún modo; porque, sobre tener la peor opinión de mala conducta, es el enemigo más decidido de usted, de mí, y de todo lo que no sea anarquía".*

Chile había designado como su Diputado representante en Buenos Aires a Francisco Antonio Pinto, el 11 de noviembre. El 17 siguiente, coincidentemente, Carrera era elevado oficialmente al mando supremo. Y a poco de andar Pinto en el Plata, ya estaba convencido del interés bonaerense por absorber a la República de Chile que, a diferencia del Paraguay, parecería por momentos ofrecerse a sí misma en bandeja a esta posibilidad. En carta a Agustín de Eyzaguirre, le decía el 17 de mayo de 1813:

> *"Crea Ud. como digno de fe, que es menos malo que mande el peor chileno (como no sea de los fascinados por esos pícaros) que el mejor de este lado* (Buenos Aires)*. El tiempo le hará conocer esta verdad".*

Sin embargo, poco después fue reemplazado por José Miguel Infante, coincidiendo con la caída de la Patria Vieja, al ser enviado a Inglaterra donde se enteró del desastre de Rancagua y de la derrota de los patriotas, a la que nos referiremos pronto. Infante, por su parte, debió quedarse exiliado en Buenos Aires al conocer también la noticia de la reconquista española.



Influencia de la Logia Lautarina. Más sobre las rivalidades entre Carrera y O'Higgins

La llamada *Logia Lautaro* o *Lautarina* fue fundada en originalmente Cádiz por Francisco de Miranda, con el título de la *Logia de los Caballeros Racionales*. En un primer momento, había reclutado a Carrera, San Martín, y aparentemente, también a Simón Bolívar. Sin embargo, la ruptura de Carrera con los *lautarinos* significaría después una verdadera guerra a muerte contra el prócer chileno... Literalmente *a muerte*.

El 9 de mayo de 1812, arribaba a Buenos Aires don José de San Martín, en medio del duro Gobierno de Bernardino Rivadavia. Allá organizó su sección de la Logia, que aún cuando ciertos historiadores de mayoritario credo cristiano se esmeran en tratar de desvincular de la Masonería internacional, manejaba a la perfección sus códigos secretos y tenía

claros nexos con las logias de Cádiz y de Londres, cosa reconocida años después por Bartolomé Mitre:

> *"...la Logia Lautaro se estableció sobre la base ostensible de las logias masónicas reorganizadas, reclutándose en todos los partidos políticos principalmente en el que dominaba la situación. Detrás de esta decoración, que velaba el gran motor oculto, estaba la logia matriz, desconocida aún para los iniciados en los primeros grados y en la cual residía la potestad suprema".*

La posición de Mitre es confirmada por el historiador Antonio R. Zúñiga:

> *"...Cuando llegó San Martín a Buenos Aires, empezó por buscar la Logia "San Juan de Jerusalén" que había abatido columnas desde el fallecimiento de su fundador en 1810. Entonces, en unión de Carlos María de Alvear y Matías Zapiola, que también se había iniciado en Cádiz, fundó lo que en términos masónicos se intitula un Triángulo; es decir, un Taller compuesto de tres luces..."*

Entonces, en unión de Carlos María de Alvear y Matías Zapiola, que también se había iniciado en Cádiz, fundó lo que en términos masónicos se intitula un Triángulo; es decir, un Taller compuesto de tres luces, etc., etc.
Quien niega o al menos reduce las militancias masónicas de los *lautarinos,* sin embargo, sería otro mandatario argentino, Domingo Faustino Sarmiento, cuando escribe:

> *"Cuatrocientos hispanoamericanos diseminados en la Península, en los colegios, en el comercio o en los ejércitos se entendieron desde temprano para formar una sociedad secreta, conocida en América con el nombre de "Lautaro". Para guardar secreto tan comprometedor, se revistió de las fórmulas, signos, juramentos y grados de las sociedades masónicas, pero no eran una masonería como generalmente se ha creído..."*

Se supone que la denominación de *Lautaro*, en alusión al caudillo araucano, fue propuesta por Bernardo O'Higgins en Mendoza, y que estaba estructurada con un fin político más que como una rama interna de la Masonería misma, un esquema de organización que se ha visto varias veces en la historia de América Latina, como la Logia *"Independencia Peruana"* fundada por el Mariscal Santa Cruz como impulso a su proyecto de Confederación Perú-Boliviana; la *Razón de la Patria*, impulsora del Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano; o la Logia *La Montaña,* fundada por uniformados chilenos coludidos con grupos peronistas argentinos que pretendían apoyar un intento golpista en Chile a mediados del siglo XX.

Siguiendo las ideas de San Martín, los *lautarinos* creían que la independencia debía darse en un combate con las fuerzas realistas en territorio chileno, única forma de acceder al Virreinato del Perú y de frenar la sombra de peligro que éste proyectaba sobre las Provincias Unidas del Plata, especialmente Cuyo, de la que San Martín sería Gobernador tras solicitar su envío a Mendoza precisamente por su cercanía con los "hermanos" chilenos. Después veremos que San Martín también tenía en mente un proyecto absolutamente personalista para con el Perú, pero aprovechando el convencimiento general de que

la independencia de Chile y Argentina sólo quedaría sellada con la destrucción del poder realista en territorio peruano, idea que también compartía O'Higgins.

Mientras esto sucedía, Buenos Aires seguía recibiendo auxilio técnico de manos británicas para sostener el proceso independentista. Por ejemplo, un corresponsal del diario "La Aurora de Chile" escribía desde Buenos Aires, el 1º de febrero de 1813:

> *"Ha llegado un buque de Inglaterra, y en los dos armeros y un fundidor con todos sus instrumentos y maquinas; ya vienen contratados, creo que la fábrica de armas se pondrá en el Tucumán".*

En contraste, las cosas marchaban muy mal por el lado occidental de los Andes. Hacia fines de marzo de 1813, el Coronel Pedro José Benavente informó urgentemente a Carrera desde Concepción, comunicándole el desembarco de fuerzas enemigas en San Vicente, al mando del Brigadier español Antonio Pareja, quien le hizo llegar al Gobierno un ultimátum el 3 de abril. Aunque el General Juan Mackenna estuvo de acuerdo en negociar con los españoles, los hermanos Carrera se opusieron tenazmente a todo entendimiento y el Presidente de la Junta partió velozmente a repeler a los invasores, entregando el mandato y asumiendo como General en Jefe del Ejército.

Los logros militares de Carrera no merecen discusión, a pesar de la cruda polémica en que suelen entretenerse ociosamente carrerinos y o'higginianos hasta nuestros días. En efecto, su genialidad le permitió recuperar el territorio del Sur tras las epopeyas de Hierbas Buenas y San Carlos, y las tomas de Los Ángeles y de Concepción, además del combate de Talcahuano y hasta la captura de algunos buques españoles. Sin embargo, tras ocho meses de duros combates en el Sur de Chile, *"de permanente lucha contra las fuerzas superiores y organizadas, durante un crudo invierno, transportando soldados y cañones en caminos de infernales barriales, muchas veces, sólo por obedecer órdenes desde Santiago"*, utilizando palabras del investigador Benjamín González Carrera, los resultados no fueron favorables para el infatigable libertador de Chile, que acabó dejando su mando ante las presiones militares que desconfiaban de sus propósitos, con la excusa de los duros resultados que habían tenido para las fuerzas chilenas las campañas contra los realistas en Chillán y a pesar de haber logrado acorralar a los españoles en esta ciudad. Sin embargo, antes de renunciar en enero de 1814, propuso a O'Higgins para la Comandancia en Jefe del Ejército por petición de la Junta y ante la negativa de su entorno, como reconocimiento a sus victorias en las batallas de El Roble, El Quilo y Membrillar. Tras entregarle el mando en Concepción, Carrera fue apresado por realistas, pero logrando escabullirse ágilmente de sus captores.

En este tránsito, las fuerzas patriotas sufrieron otro grave y aún peor revés, cuando en mayo de 1814 el General O'Higgins y el General Mackenna, firman con el invasor realista Brigadier Gabino Gaínza, un controvertido acuerdo denominado Tratado de Lircay, en el que se reconocía la autoridad de España prácticamente en el mismo estatus colonial, y en el que también se contemplaba sacar a Carrera de la lucha patriótica. Pero tan pronto se enteró de este acuerdo, Carrera decidió que era hora de restaurar su gobierno y derrocó al Director Supremo Francisco de Lastra, el 23 de julio de 1814, constituyéndose

en el Presidente de la Junta de Gobierno en su tercer y último golpe al poder. Ni O'Higgins ni los demás *lautarinos* toleraron estas acciones, tratando de frenar el conato. Rápidamente, el General marchó con sus fuerzas hacia Santiago, decidido a enfrentar a Carrera. Sin embargo, su avance acabó en el combate de Tres Acequias, siendo derrotado por los hombres de Luis Carrera en agosto, debiendo refugiarse en la hacienda de doña Paula Jaraquemada.

A pesar de la ira que provocó a Carrera este suceso, que dejó desprotegido el Sur de Chile al enfrentar a chilenos contra chilenos dando tiempo a los españoles, éste perdonó a O'Higgins y lo instó a subordinarse a sus decisiones. Incluso le entregó la Primera División, buscando tapar así las divisiones entre los patriotas. Visualizando en De la Lastra y especialmente en Mackenna -en su condición de negociador del tratado- la responsabilidad por la firma de Lircay, Carrera dictó una orden de exilio en su contra. Mackenna partió entonces a Buenos Aires, donde influyó notoriamente sobre las autoridades platenses en favor de un acercamiento con los patriotas leales a O'Higgins, como efectivamente ocurrió poco después, según veremos. Para su desgracia, sin embargo, la maldición de los Carrera siguió pesándole: Tras ofender en duros términos a esta familia, Luis Carrera lo desafiaría a duelo de armas y Mackenna contestó fijando hora y lugar, invitándolo a *"portarse como hombre"*. Lamentablemente para él, su contendor acusó recibo y lo enfrentó a orillas del Plata la noche del 21 de noviembre. Mackenna murió alcanzado por la bala de su rival.

A pesar de todo lo que había sucedido hasta ese instante, el 18 de septiembre O'Higgins se allanaba todavía a escribirle a Carrera:

> *"En este momento marcha el ejército hacia Rancagua. Este punto ciertamente es inexpugnable si se custodia como corresponde. Mándeme V. E. mil hombres de infantería, trescientos de caballería de fusil, igual número de lanceros, la culebrina de a 8 y el obús, y yo soy responsable a que el enemigo no le penetrará jamás; pero si la defensa de él se hace con sólo la fuerza que existe aquí en el día, mucho nos exponemos".*

Al día siguiente le escribió otra carta insistiendo en estos términos, convenciendo a Carrera de enviarle la fuerza de hombres, lo que distendió momentáneamente las cosas entre ambos bandos de los patriotas. Inclusive, para el día 28 le comunicaba su deseo de *"darle un fuerte abrazo"* y superar las diferencias por el bien de Chile. Sin embargo, veremos que el prócer estaba totalmente equivocado al creer que la encrucijada se encontraba en Rancagua, al parecer siguiendo nuevamente malos consejos de Mackenna.

Desastre de Rancagua y destierro en Mendoza en 1814. El Ejército de los Andes

Todavía se estaba en este peligroso conflicto con rasgos de guerra civil, cuando se supo del desembargo del Brigadier español Mariano Osorio, con la intención de avanzar a Talca, logrando superar la resistencia presentada allá por las fuerzas de Carrera. A fuerza de circunstancias, entonces, ambos próceres no tuvieron más remedio que volver a unirse en pro del bien patriota.

El 1º de octubre de 1814, Osorio cruzó el río Cachapoal obligando a O'Higgins y a Juan José Carrera a refugiarse en en Rancagua. Sin embargo, aunque O'Higgins tenía menor graduación que el Brigadier Carrera, éste le solicitó tomar el mando y la defensa de la plaza. Craso error, porque O'Higgins, desoyendo el plan original de José Miguel Carrera que quería esperar a los realistas en la angostura de Paine para aprovechar la geografía en contra del enemigo, prefirió quedarse en la plaza de Rancagua para esperar allí a las fuerzas hispanas sin protección ni defensas, siguiendo un plan de Mackenna, según el analista e investigador histórico Daniel Prieto Vial. Así, casi inmediatamente iniciado el combate, las fuerzas chilenas estaban totalmente rodeadas y las ciudad sitiada.

En un acto desesperado, José Miguel Carrera intentó abrir un escape con una división de reserva, pero ésta fue duramente repelida por los realistas. Más encima, algunos autores deslizan la idea de que el mismo O'Higgins se resistía a salir de esa trampa mortal, decidiéndose sólo después de un duro combate contra los españoles en tan desventajosa situación. Sólo al día siguiente, tras extenuantes horas de combate, O'Higgins realiza una osada maniobra, inmortalizando en la historia un impresionante salto a caballo por sobre las líneas enemigas, con lo que logra escapar a Santiago. Carrera, en tanto, quedó rezagado con sus tropas de auxilio, y parte siguiendo la huella de las fuerzas patriotas, que marchaban con O'Higgins al frente y un grave retroceso para los intereses patriotas a sus espaldas. Dejaremos que el resto de esta historia la cuente González Carrera, uno de sus más expertos biógrafos, además de descendiente directo del prócer:

> *"La Capital ya está advertida y los patriotas preparaban agitadamente la partida hacia el destierro, por la árida senda de la Cordillera, hacia Mendoza. Se va formando una larga columna humana, que se mueve lentamente, la mayor parte a pie, algunas carretas con las señoras, mujeres, niños, enseres, impulsados todos por el indomable amor a la Patria y la esperanza del retorno. Los implacables realistas salen en persecución de esta muchedumbre indefensa, que avanza pausadamente, oprimida por la expectación y la despiadada ruta.*
>
> *Don José Miguel permanece a retaguardia, con sus leales soldados y oficiales, protegiendo este precioso conjunto de patriotas, que será el germen de la futura liberación y su fortaleza. Luego es alcanzado por las fuerzas realistas, les presenta combate y los derrota, en plena cordillera, en la "Batalla de los Papeles", el 11 de octubre de 1814. El General Carrera sería el último en cruzar la cordillera, tras el más rezagado de estos patriotas que todo lo arriesgan por la libertad.*
>
> *Con el cruce de la frontera, comenzaría este imbatible patriota, una verdadera odisea. En Mendoza se encuentra el General O'Higgins, que había llegado de los primeros, en compañía del Gobernador de la Plaza, don José de San Martín, quienes desconocen su rango y le impiden participar en la formación de las fuerzas para la liberación de Chile. De nada vale su ansia de participar en dichas fuerzas, ni el ofrecimiento de su oficialidad, sus tropas y de su propia experiencia en las batallas contra las huestes napoleónicas,*

> *en España. No desmaya... Cambia sus planes y viaja a Buenos Aires con su esposa, sus hermanos, sus leales amigos y soldados, Capitanes José María y Juan José Benavente, el Teniente Ureta, y tantos otros. En la capital argentina se contacta con sus amigos, e incluso se entrevista con el propio gobernador Pueyrredón, quien no le facilita las cosas.*
>
> *Trascurre un largo año de tramitaciones, presentación de proyectos, programas de acción, planes de entrenamiento de infantes, sin que jamás pudiera encontrar aprobación, ni acogida, ni apoyo, ni menos ayuda. Sólo recibe rechazo, excusas y agravios, para sus planes, su familia, sus amigos y su gente".*

La llegada del ejército patriota chileno exiliado hasta Mendoza había proporcionado a San Martín el escenario preciso para incorporar a los demás "hermanos" *lautarinos*, como O'Higgins, Zenteno y Carrera, al camino trazado de alianza política. Sin embargo, las relaciones entre o'higginistas y carrerinos ya venían minadas tras Lircay, como hemos visto. La discrepancia entre ambos por dar batalla en Paine o en Rancagua, y el fracaso que significó para O'Higgins haberse atrincherado en esta ciudad, terminaron de abrir el abismo que los separaba. Sin obtener ayuda alguna de Buenos Aires, sino dificultades y desprecios, Carrera decidió embarcarse hacia los Estados Unidos con la intención de obtener alguna asistencia de parte de sus contactos norteamericanos, como su amigo el diplomático Joel Robert Poinsett. Aunque muchos apostaban a su fracaso, estaba escrito que aquel joven general que partió derrotado y arruinado desde el Plata, regresaría a puerto con una de las más sorprendentes hazañas de la historia de la independencia de América a cuestas.

Mientras, San Martín y O'Higgins trabajaban afanosamente afinando la fuerza del Ejército de los Andes. Aunque O'Higgins aceptó someterse a la autoridad de San Martín, es un hecho que la única contribución que recibió esta expedición del lado argentino fue sólo la escasa ayuda aportada por algunos benefactores y familias de Cuyo. Veremos que el Gobierno de Buenos Aires no sólo negó toda cooperación, sino que hizo lo imposible por perturbar las expediciones sobre Chile y Perú, al contrario de lo que aseguran con frecuencia los historiadores platenses.

Sobre esto, escribe Sergio Villalobos en "Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa. 1535-1883":

> *"La intención rioplatense de ayudar a la independencia del Perú en una ofensiva por el interior del continente, se desvaneció tempranamente por la falta de recursos y la lucha política interna.*
>
> *"Chile se hizo cargo de la empresa bajo la conducción decidida de O'Higgins y sus colaboradores, mientras San Martín vacilaba por desconfiar de que el gobierno de Santiago pudiese llevar a cabo la empresa porque se cernían algunas sombras al otro lado de los Andes".*

Finalmente, la fuerza del Ejército de los Andes quedó constituida por 4.000 soldados entrenados, 1.200 milicianos auxiliares, 90.000 tiros de fusil y cañón, 10.000 mulas de silla y 1.600 caballos entrenados en montaña. Se dividió en dos gruesas columnas comandadas por San

Martín. Adicionalmente, dos batallones quedaron en territorio argentino y marcharon hacia Buenos Aires para luchar y preservar el proceso de independencia del Plata, por lo que en los hechos, Chile debió cargar casi enteramente con el enorme costo de dos Ejércitos enteros para operar en ambos países, asistido sólo por la modesta y anémica ayuda económica de Cuyo que hemos comentado. A pesar de ello, el símbolo de esta expedición fue una coronela que guardaba semejanzas con la bandera argentina y que ordenó diseñar San Martín, conocida como la *"bandera de los Andes"*, que después adoptará la provincia de Mendoza. Aunque no se trata de una bandera propiamente tal, muchos autores resaltan su presencia para intentar sostener el supuesto carácter y predominio argentino de la expedición. Sin embargo, olvidan que luego de la batalla de Chacabuco, que veremos más abajo, esta coronela fue sustituida por otra directamente tomada de la bandera chilena, ante la apatía y falta de compromiso que Buenos Aires demostró por esta campaña y la del Perú.

Los patriotas iniciaron el cruce de los Andes el 18 de enero de 1817. La primera columna atravesó la cordillera por el paso de Los Patos, al mando O'Higgins. La segunda marchó Uspallata al mando de Juan Gregorio Las Heras, jefe militar argentino que había llegado mucho antes que San Martín a Chile, en 1813. Gracias a las constantes distracciones que lograba provocar asaltando Melipilla y San Felipe el audaz guerrillero Manuel Rodríguez Erdoyza, ambos grupos lograron penetrar el territorio y descender de las cordilleras tras 500 kilómetros de marcha. Rodríguez, sin embargo, había sido amigo y colaborador de Carrera, de modo que su relación con los *lautarinos* quedaría permanentemente minada. Había estado también entre los exiliados en Mendoza, pero su carácter inquieto le llevó a realizar increíbles acciones de espionaje y sabotaje contra las fuerzas realistas, pasando con gran velocidad y astucia, constantemente, de un lado a otro de la cordillera, de modo que sus proezas ya eran legendarias en esos días. Luego de haber sido detenido por San Martín por su filiación carrerina, logró convencerle de dejarle viajar a Chile para operar como espía y levantar en armas al pueblo chileno, tarea que consiguió con creces, permitiendo la victoria patriota de Chacabuco, según revemos.

Para levantar a los chilenos y hostigar a los realistas de Santiago, Rodríguez había logrado reclutar a su causa a la temida pandilla del asaltante de caminos José Miguel Neira, quien operaba en el sector de Colchagua. Tentado con la propuesta de ser nombrado Coronel de Milicias, no vaciló en unirse a Rodríguez en una heroica cadena de atracos contra los realistas y contra las propias fuerzas de los Talaveras, facilitándose así la entrada del Ejército de los Andes por la cordillera.

Afán monarquista y más intervencionismos del Plata. Cancha Rayada y Chacabuco

En tanto, la noticia de que Napoleón había devuelto el trono a Fernando VII y que éste organizó una flota de 15 mil hombres en 1814, para lanzarla contra la Plata y desde allí a las demás provincias insurgentes, alertó profundamente a los *lautarinos* bonaerenses, que comprendieron estarse jugando los destinos de su existencia como República. Aparentemente buscando mayor apoyo de Londres, el Gobierno de Buenos Aires propuso instaurar una monarquía propia con un príncipe inglés o español.

En un sorprendente acto, el 25 de enero de 1815, Belgrano y Rivadavia fueron investidos de plenos poderes para aceptar a Francisco de Paula de Borbón, hermano del Rey Fernando, como *"rey legítimo e independiente de los tres Reinos Unidos: Río de la Plata, Perú y Chile"*. Además de constituir un sometimiento evidente a un poder monárquico extranjero, la misión bonaerense tenía claramente un sentido hegemónico, al pretender asimilar a Chile y Perú en una Corona única y propia con sede en Buenos Aires. El proyecto de *Constitución Monárquica* que llevaban consigo, declaraba preliminarmente:

> *"...el Infante Don Francisco de Paula de Borbón, el alto dominio y señorío que he recibido de mi Augusto Padre (que de Dios goza) de todas las ciudades, villas y lugares con todas sus dependencias y territorios que formaban el Virreinato de Buenos Aires, la Presidencia del Reino de Chile y Provincias de Puno, Arequipa, Cuzco, con todas sus costas e islas adyacentes, desde el Cabo de Hornos hasta el puente...* (palabra ilegible)*, cuyo territorio lo creo indispensable atendida su población para mantener la dignidad de Rey e importancia de una Monarquía."*

Siguiendo con un plan cuidadosamente trazado, la Logia había iniciado en los ritos a Martín de Pueyrredón. Sus más pudientes "hermanos" en Buenos Aires, arreglaron las elecciones de 1816 para dejar a la futura República Argentina bajo control absoluto de los *lautarinos,* con el mismo Pueyrredón a la cabeza. El 14 de junio de ese mismo año, San Martín le escribía a Tomás Guido:

> *"Sería conveniente llevar desde ésta* (Mendoza) *a Chile ya planteado el establecimiento de la educación pública* (código masónico para referirse a la Logia) *bajo inmediata dependencia de esa ciudad* (Buenos Aires)*. Esto sería muy conveniente porque el atraso de Chile es más de lo que parece. Hágalo Ud. presente al Gobierno, para si es de su aprobación, empezar a ojear algunos alumnos* ("iniciado", en códigos masónicos)*. Yo creo que, aunque no sea más que por conveniencia propia, no dejaría a Pueyrredón de favorecer el establecimiento de pública educación".*

Con fecha 17 de enero de 1817, Pueyrredón autorizaba reservadamente a San Martín a *"nombrar al brigadier Bernardo O'Higgins en clase de presidente o director provisional de Chile"* una vez liberado Santiago. En otras palabras, ¡sería Buenos Aires quien decidía sobre el Gobierno que tendría Chile!. Contrariamente a lo aseverado por los historiadores argentinos sobre el papel platense en la Independencia de Chile, sin embargo, el Plata prácticamente se desentendió de esta expedición y le retiró el financiamiento, condenándola a contar sólo con los escasos recursos de algunas familias pudientes chilenas y los de Cuyo, como hemos dicho. Aún así, el Ejército ya había salido hacia el cruce de la cordillera.

El 12 de febrero vino a tener lugar la victoria patriota de Chacabuco. La destacada acción de O'Higgins en la batalla, a la que las fuerzas lideradas por San Martín sólo llegaron hacia el final y cuando el triunfo era inminente, permitió disipar las dudas y desconfianzas sobre las capacidades militares del General chileno entre sus adversarios, al derrotar las fuerzas enemigas de Rafael Maroto. Esto lavó el estigma que pesaba sobre O'Higgins desde Rancagua y permitió reponer su

figura como principal candidato a la Dirección Suprema, hasta entonces propuesta a San Martín.

Así, luego de dos intentos por hacer que el Cabildo abierto de Santiago eligiera a San Martín como Presidente, el General argentino debió desistir de la oferta y aceptar, el 16 de febrero, que la Dirección Suprema Interina quedara en manos de O'Higgins. Una de las primeras decisiones del prócer fue designar a Miguel José de Zañartu en el cargo de primer Ministro de Interior y de Relaciones Exteriores de la historia de Chile, y a José Ignacio Zenteno en la primera cartera de Guerra.

Pueyrredón, intentando sacar partido a la situación, envió esta vez al "hermano" Tomás Guido como Diputado representante en la recién recuperada ciudad de Santiago. Pero, como todos sus predecesores, el agente también quiso meter la nariz torpe e innecesariamente en las cuestiones chilenas, desconociendo el proceso autonomista que ya se había iniciado y desatando otra ola de aprensiones hacia la presencia argentina en Chile. Más tarde, el propio O'Higgins debió solicitar su renuncia.

Sin embargo, las urgencias presentadas en Chile llevaron a O'Higgins a delegar el mando en el Coronel argentino Hilarión de la Quintana, pariente de San Martín, el 16 de abril. Éste gobernó con rasgos de tiranía, persiguiendo a todos los opositores de la Logia y ganándose el odio generalizado de los chilenos. Finalmente, el 6 de septiembre, dejó por fin el cargo. San Martín, que había recibido toda clase de protestas por el actuar de su amigo y familiar, sugirió a O'Higgins que de ahí en adelante sólo escogiera chilenos para ser reemplazado.

Pero las razones de desprecio popular a los *lautarinos* no cesaron. Tras decretar O'Higgins la destitución de Rodríguez en el cargo de jefe militar de Colchagua que le había otorgado San Martín, el guerrillero fue llamado a presentarse en Santiago. El Director Supremo seguía directamente los consejos del argentino Bernardo de Monteagudo, uno de los oscuros asesores de San Martín. Esto fue interpretado de inmediato por Neira como un atropello a la autoridad de Rodríguez y decidió romper el pacto que mantenía con el Gobierno de atentar sólo contra fuerzas realistas en sus tropelías. Se dice que las autoridades chilenas, representadas en el General Ramón Freire, sólo actuaron contra Neira tras un asalto y una violación cometida por dos de sus hombres contra una mujer; sin embargo, la Logia llevaba tiempo esperando alguna excusa para destruir la pandilla, ejecutando a Neira y a sus principales cabecillas en diciembre de 1817. Tantos años de servicio a la causa independentista no valieron de nada para el montonero, que había salido airoso de varias emboscadas anteriores.

San Martín, en tanto, permanecía aún en Mendoza y seguía reacio a enviar a las fuerzas patriotas al Sur, cometiendo un gravísimo error que permitió reforzar y ganar tiempo a los ejércitos realistas establecidos en Talcahuano y Concepción, mientras los ejércitos rebeldes eran cada vez más débiles e inestables. Evidentemente, San Martín tampoco veía con buenos ojos la autonomía de Rodríguez y aborrecía a los demás carrerinos, por lo que había escrito ya desde Santiago a un amigo suyo en Buenos Aires, poco antes, confesando su interés en volver a Mendoza:

> *"Me hago violencia en habitar este país: en medio de su belleza, todo me repugna en él; los hombres, en especial,*

> *son de un carácter que no confronta con mis principios, y me producen un disgusto continuado que corroe mi triste existencia".*
>
> *"Dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me volverían la vida".*

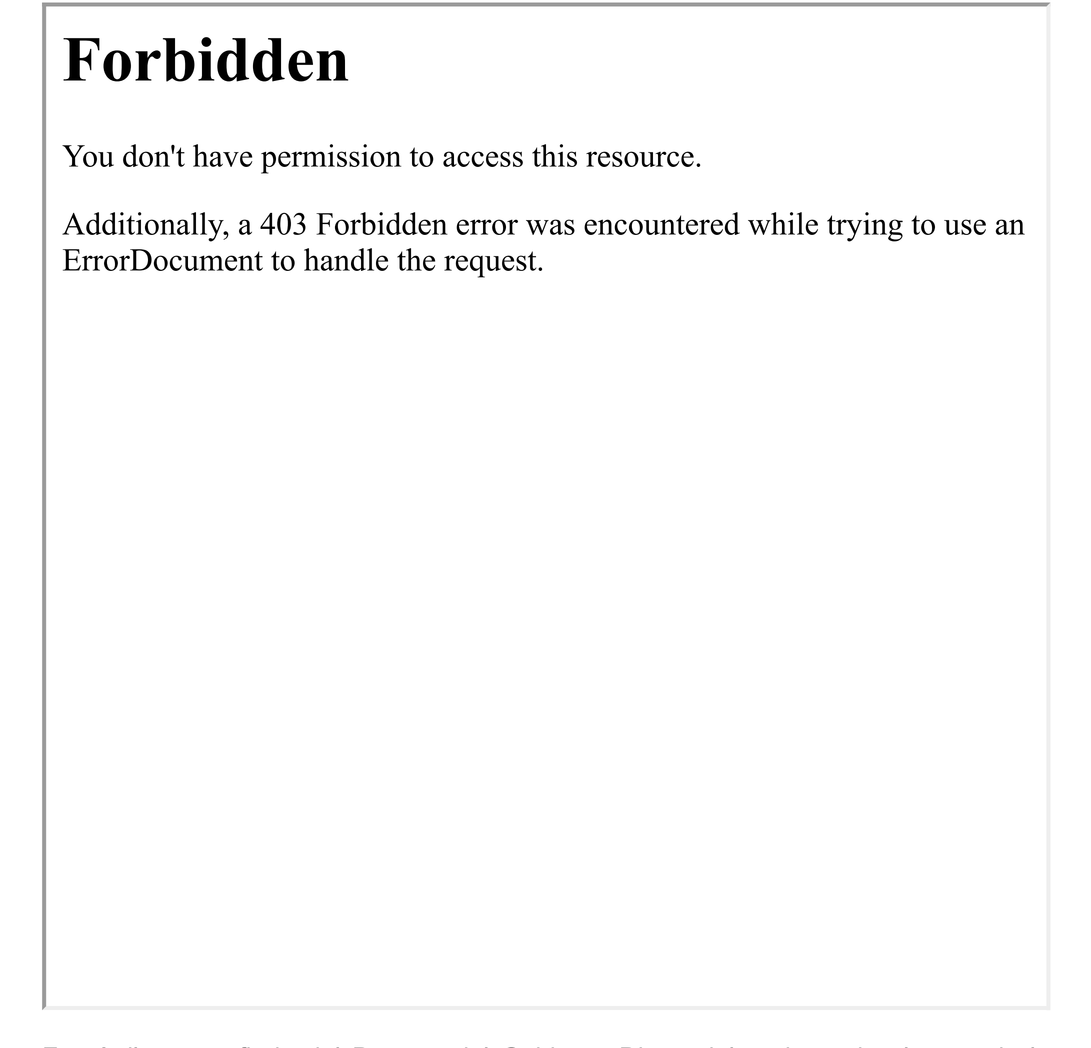
Creyendo que sería la última oportunidad de sumarlo a sus fuerzas y someterlos a su voluntad, San Martín ordenó liberar a Rodríguez, que permanecía preso desde su llegada a Santiago y su altercado con O'Higgins. Ya antes se le había ofrecido ser auditor de guerra del Ejército de los Andes, sin éxito. Incluso, se dice que los *lautarinos* le ofrecieron embajadas en Estados Unidos o la India para sacarlo del paso. Sin embargo, el guerrillero seguía leal por sobre todo a su patria.

No se restauraban bien las cosas cuando vino el desastre de la Sorpresa de Cancha Rayada, el 19 de marzo de 1818, producto del error cometido por San Martín al replegar los ejércitos a un costado del paso que esperaban dieran las fuerzas apertrechadas de los españoles, y que se adelantaron en pleno traslado atacando una columna casi indefensa de patriotas liderados por O'Higgins, que acabó herido en el brazo. Esta derrota, que no fue peor gracias a la pericia del General Gregorio Las Heras para sacar a los patriotas del infierno que se había desatado, fue un duro golpe que puso de manifiesto la incapacidad de algunos de los militares miembros de la Logia. Penosa fue la actuación de Monteagudo, por ejemplo, quien había sido llamado por el propio Pueyrredón como el *"infeliz Monteagudo"*, escribiendo a San Martín el 7 de febrero de 1818 que *"no debe quedar en el Ejército y V. E. buscará el medio de separarlo sin desairarlo"*, orden que el general cuyano jamás cumplió, procurando de hecho mantenerlo más cerca y resguardado. Con ocasión del cruento combate, Monteagudo escapó como alma que se la lleva el diablo y ni siquiera se detuvo en Santiago, sino que siguió de largo hasta Mendoza, donde se refugió. Allá tendría participación en el complot y asesinato de los hermanos Juan José y Luis Carrera, luego de un grotesco "proceso" en el que fueron encontrados culpables de delitos de conspiración y revueltas políticas, el 8 de abril, tan truculento y descarado que incluso lo puso de punta con San Martín.

Fracasada la incursión del Sur tras tantos meses de postergaciones innecesarias por parte de San Martín, el propio ejército patriota debió unirse a las miles de familias que emigraban masivamente desde el Norte del río Maule escapando de la influencia cada vez mayor de las fuerzas realistas españolas.

En tanto, después de Cancha Rayada, San Martín fue llamado reiteradamente por Buenos Aires para volver al territorio, pero éste desobedeció, en parte por su terquedad y en parte también por la acción del guerrillero Rodríguez. Luego de llegada la noticia del desastre y el rumor de que O'Higgins había muerto o estaba capturado, Rodrígez logró restituir al alicaído movimiento independentista luego de las dificultades que encontrara el Ejército, con un masivo cabildo popular y al grito de *"¡Aún hay patria, ciudadanos!"*. Además, organizó a sus leales en una suerte de escuadrón militar denominado *Húsares de la Muerte*, que con calaveras al cuello hicieron la promesa de liberar al país sin escatimar en esfuerzos ni peligros y resguardar la ciudad hasta la llegada de las fuerzas patriotas del Sur. Mientras, ejercía como Director Interino por dos días, ante la incertidumbre sobre el destino de O'Higgins tras el desastre y la noticia de que 6.000 realistas avanzaban

hacia Santiago, el clamor popular le exigía que ocupara el mando supremo. Aunque asumió el cargo junto al Coronel de la Cruz, no podía haber peor noticia para los *lautarinos*.



Facsímil autografiado del Decreto del Gobierno Dictatorial, ordenando el pago de la cuenta que había surgido del proceso y la ejecución de los hermanos Juan José y Luis Carrera, a su padre don Ignacio Carrera, con fecha 29 de marzo de 1819. Este sorprendente documento forma parte de la colección de archivos históricos del Palacio de La Moneda

Carrera profetiza expansionismo contra su patria. Su "Aviso" de 1818 al pueblo chileno

Hemos visto que, al llegar Carrera rezagado a Mendoza, el Ejército de los Andes estaba prácticamente organizado entre San Martín y O'Higgins, resultado marginado de participar en el mismo. Sorprendido por la situación pero decidido a no dar pie atrás a pesar de la apatía bonaerense, partió a Estados Unidos convencido de poder armar una escuadra para liberar a Chile, valiéndose de sus contactos como el Cónsul Poinsett, con quien le unía una amistad. A través de su intervención, logró entrevistarse con el propio Presidente Madison, peregrinando por puertos y astilleros de New York, Baltimore, Filadelfia y Florida buscando armar una fuerza naval suficiente para regresar a consolidar la independencia de su patria. Además de la falta de dinero, debió lidiar con la soledad y las malas noticias que le llegaban desde Chile, avisando del triste estado en que había quedado su familia luego de que fueran expropiadas las propiedades de su padre. Pero contaba con el activo infalible de una voluntad inquebrantable.

Tras su reunión con Madison, Carrera logró lo imposible: apoyo directo de la Unión para con la independencia de Chile, una hazaña que ninguna de las jóvenes repúblicas que jugaban sus destinos había conseguido hasta ese minuto. Victorioso, zarpó desde esos puertos hacia el 5 de diciembre de 1816.

Fue así como, en febrero de 1817, el mismo militar que partiera al Norte con nada, había regresado a Buenos Aires acompañado de una flota formidable: la corbeta "Clifton", y el bergantín "Salvaje", a la que debían unirse la fragata "General Scott", el bergantín "Regente" y la goleta "Dakey". Los armamentos de esta escuadra estaban conformados por 3.000 fusiles, 50.000 libras de pólvora, 50.000 lingotes de plomo, 200 sables, 400 pistolas, 100 monturas, una imprenta y unos 30 hombres. Su arribo al puerto fue un evento asombroso para la sociedad bonaerense, dejando atónitos a sus enemigos *lautarinos* y sembrando el pánico entre las autoridades argentinas que veían perdidos todos sus afanes políticos y aspiraciones de control de la región en cada vela hinchada de tan extraordinaria escuadra, que habría asegurado para siempre la Independencia de Chile y le habría garantizado una posición rectora en el continente americano.

Aterrado por la posibilidad de que esta escuadra de Carrera diera el golpe de gracia a los planes trazados por los *lautarinos* -quienes seguían considerando al prócer como un "traidor"- de controlar la dirección política de Chile, Pueyrredón lo tomó prisionero arteramente durante una entrevista en el Palacio de Gobierno y luego de que Carrera ofreciera ingenuamente su flota para la causa. El Gobierno de Buenos Aires procedió a confiscar todos navíos con desparpajo inaudito.

Tras ser visitado en su celda por el propio San Martín, prometiéndole un traslado y una embajada para que se apartara de las actividades militares independentistas, Carrera se había resistido a aceptar los chantajes de los *lautarinos*, pues ya había adivinado en tan desgraciadas circunstancias, que el "apoyo" argentino a la Independencia de Chile no era más que un intento de invasión encubierta. Si quedaran dudas de ello, vale recordar la carta con escandalosas instrucciones que había enviado Pueyrredón a Guido para su proceder en Chile, el 19 de septiembre de 1817 y en la que se lee esta increíble confesión (los destacados son nuestros):

> *"Ocupémonos, pues, de ir formando la opinión para que seamos UN SOLO ESTADO, o para que seamos dos muy unidos y GOBERNADOS POR UN IGUAL SISTEMA".*

Pero gracias a la ayuda de carceleros contrarios a la Logia, Carrera logró fugarse a Montevideo e inició desde allí una agresiva campaña por los medios de prensa, atacando sin piedad a O'Higgins, San Martín y a los demás *lautarinos*, revelando detalles desconocidos de lo que sucedía en Chile. En su proclama "A los habitantes libres de los pueblos de Chile" declararía sin pelos en la lengua:

> *"Están decretados los destinos de Chile. ¡Una provincia oscura de la capital del Río de la Plata! Los brazos de sus hijos, el fruto de sus sudores, servirán a sostener la fuerza de esos tiranos para esclavizarla".*

A pesar del apoyo y de la simpatía que aún tenía Carrera en su patria lejana, las cosas no marchaban bien para el trágico héroe. Al dolor del exilio se sumaba el estar lejos de su familia, visitándola sólo furtiva y

muy ocasionalmente en su calidad de prófugo. La noticia del asesinato político de sus hermanos Juan José y Luis en Mendoza acusados de querer derrocar a O'Higgins al tratar de volver a Chile, y su liderazgo entre los grupos pro federalistas que luchaban contra el centralismo criminal argentino, lo convirtieron en un enemigo público del Plata y comenzó a ser perseguido sin piedad, impidiéndose cualquier movimiento de su parte destinado a volver a Chile a través de la cordillera. El mencionado asesinato de los hermanos también causó indignación entre los chilenos y encendió más aún el resquemor contra la interferencia platense en el país.

En medio de esta vorágine de dolor, Carrera lanza su elocuente publicación "Un aviso a los pueblos de Chile", el 24 de junio de 1818, donde insistía con estas verdaderas profecías políticas, reflexionando sobre el fresco asesinato de sus leales hermanos:

> *"Están decretados vuestros destinos. Escuchad... Chile será una colonia de Buenos Aires como lo fue de España en otro tiempo. Su comercio e industria respetarán los límites que les prescriba el interés inmediato de la nueva Metrópoli. De aquí saldrán Gobernadores para sus provincias, Magistrados para sus pueblos, Generales y Ejércitos para sus fronteras. La suma de las necesidades formará la suma de las contribuciones. La Independencia de la América debe fijarse por la mano diestra de una Aristocracia inflexible. Los porteños en Chile y los chilenos en Buenos Aires sostendrán estos planes filantrópicos y serán alternativamente los instrumentos y las víctimas".*
>
> *"La expedición a Lima se costeará con la sangre chilena, y los soldados de Buenos Aires conservarán por el terror la conquista de Chile. Ganando batallas con jefes iniciados en el gran misterio, será Buenos Aires, cual otra Roma, la capital que dará las leyes al Continente del Sur".*
>
> *"El proyecto ni es difícil ni es injusto, desde que los principios inmutables de la razón y la naturaleza consignaron el mando a la sabiduría; a la obediencia a la estupidez. Respetando las preocupaciones de los pueblos, lisonjeando sus caprichos, y acariciando su orgullo, empezarán a ceder por la fuerza, continuarán por la política, y acabarán por la costumbre. Déjese al tiempo la sanción de la legitimada de su dependencia. Si aparecen algunos seres, capaces por la energía de su carácter de atravesar el proyecto, que mueran con las apariencias del crimen, que son las que justifican los atentados en el concepto de la multitud, siempre crédula, fanática y supersticiosa".*
>
> *"¡Ved, Chilenos, la suerte que os prepara el Club de Aristócratas de Buenos Aires! De esta asociación nocturna de Tiranos salió el fallo de muerte contra los Carreras, mis hermanos, vuestros amigos, nuestros Compatriotas, los defensores de la Libertad de su Patria".*
>
> *"Destinado está Chile para constituir uno de los grandes Estados de la Confederación del Sur, en que debe partirse la vasta extensión del Continente. Su posición física y geográfica, su situación política y moral, su riqueza, su*

industria, su numerosa población (Pasa de un millón de habitantes), no dejan un lugar al problema del cálculo de las naciones libres, e ilustradas. ¿Y podría alguno persuadirse que cuando está en los intereses generales del Mundo la aceleración de esta época dichosa, habían de calificarse las aspiraciones a su Independencia en el número de los criminales contra la causa de América? Pero las pasiones no calculan. Los Aristócratas de Buenos Aires, queriendo sofocar los votos de la naturaleza para esclavizaros, acaban de asesinar brutalmente a dos Patriotas ilustres, a quienes vuestra amistad formó el proceso sin advertirlo. Murieron porque su mérito y patriotismo les labraron un lugar preferente en vuestra opinión. ¡Ah, y que pronto les seguirán al patíbulo los que se atrevan en pensar en la Independencia y la Libertad!"

"¿No veis repartido el gobierno de las provincias entre la Aristocracia y estacionado el Ejército auxiliar en vuestro territorio? ¿No veis arrebatar vuestros caudales para enriquecer a vuestros opresores? ¿No veis arrancar a los chilenos de sus hogares, del seno de sus familias, de los brazos de sus tiernos hijos, para sostener con sangre el poder de los Tiranos en las riveras del Río de la Plata? ¿No veis a nuestros hermanos expatriados y repartidos en las haciendas de Mendoza para servir como viles colonos? ¿No veis en la inicua ejecución de los Carreras deshonrada la Nación en medio de sus triunfos? (Aterrados los asesinos por su propia conciencia, y queriendo dar algún colorido a tan horrible crimen, nombraron una comisión de abogados de las Provincias Unidas vendidos al poder y a la historia, para que suscribiesen en calidad de jueces la sentencia que suscribieron de San Martín y O'Higgins. Los Carreras fueron ejecutados en el término de dos horas, sin ser juzgados, ni respetada la inmunidad en un territorio extranjero. Tal ha sido siempre la conducta de los Tiranos en todos los tiempos y en tonos los países. El célebre demócrata, el autor del periódico de Buenos Aires "Mártir o Libre", Bernardo de Monteagudo, fue el conductor de la orden y dio uno de los doctores infames de aquella comisión política para bajar a la posteridad con el carácter de verdaderos asesinos) ¿No veis en O'Higgins y San Martín el carácter bárbaro y feroz de los Morillos y los Morales, que inundaron de sangre americana las fértiles campiñas de Caracas y Bogotá?"

"¿A qué esperáis, chilenos, para sacudir ese pesado yugo con que pretenden vuestros libertadores (original en cursiva) *unciros al carro de sus caprichos ambiciosos? Examinad esos documentos y en el sacrificio cruento de los Carreras, en ese sacrificio que no pudo suspender ni el clamor de una familia ilustre, ni los ruegos de Chile, ni los gritos de la humanidad, ni la vos imponente de la justicia y de las leyes; en él leeréis vuestra sentencia. Los mejores ciudadanos irán a la tumba de uno en uno; morirán con el valor de las primeras víctimas (Sábese por cartas contestes que los patriotas Juan José y Luis de Carrera salieron al cadalso para morir con un valor que realza el brillo de sus virtudes. Hasta el último aliento sirvió para honrar la memoria de su Patria); se formará un proceso a los ejecutores para seducir*

la opinión; los pueblos se abandonarán a la duda; los Tiranos quedarán triunfantes; y la Patria en cadenas. Santa Fe sin recurso se sostiene contra los esfuerzos del despotismo, ¿y vosotros con poder permanecéis en la apatía de los esclavos para ser el ludibrio de las naciones, y el oprobio de nuestra descendencia?"

"No chilenos, no. Es bien conocido vuestro carácter para que pueda dudarse de vuestros sentimientos. El ultraje hecho en la sangre de los Carreras a la nación entera agitará en vuestra justa indignación, y la familia y sus amigos, que lloran hoy sobre sus sepulcros, bendecirán un sacrificio, que afirme para siempre la Independencia de la Patria sobre las cenizas de sus bárbaros opresores".

Carrera no estaba lejos de comprender a fondo lo que realmente ocurría, a juzgar por la mencionada carta enviada por Pueyrredón a Guido. Su profecía, de este modo, ya se cumplía por sí sola.

El Plata resiste reconocer independencia chilena tras Maipú. Asesinato de Rodríguez

El 12 de febrero de 1818, Bernardo O'Higgins, Miguel Zañartu, Hipólito de Villegas y José Ignacio Zenteno firmaban y publicaban la Proclama de Independencia de Chile, consumando el largo proceso iniciado en 1810:

"La fuerza ha sido la razón suprema que por más de trescientos años ha mantenido al nuevo mundo en la necesidad de venerar como un dogma la usurpación de sus derechos y de buscar en ella misma el origen de sus más grandes deberes. Era preciso que algún día llegase el término de esta violenta sumisión: pero entretanto era imposible anticiparla: la resistencia del débil contra el fuerte imprime un carácter sacrílego a sus pretensiones, y no hace más que desacreditar la justicia en que se fundan. Estaba reservado al siglo 19 el oír a la América reclamar sus derechos sin ser delincuente y mostrar que el período de su sufrimiento no podía durar más que el de su debilidad. La revolución del 18 de Septiembre de 1810 fue el primer esfuerzo que hizo Chile para cumplir esos altos destinos a que lo llamaba el tiempo y la naturaleza: sus habitantes han probado desde entonces la energía y firmeza de su voluntad, arrostrando las vicisitudes de una gran guerra en que el gobierno español ha querido hacer ver que su política con respecto a la América sobrevivirá al trastorno de todos los abusos. Este último desengaño les ha inspirado naturalmente la resolución de separarse para siempre de la Monarquía Española, y proclamar su INDEPENDENCIA a la faz del mundo. Mas no permitiendo las actuales circunstancias de la guerra la convocación de un Congreso Nacional que sanciones el voto público, hemos mandado abrir un gran registro en que todos los Ciudadanos del Estado sufraguen por sí mismos libre y espontáneamente por la necesidad urgente de que el gobierno declare en el día la Independencia o por la dilación o negativa: y habiendo resultado que la universalidad de los Ciudadanos está

irrevocablemente decidida por la afirmativa de aquella proposición, hemos tenido a bien en ejercicio del poder extraordinario con que para esta caso particular nos han autorizado los Pueblos, declarar solemnemente a nombre de ellos en presencia del Altísimo, y hacer saber a la gran confederación del género humano que el territorio continental de Chile y sus Islas adyacentes forman de hecho y de derecho un Estado libre Independiente y Soberano, y quedan para siempre separados de la Monarquía de España, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses. Y para que esta declaración tenga toda la fuerza y solidez que debe caracterizar la primera Acta de un Pueblo libre, la afianzamos con el honor, la vida, las fortunas y todas las relaciones sociales de los habitantes de este nuevo Estado: comprometemos nuestra palabra, la dignidad de nuestro empleo, y el decoro de las armas de la PATRIA; y mandamos que con los libros del gran registro se deposite la Acta original en el archivo de la Municipalidad de Santiago, y se circule a todos los Pueblos, Ejércitos y Corporaciones para que inmediatamente se jure y quede sellada para siempre la emancipación de Chile. Dada en el Palacio Directorial de Concepción a 1 de Enero de 1818, firmada de nuestra mano, signada con el de la Nación y refrendada por nuestros Ministros y Secretarios de Estado, en los Departamentos de Gobierno, Hacienda y Guerra".

De alguna manera, el retroceso de la causa patriota en Chile tras el desastre de Rancagua había significado un momento de regocijo para Buenos Aires que, como veremos, logró esquivar por largo tiempo el reconocimiento a la Independencia de Chile. Con la república de la Patria Vieja desmoronada ante el retorno del poder hispano, el Plata tendría una estupenda e incontestable excusa para postergar indefinidamente el reconocimiento a la independencia chilena, lo que explica la indiferencia con que actuaron las autoridades bonaerenses durante la segunda etapa de emancipación al otro lado de la cordillera, en contraste con el apoyo y compromiso de la provincia de Cuyo, según veremos también.

De esta forma, parte de la profecía de Carrera cobraba vida sólo un par de meses después de su "Aviso" al los chilenos, cuando la vernácula repulsa natural de su pueblo hacia la dominación y el abuso del extranjero en su tierra, comenzó a hacer insostenible la relación con las fuerzas de intervención platenses y cundió la ansiedad por forzar a las autoridades de Buenos Aires a reconocer la independencia de Chile como garantía de respeto a su autonomía republicana. El paso del tiempo sin que el Plata le reconociera la independencia había ido abriendo profundas grietas entre chilenos y argentinos, y justificando todas las advertencias desgarradas que formulaba Carrera desde su exilio. Las diferencias de carácter y la exagerada tendencia platense a inmiscuirse en cuestiones internas chilenas habían terminado de empeorar más las cosas.

En este trance vino a producirse la gloriosa la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818, donde las fuerzas realistas son derrotadas por el Ejército al mando de San Martín. Si bien fue una decisión de último instante del General argentino, al hacer bajar a su guardia hasta los llanos del Maipo, lo que aseguró la derrota hispana, no es menos cierto que su plan inicial sustentado casi enteramente en la superioridad de las

fuerzas de artillería patriotas no resultó, obligando a movilizar a las fuerzas de infantería, acción que estuvo cerca de fracasar de no ser nuevamente por la pericia y astucia de su compatriota el General Gregorio Las Heras, que logró abrirse camino cuesta arriba entre los realistas.

O'Higgins, aún herido de un brazo desde Cancha Rayada, se presentó en el campo de batalla seguido por un grupo de leales, aplastando las últimas resistencias españolas. La exaltación que los historiadores hacen del famoso "abrazo", al final de la contienda, lamentablemente ha acabado involuntariamente por subordinar en el relato una de las figuras más heroicas de la jornada y de toda la historia de Chile: el Coronel Santiago *"Huaso"* Bueras, comandante del Cazadores a Caballo que salió tras los realistas y peleó hasta el final a pesar de estar gravemente herido del brazo, encontrando la muerte. No sería el único gran oficial caído entre los 800 patriotas muertos: también partirían a la gloria histórica el Teniente Juan Gana y los Subtenientes José Ortiz y Ramón Recabarren.

Al convencerse definitivamente de que no lograrían atraer a Manuel Rodríguez a su círculo y que el guerrillero estaba adquiriendo una notoriedad y admiración popular peligrosa para los egoísmos de la Logia, no bien concluyeron los festejos, San Martín y O'Higgins comenzaron a visualizarlo como un adversario dada la insistencia de Monteagudo sobre la necesidad de sacar de escenario al guerrillero. Tras ocupar San Fernando, además, Rodríguez había cambiado las autoridades locales, medida que no fue aceptada por Hilarión de la Quintana, que oficiaba como Director Supremo interino en ausencia de O'Higgins, como hemos dicho. Por esta razón, cuando San Martín intentó domarlo con la oferta de una representación de Chile en Buenos Aires y una misión diplomática para obtener asistencia económica del Plata para la expedición al Perú, la negativa rotunda de Rodríguez le resultó frustrante.

Tras la Batalla de Maipú, se había ordenado la disolución de los "Húsares de la Muerte" y se inició la lamentable persecución contra Rodríguez. Entonces, se ordenó su detención acusándolo conspirar en favor de Carrera y fue hecho prisionero. La excusa, nuevamente siguiendo recomendaciones de Monteagudo, fue la invasión que hizo Rodríguez en el Palacio, al entrar a caballo protestando por el asesinato de los hermanos Carrera, el 17 de abril de 1818, seguido afuera por una multitud enardecida.

El guerrillero fue detenido un el cuartel de San Pablo. El 25 de mayo, se le sacó de su celda con la supuesta instrucción de trasladarlo a Quillota, pero con la secreta orden de darle muerte en el camino. Como ningún chileno se prestó para tan repugnante tarea, todos los hombres que lo conducían eran argentinos al mando del Teniente Antonio Navarro, español residente en Mendoza y convertido a la causa patriota, quien había sostenido varias reuniones previas con Rudesindo Alvarado y con Monteagudo para estudiar la forma de deshacerse de Rodríguez y de los demás enemigos de la Logia.

Se dice que en una distracción, el amigo del guerrillero, Manuel Benavente le entregó un cigarrillo con un mensaje advirtiéndole brevemente lo que le esperaba y que tratara de escapar, pero Rodríguez se negó a hacerlo. Se le condujo a las cercanías de Til-Til, junto al río Lampa. En el sector conocido como Cancha del Gato,

probablemente en horas nocturnas, fue asesinado por la espalda con una bala disparada por Navarro y una seguidilla de sablazos dados por los demás verdugos. Tenía 33 años de vida.

Su cuerpo fue enterrado en la capilla de esa localidad, siendo trasladado tiempo después al Cementerio General, aunque se han planteado dudas sobre la identidad de su cuerpo allí sepultado. En 1863, se erigió en el lugar de su muerte un monolito en su memoria con la siguiente estrofa del poeta Guillermo Matta:

> *"¡¡Jamás el héroe muere!!*
> *En la mano que le hiere*
> *En página inmortal su nombre escribe,*
> *Y el héroe mártir con su gloria vive".*

Conocida la noticia del alevoso asesinato, los custodios alegaron que Rodríguez había tratado de escapar. Encontrándose tan cerca del crimen de los hermanos Carrera, sería un durísimo golpe para en la sociedad chilena y acrecentó hasta el fondo las desconfianzas y odios contra los argentinos y contra el propio O'Higgins por parte de sus enemigos, ya que seguía confiando ciegamente en su amigo San Martín y tolerando las actitudes constantemente ofrecidas por los *lautarinos* argentinos, reñidas con la amistad y la fraternidad tan calurosamente profesadas. Sin duda, el prócer chileno seguía proyectando sus propios valores sobre la figura del General argentino y sus asesores, al punto de echarse encima a gran parte de la sociedad y de sus camaradas de armas. Tampoco puede negarse la cuota de complicidad que hubo de existir de su parte en el crimen de Rodríguez, como se ha planteado a partir de comprometedoras cartas escritas por su mano en esos días. No menos importante fue, también, la tendencia exagerada al protagonismo por parte de los más altos generales y coroneles bonaerenses en la participación de la independencia de Chile y luego la campaña libertadora hacia el Perú, como hemos visto y seguiremos haciéndolo.

En tanto, ya sin poder esperar más tiempo algún gesto desde Río de la Plata en el sentido de reconocerse la independencia chilena, el 4 de agosto de 1818 Chile hizo presentar credenciales en Buenos Aires a Miguel Zañartu con objeto de impedir más dilaciones. Sólo el 12 de diciembre de ese año, el Congreso platense accedió a reconocerle la Independencia a su vecino, postergándose así los controvertidos planes hegemónicos bonaerenses pero no la avalancha de suspicacias que seguía provocando la intrigante actitud del Plata.

La lección de estos hechos será dura para Chile: la subordinación a los intereses de otro país ni siquiera fue justificable en momentos de alianza y de unidad frente a la amenaza de un tercero. Salvador Reyes escribió al respecto:

> *"La supeditación de Chile a la política argentina, viene de muy lejos, desde las guerras de la Independencia, y por razones psicológicas, se ha mantenido casi inalterable hasta nuestros días en la historia de las relaciones entre ambos pueblos".*

Independientemente de lo que diga la historia heroica, los hechos históricos señalan que mientras esto ocurría, San Martín iniciaba una odiosa campaña epistolar en contra de Chile, el mismo país que se desgastaba reventando sus escasos fondos fiscales para satisfacer los

planes del libertador argentino. Coincide más o menos con la llegada de Lord Cochrane, de la que ya hablaremos. La insidia se hacía a espaldas de O'Higgins quien, si bien pudo haber sido advertido por sus sucesores, seguía confiando plenamente en su amigo.

Correrías de Carrera por el federalismo argentino. El testamento y el trágico fin del prócer

> *"Había en ese hombre algo de Alcibíades griego. Poseía la flexibilidad de maneras de ese héroe ateniente que, en Esparta, ejemplarizaba con su sobriedad a los discípulos de Licurgo, que en Jonia, era el más voluptuoso; que en Tracia pasaba por el mejor jinete y el mayor bebedor; y que en Persia asustaba con sus lujos a los sátrapas del rey. Carrera también había sido en España un oficial bravo y alegre; en Chile, un revolucionario hábil y audaz; en Estados Unidos, un proscrito circunspecto y emprendedor; en Montevideo, escritor y diarista; entre los montoneros de Entre Ríos y Santa Fe incansable batallador; en la pampa, un gaucho en el manejo del caballo y de la lanza".* (Miguel Luis Amunátegui)

Aún ausente y forzado a permanecer ajeno a todos estos hechos, la historia de Carrera en este período resultará en una epopeya insólita y sobrecogedora. Su venganza contra los asesinos de sus hermanos, contra los *tiranos*, sería un verdadero azote sobre el territorio argentino. Desde su imprenta clandestina publica "El Hurón", un pasquín que devela hasta la intimidad los escándalos de la administración de Pueyrredón y las argucias de San Martín en Chile. Desnuda también los afanes monarquistas de los "patriotas" argentinos. La indignación popular creció en Buenos Aires y en las provincias como un reguero de pólvora al conocerse las denuncias de estos impresos, motivando a las autoridades a redoblar los esfuerzos por dar cacería al rebelde militar chileno. En "José Miguel Carrera. Su vida. Sus vicisitudes. Su época", Manuel Reyno Gutiérrez apunta:

> *"No caerán en terreno estéril las palabras de don José Miguel Carrera y la guerra civil no tarda en asomar su sangrienta cabeza sobre las márgenes del Plata. Sus adversarios se defienden, cargándolo de acusaciones y de ofensas, y anotan en el haber de su cuenta todo lo malo que ocurre, presentándolo como un aborto del infierno".*
>
> *"La lucha es a muerte y no hay tregua posible. En ella caerán todos los actores: Carrera, Pueyrredón, O'Higgins, San Martín. La sangre va a llenar muchas páginas de la historia argentina, y mientras la marea arroja a las playas del Plata a Rosas y sus mazorqueros, encarnados en las ideas federales, y se funde en dolor el futuro de la República Argentina al este de los Andes..."*

Había comenzado, entonces, la Anarquía argentina. El proscrito logró armar un ejército enorme, conformado por rebeldes y más tarde indígenas que lo reconocieron con el título del *"Pichi Rey"*. Aplastó militarmente a Buenos Aires en dos ocasiones y puso en jaque a sus enemigos en el gobierno. Incluso se le ofreció la Dirección Suprema de Buenos Aires, pero Carrera prefirió dejar el mando en manos de Alvear. Dejemos que Fernando Campos Harriet termine de contar esta etapa:

> *"José Miguel Carrera se unió con los federales. Aparte de su conveniencia política, había una razón ideológica: acababa de llegar de Estados Unidos y en la gran nación del norte*

había podido comprobar los asombrosos y felices resultados de ese régimen institucional que, aparte de un breve ensayo, nunca se ha estudiado seriamente establecer en Chile".

"La lucha de los federales con el Director Supremo Pueyrredón fue acaudillada por Ramírez, el jefe de Entre Ríos, instigado por Carrera, que colaboró con su pluma predicando la federación y denunciando un plan de Pueyrredón con las brasileños para entregar la Argentina a un príncipe Borbón".

"Pueyrredón renunció a causa de la gran impopularidad de su persona y entregó el 10 de julio de 1819 el solio presidencial al Brigadier Rondeau. Este recibió por herencia la guerra civil".

"El triunfo de los federales fue incontenible. Ocuparon Buenos Aires. Manuel Sarratea fue nombrado Gobernador. A los diez días, Balcarce, unitario, que había salvado su división de la derrota, derribó a Sarratea. Pidió a José Miguel Carrera que sirviera de mediador con los federales. Carrera aceptó y con el pretexto de desempeñar esta comisión se dirigió con la celeridad del rayo a entrevistarse con su amigo Ramírez, que estaba a alguna distancia de la capital. Unas cuantas palabras le bastaron par entenderse. Era necesario desalojar a Balcarce. Era absurdo sostener en el poder a un enemigo, pudiendo derribarle".

"Con doscientos hombres, Ramírez y Carrera marcharon sobre Buenos Aires y entraron sin ninguna resistencia, viendo incorporarse a sus filas a los defensores de la ciudad".

"Balcarce huyó, abandonado de sus leales, dejando el puesto a Sarratea. Carrera había sido el promotor de todos estos acontecimientos increíbles. Miguel Zañartu, Ministro de Chile en Buenos Aires, escribió a O'Higgins: "Carrera es el alma de todos estos movimientos"."

Carrera continuó planeando su regreso a Chile. A diferencia de lo sucedido con el Ejército de los Andes, no quería extranjeros en sus filas que repitieran el espectáculo de intervención política que ofrecían los militares mendocinos en Santiago. Para ello convino con Sarratea en un acuerdo para sacar a todos los chilenos de la guarnición de Buenos Aires, reuniendo 600 hombres que quedaron al mando de José María Benavente, designado Comandante en Jefe por Carrera. Pero Zañartu puso en alerta al Gobierno de Chile y escribió una seria advertencia a Sarratea, por nota del 16 de marzo de 1820:

"Ya no puedo por más tiempo ser indiferente a la voz pública que, con los preparativos de esta expedición, ha divulgado también la protección que Usía le dispensa, al extremo de franquear a don José Miguel Carrera, autor de ella, todos los soldados que paga este país; y que bajo el nombre de desertores, existen en la ciudad y en la comprensión de la provincia. Si es verdadero este permiso o más bien esta cooperación, ella expresa una declaración abierta de guerra contra el Estado y Gobierno que represento y me impone el

deber de pedir a Usía, con los motivos de esta resolución, el pasaporte correspondiente para retirarme a mi Estado".

Sarratea no respondió la nota, por lo que Zañartu se volcó a los medios difamando sin piedad a Carrera y publicitando el éxito de la campaña de Lord Cochrane sobre Valdivia, que veremos más abajo. Agregaba que una interferencia de Carrera pondría en peligro la Expedición Libertadora al Perú, con lo que consiguió reclutar antipatías contra el prócer.

Incorporado ya entre los indios, el "Guerrillero de las Pampas" sembró el terror en las provincias donde las fuerzas argentinas bloqueaban el paso a la cordillera, hacia su propia patria, sabiendo que su regreso a Santiago volvería a convertirlo en el líder indiscutido de las masas arrebatándole a los *lautarinos* la posibilidad de repartirse en poder político. Infatigable, había pactado con el Gobernador de Entre Ríos, Ramírez, para algunas de sus acciones, con su promesa de asistirlo en la necesidad del prócer de retornar a Chile. Esta acción fue fundamental para la rendición de Buenos Aires ante las fuerzas federalistas. Sitiando Córdoba hasta conseguir también su rendición, se le había unido el Coronel argentino Felipe Álvarez, con 800 hombres.

Luego de separarse de Ramírez, Carrera derrotó a las tropas mendocinas en villa Concepción de Río Claro. Se había vuelto, con ello, la peor y más humillante pesadilla para el Plata. Miguel Luis Amunátegui escribe sobre ello:

"Esta facilidad para triunfar, a pesar de la escasez de sus recursos, dio a Carrera entre los campesinos la fama de hechicero. Aquellas pobres gentes no podían explicarse tan constante y buena fortuna en la guerra, sino atribuyéndola a causas sobrenaturales. Referían mil patrañas al respecto. Contaban, entre otras cosas, que había quien había visto a Carrera durante un combate sacar del bolsillo un papel blanco, arrojarlo al viento, y hacer brotar de la tierra por la virtud de tal conjuro, legiones de soldados cuyo empuje nadie era capaz de resistir. Una reputación como ésta no dejaba de aprovecharle y apartaba de su camino más de un enemigo".

No obstante sus triunfos, el 25 de junio de 1819, sintiendo la posibilidad de la muerte cerca, el General Carrera redactó su dramático *Testamento* en los siguientes términos:

"En el nombre de Dios.

Yo, José Miguel de Carrera, natural y vecino de Santiago de Chile, hijo legítimo de don Ignacio de Carrera y de doña Paula Verdugo, ya difunta, naturales también de aquella ciudad, hallándome en mi sano y entero juicio, para estar prevenido con disposición testamentaria cuando llegue la muerte, y para resolver con maduro acuerdo todo lo concerniente a evitar dudas y pleitos que por defecto de claridad pueden suscitarse después de mi fallecimiento, otorgo mi testamento cerrado en la forma siguiente.

Declaro hallarme casado legítimamente con doña Mercedes Fontecilla, en cuyo matrimonio hemos tenido por hijas a Francisca Javiera, Roberta, Rosa y Josefa, que aún están en

la edad de la infancia, declarando asimismo hallarse a la fecha embarazada, cuyo fruto reconozco igualmente que a los demás por mi hijo; de los cuales, usando de la facultad que me confiere la ley, nombro por tutor y curador en primer lugar a don Francisco Tagle, en segundo lugar a don Pedro Vidal, y en tercero a don Nicolás Cerda, todos naturales y vecinos de la misma ciudad de Santiago de Chile; esperando de la buena conducta, fe y amistad del que admitiese este encargo que cuidará con el mayor celo de la conservación y aumento de sus bienes, de su mejor crianza y educación sobre que le encargo la más empeñada atención y esmero. En el caso de que mi cuarto hijo, del que queda mi mujer embarazada, fuese varón, es mi voluntad que a los siete años de edad sea mandado a Estados Unidos al cuidado de mi íntimo amigo el comodoro David Porter para que sea educado por su dirección en uno de aquellos colegios.

Si desgraciadamente faltase mi mujer antes que mis hijas tengan la edad de ocho años, es también mi voluntad que sean mandadas a Estados Unidos para que al cuidado y dirección de dicho mi amigo reciban su educación debiendo volverlas a su patria luego que cumplan trece años.

Declaro que la expresada mi mujer no aportó a nuestro matrimonio por dote cosa alguna, y que, lejos de haber gananciales, hemos sufrido pérdidas y menoscabos causados por los contrastes de la revolución.

Mis bienes al presente deben consistir en la parte que, como a uno de cuatro herederos forzosos de mi difunta madre, me corresponden, cuyas particiones no se han practicado, existiendo aún aquellos bienes hereditarios en poder de mi padre.

Con respecto a que con la muerte de don Luis, mi hermano, debe recaer en mí la mejora que mi madre le hizo de una casa que está en Santiago de Chile, según todo consta de su disposición testamentaria, la declaro parte de mis bienes.

Por el fallecimiento de Juan José, mi hermano, deben venir a mí las capellanías de legos que gozaba, lo declaro para que conste.

En 1814 di boletos de manumisión a mis esclavos María de los Santos Carrera y a un negro que me fue regalado por el obispo Guerrero, cuyo nombre no recuerdo por ahora: para su mayor firmeza lo declaro en este testamento, y si necesario fuere la doy de nuevo, mandando que desde la fecha de dichos boletos se tengan por libres; como igualmente desde la presente a Dionisia Blanco, mi esclava, que actualmente está en mi servicio (y a todos sus hijos, si algún derecho me corresponde sobre ellos), a quienes desde luego manifiesto para que, como tales libres, puedan tratar, testar o hacer todo cuanto se permite al que es naturalmente tal; y en consecuencia de lo que proviene el derecho, renuncio enteramente por mí y mis sucesores el de patronazgo que tengo en ellos por las leyes, para quede esta

suerte sea más firme su manumisión y jamás pueda yo reclamarla.

A la mencionada doña Mercedes, mi mujer, lego el remanente del quinto de mis bienes: lo declaro para que conste.

Para diligenciar la expedición que conduje de Estados Unidos, compuesta de cuatro buques de guerra la "Clifton" el "Salvaje" la "Davey" y el "Tupac Amaru" con armamentos y pertrechos suficientes para la formación de un ejército, con oficiales militares, y artesanos para los ramos de guerra, etc., etc., fue necesario emprender gastos considerables a que ocurrí con dinero a mi responsabilidad, ellos constan de las cuentas que quedan entre mis albaceas que, formalizadas, reclamen la cantidad a que asciendan del Estado de Chile que creo obligado a cubrir en razón de su libertad y por sus órdenes fue consumida. Entre estos gastos se ven los de la conducción de oficiales y artesanos de los que dispusieron el Gobierno de Chile y el de Buenos Aires, que deben abonarlos; de estas cantidades se pagarán dos mil pesos fuertes al coronel Joel Robert Poinsett vecino de Charlestown en Sud Carolina, los que deberán entrar en mis bienes, caso de haberse cubierto antes de mis fondos.

La flotilla y demás auxilios conducidos de Estados Unidos para libertar a Chile, mi patria, debe considerarse y fue la obra del Presidente del Gobierno de aquel país y del general de sus tropa al tiempo de la retirada de Mendoza: mi viaje a este objeto a Estados Unidos fue de acuerdo con el vocal Orive, y con consentimiento del Director de las provincias unidas don Ignacio Álvarez quien me recomendó oficialmente al Presidente de aquella nación el señor Madison. Habrían tenido efecto mis sacrificios y Chile habría disfrutado ventajas incalculables, si mi expedición no hubiese sido detenida y destruida por la arbitrariedad y despotismo del Director Pueyrredón. En esta virtud y en la de que las mismas contratas que celebré en Estados Unidos sobre la expedición, acreditan no haber por mi parte responsabilidad alguna, mando a mis albaceas y herederos no se mezclen en gestiones que sobre dichos contratos ocurran, dejando que por sí solos reclamen sus derechos los interesados como, cuando y contra quien vieren convenirles.

Mis dependencias pasivas constan de letras que he girado contra mi casa; mando que se paguen y que si apareciesen algunas activas, se cobren.

Nombro por mis albaceas a don Francisco Tagle, a don Pedro Vidal y a don Nicolás Cerda a cada uno in solidum confiriéndoles amplia facultad para que de mis bienes se cumpla y pague todo lo prevenido en este testamento, cuyo encargo les dure el año legal y aún más tiempo si lo necesitaran.

Después de cumplido y satisfecho todo lo expresado, en el remanente de todos mis bienes y derechos presentes y futuros, instituyo por mis únicos herederos a las referidas

Javiera, Roberta, Rosa y Josefa, igualmente que el que está en el vientre, cuando por la ley puedan serlo, y a los demás descendientes de legítimo matrimonio que hubiese al tiempo de mi muerte y deban heredarme para que lo lleven según lo dispuesto por las leyes.

Solo formalicé disposición testamentos en 1806 a favor de mi hermana Javiera; ésta y cualquiera otra que pareciera anterior a la presente las doy por nulas, y, en caso necesario, las revoco para que fe judicial ni extrajudicialmente excepto este testamento o se tenga por tal, se cumpla en todas sus partes como mi última voluntad o en la forma que más haya lugar en derecho. Montevideo, 25 de Junio de 1819.

(Firma) J. MIGUEL DE CARRERA"

Hacia noviembre de 1820, la autoridad de Cuyo reforzó su ofensiva contra Carrera y sus hombres, que ya controlaban la totalidad de la Pampa y de Córdoba. La decisión se tomó por instrucciones de Buenos Aires, obedeciendo a su vez a los consejos de Zañartu. El General Morón partió rumbo a San Luis con las divisiones de San Juan y de Mendoza, para enfrentarse directamente con Carrera y Ramírez. El azote de Morón fue despiadado, apresando y fusilando a cuanto mendocino despertaba sospechas de ser aliado de la guerrilla. Confiaba ya en la superioridad a razón de su crueldad, cuando en junio de 1821 cayó derrotado y muerto por los hombres Carrera tras iniciar el argentino un combate "sorpresa" que alcanzó a ser advertida por los montoneros al toque anunciando a retaguardia.

La muerte de uno de los mejores generales del Plata y el escape despavorido de las fuerzas de Cuyo serían una dolorosa mácula en el orgullo bonaerense, que exigía ser lavada con la sangre de Carrera.

El prócer chileno, quizás excesivamente optimista con sus últimos triunfos, pretendió dar el golpe final con su fiel Coronel Benavente, que le había acompañado en su salida desde Chile hacía seis años ya, para atravesar la cordillera de los Andes de vuelta a la patria. Las noticias que llegaban desde Córdoba y Cuyo daban cuenta que un pacto entre las provincias instigado por Buenos Aires le había puesto precio a su cabeza, y del levantamiento de más de mil hombres para atacar a sus fuerzas. El fracaso de su intento de salir desde San Luis le había demostrado que debía proveerse de una caballería acorde a las necesidades de tal empresa, por lo que el 21 de agosto partió con 500 hombres de su *Ejército Restaurador* hasta Punta del Médano, cerca de San Juan, con tal propósito. Mal apertrechados y temerosos por la fuerza del enemigo, la incertidumbre cundió entre los hombres provocando deserciones masivas tras ser rodeado por 800 efectivos del Ejército de Mendoza, al mando del Coronel José Albino Gutiérrez, que habían sido alertados de su presencia.

Mientras habían estado batiéndose en retirada Carrera, Benavente y Álvarez, el ilustre patriota había sido traicionado vilmente por los jefes argentinos que hasta sólo unas horas antes le juraban lealtad, y tres oficiales a su servicio decidieron volverse mercenarios luego de secretas ofertas de Buenos Aires para comprar su libertad: José María Moya, José Manuel Arias y un tal Inchauste. La deslealtad infame y grosera de estos personajes ha hecho historia, pues consiguieron rebelar a gran parte de la tropa para apresar a todos los demás oficiales

salvo a Benavente, quien se negó a pasarse al bando de los traidores a pesar de haber sido contrario a la aventura de Punta de Médano. Carrera fue amarrado de pies y manos, siendo conducido a Mendoza la noche del 1º de septiembre. Lo encerraron con Benavente y Álvarez en el mismo calabozo. Al día siguiente, El Coronel Gutiérrez llegaba a la ciudad exigiendo la ejecución de los detenidos, siendo procesados durante esa misma noche en un escandaloso libelo plagado de injusticias, sin derecho a defensa y ausente de todo apego al derecho, con una sentencia concebida entre cuatro paredes y sin ajuste ni referencia a legislación alguna, que le fue leída a los detenidos a las ocho de la noche del día 3:

> *"Visto, conformándome con el parecer del Consejo de Guerra, serán pasados por las armas en el perentorio término de 16 horas el Brigadier don José Miguel Carrera, el Coronel José María Benavente y el de igual clase don Felipe Álvarez".*

El 4 de septiembre de 1821, durante la mañana y a dos horas de la ejecución de la sentencia, Carrera pidió papel y lápiz para escribir su carta de despedida a la mujer de su vida, su paciente y sacrificada esposa Mercedes, diciéndole:

> *"Ten resignación para escuchar que moriré hoy a las once. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país extranjero, sin amigos, sin relaciones, sin recursos. ¡Más puede la providencia que los hombres!"*

Ya con la hora final encima, escribió una pequeña última nota que guardó dentro de la caja de su reloj:

> *"Miro con indiferencia la muerte; sólo la idea de separarme de mi adorada Mercedes y tiernos hijos despedaza mi corazón. Adiós, adiós".*

Benavente fue perdonado casi en el último instante. Carrera, en cambio, fue sacado a la Plaza Mayor de Mendoza. Al enfrentarse a las chusmas gritando en su contra y pidiendo su cabeza, exclamó desafiante: *"¡Qué pueblo tan incivil"*. Tal como lo hicieran antes sus valientes hermanos, se negó a enfrentar al pelotón de fusilamiento con los ojos vendados. *"¡Muero por la libertad de América!"*, alcanzó a gritar, según su mito. Luego, vino la descarga.

Partía para siempre el libertador de Chile e impulsor del federalismo argentino. Murió así, con el mismo valor que vivió; siguiendo la senda de patriotas como José Miguel Neira, Juan José y Luis Carrera, y Manuel Rodríguez, el costo de la participación argentina en la liberación de Chile volvía a cobrar como cuota un terrible magnicidio. Sus pertenencias personales le fueron robadas como trofeos aún sangrantes. La leyenda dice que sólo unas horas después, llegó la orden de San Martín de cancelar la ejecución, atrasada por un contratiempo de la diligencia.

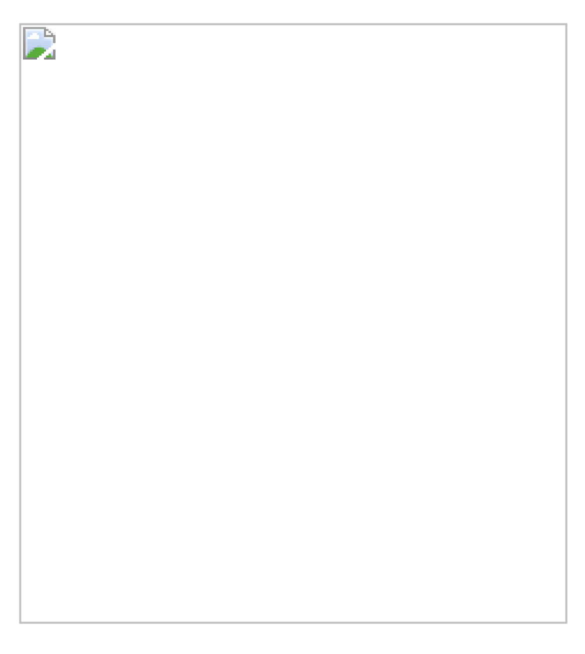
Aunque algunos autores como Gabriel Salazar, con muy poca originalidad, se basan en los escritos de Barros Arana contra el prócer (muy comprometidos con la logia lautarina, según veremos) para presentarlo como un caudillo tiránico y déspota sin respaldo popular, los hechos históricos demuestran, sin embargo, que a la larga el asesinato

de Carrera y Álvarez sería contraproducente para el interés argentino y precipitaría buena parte de su fracaso en las intenciones de establecer la sombra del poder político bonaerense sobre territorio chileno. La noticia de la muerte, de hecho, daría una nueva excusa a la acumulativa ira popular chilena contra los *lautarinos*.

A pesar de los intentos pseudo revisionistas, el impulso dado por Carrera a la historia de la Independencia de Chile sigue firmemente albergado en el alma popular nacional, especialmente dentro de los movimientos foklóricos y en la cultura cuequera chilena, donde el prócer continúa inspirando las letras y los símbolos. Inclusive, las Fiestas Patrias se celebran en Chile el 18 de septiembre de cada año, rememorando la petición que el propio Carrera hiciera en 1811 de iniciar las fiestas con un *"Te Deum"* organizado por el Arzobispado de Santiago, en el día de la constitución de la Primera Junta Nacional de Gobierno.

El poeta Pablo Neruda, escribiría en memoria:

> *"Príncipe de los caminos / Hermoso como un clavel / embriagador como el vino / era don José Miguel.*
>
> *¿Quién fue el primero que dijo, / libertad en nuestra tierra, / sin reyes y sin tiranos....? / ¡Don José Miguel Carrera!"*



General José Miguel Carrera: *"Están decretados los destinos de Chile. ¡Una provincia oscura de la capital del Río de la Plata! Los brazos de sus hijos, el fruto de sus sudores, servirán a sostener la fuerza de esos tiranos para esclavizarla".*

Inicio de expedición al Perú. Arribo de Lord Cochrane. Celos e ingratitudes de San Martín

El 28 de noviembre de 1818 era recibido en Valparaíso el marino inglés nacido en Escocia, Lord Thomas Alexander Cochrane, con el mismísimo O'Higgins esperándole en el puerto para acompañarle a Santiago. A pesar de su prestigio y reconocimiento, había debido retirarse de funciones del cuerpo de marina británica por sus ásperas diferencias con el Primer Lord del Almirantazgo, Conde de Saint Vincent, y otros personajes de la institución. Esto permitió que fuera contactado en Francia por el representante chileno José Álvarez Condarco mientras se

dedicaba a incursionar en la política. Le propuso entrar a la flota naval que se estaba formando en el país a pesar de que en Europa aún no se reconocía al Gobierno de Chile ni su independencia.

De este modo, Cochrane llegó para integrarse de inmediato a la Escuadra de guerra que O'Higgins estaba preparando para arrojarse contra el poder virreinal alojado en el Perú, conforme a los propósitos originales de la *Logia Lautarina*, como hemos visto. El 16 de enero de 1819, zarpó a realizar lo que se denominaría la Primera Expedición al Perú, con acciones en el Callao, Huancho y Paita.

En tanto, San Martín seguía siendo General en Jefe del Ejército sólo gracias a la lealtad de O'Higgins, ya que su liderazgo era cada vez más cuestionado y rodeado de intrigas. O'Higgins continuaba financiando los enormes gastos de todas la empresa a la que había sido comprometido, indiferente al rechazo popular que se estaba gestando por esta actitud, atribuida a lo que se interpretaba entre sus opositores como un servilismo inexplicable de parte del prócer chileno. Sin embargo, era la honorabilidad de O'Higgins la que no escatimó en sacrificios para financiar la permanencia y los planes de las fuerzas argentinas, algo que a todas luces parecía una idea delirante y suicida en un país que acababa de salir de la guerra para su propia independencia y se veía gravemente empobrecido.

Como hemos dicho anteriormente, San Martín también había iniciado un inusitado intercambio epistolar con Buenos Aires, donde no se medía en injurias odiosas contra el país que le acogía y financiaba sus planes. En la intensa correspondencia por él despachada desde Chile, describía a este país ante las Provincias Unidas como una nación anarquizada, miserable e ingrata, agregando que el Gobierno de O'Higgins se sostenía sólo con la ayuda del Ejército de los Andes, cuando lo real era que este mismo Ejército y su sometimiento a los planes argentinos de avanzar sobre Perú, estaban haciendo tambalear la Dirección Suprema de Chile y fraguando el calor del descontento ciudadano.

Sin renunciar ni por un instante a sus propósitos de arrojar una embestida por el Sur del Virreinato peruano, sin embargo, San Martín no tuvo escrúpulos para iniciar gestiones con Buenos Aires para que su ejército abandonara el territorio chileno y volviera a las Provincias Unidas, de modo que el General argentino tenía desde temprano la intención de que toda la responsabilidad financiera de tamaña empresa quedara enteramente en manos de Chile, mientras él cosechara los laureles de las victorias, ya que consideraba la expedición hacia el país incásico como un logro absolutamente personal e incompartible. Irónicamente, seguía culpando a los chilenos del peligro de que su parte de la Expedición de los Andes debiese retornar a territorio argentino, según se desprende del tenor de sus cartas.

Se comprenderá, entonces, el resquemor y los celos que provocó en San Martín la llegada de una figura con el prestigio y el reconocimiento que tenía Lord Cochrane y los oficiales ingleses de confianza que le acompañaban, para integrarse a la campaña contra las fuerzas realistas peruanas. Incluso, algunos capitanes chilenos participaron de este desprecio, intentando organizar una doble jefatura en la Escuadra, que obligara a Cochrane a compartir el mando con el Almirante Blanco Encalada, idea que no prosperó a raíz del desinterés de este último en semejante propuesta, traspasándose la dirección a Cochrane.

A pesar de la imagen bonachona y altruista que los admiradores de San Martín en Chile y Argentina le han intentado estampar a su figura histórica, es un hecho que, casi inmediatamente, comenzó a conspirar contra el marino inglés y -como dijimos- también contra el gobierno de su propio "hermano" O'Higgins, el mismo amigo del alma que había arriesgado todo por él. En efecto, en una carta del 31 de diciembre, San Martín no muestra escrúpulos para informar a su Gobierno del interés en que se produjera un cambio de régimen en el país anfitrión, comentando con inusitada deshonestidad (los destacados son nuestros):

> *"La actual administración no es respetada ni amada... Mutación alguna en el gobierno de este país no puede hacerse, pues NO HAY HOMBRE CAPAZ de tomar las riendas del gobierno".*

Deslizando con menos sutileza aún la idea de derrocar a O'Higgins para reemplazarlo por un gobierno directamente dependiente de Buenos Aires, vuelve a escribir el 12 de enero de 1819:

> *"Su administración es odiosa y aborrecida por todos los habitantes"*

Y el mismo día, le escribe al representante Guido:

> *"En fin, la conducta de este gobierno esta manifestando claramente que su objeto es, no sólo que no se verifique la expedición proyectada, sino el de desprenderse del Ejército de los Andes, poniéndonos en estado de desesperación tal, que tengamos que pasar la cordillera o comprometernos en disgustos de la mayor trascendencia".*

Todo esto era una vil falsedad, sin embargo, porque de la misma manera que la causa de los problemas del Gobierno de Chile seguían siendo los compromisos con los argentinos y no un supuesto estado de anarquía o ingobernabilidad, por esos precisos días O'Higgins ya había cumplido con conseguir del Senado la aprobación que autorizaba un primer aporte de 500 mil pesos para la Expedición al Perú, de modo que las crueles acusaciones de San Martín sólo pueden entenderse en el contexto de su interés por traicionar entre sombras al Director Supremo. Salvador Reyes recomienda estudiar el Archivo de San Martín para seguir indagando sobre la indignante doble faz que mantuvo todo el tiempo con respecto a O'Higgins.

Aún así, O'Higgins seguía leal y atado de manos por la Logia, tanto así que sus decisiones soberanas debían pasar por consulta de los "hermanos" superiores, a juzgar por la carta que escribe a San Martín el 17 de febrero siguiente:

> *"También se resolvió 0-0* (la Logia) *que nuestro amigo* ("hermano") *Zapiola sucediera al gobernador de Valparaíso durante su ausencia".*

Chile iguala a indios y criollos y ordena bloquear puertos peruanos. Jurisdicción de Atacama

A pesar de la complicada situación, el Libertador O'Higgins de todos modos se tomó la tarea de realizar otra hazaña para la historia

americana, al proclamar la libertad y chilenidad de los indígenas con un Bando Supremo del 4 de marzo de 1819, donde establece:

> *"Los indios que vivían sin participar de los beneficios de la sociedad y morían cubiertos de oprobio y miseria, para lo sucesivo deberán ser llamados ciudadanos chilenos y libres, como los demás habitantes del Estado..."*

Lamentablemente, la participación de amplios sectores de la comunidad indígena en complicidad con prófugos realistas y con bandas de rufianes que se refugiaron en la Araucanía, hicieron de la ilusión de O'Higgins de una convivencia común, una fantasía que varias veces se presentó difícil y quimérica.

Sin embargo, tendrá ocasión otro hecho notable de O'Higgins con relación al ejercicio de los derechos chilenos sobre el territorio de Atacama, posteriormente disputado con Bolivia, cuando ordenó el bloqueo de los puertos peruanos, para evitar acciones del virreinato. Su orden expresa establecer el bloqueo desde Iquique hacia el Norte (territorio peruano bajo control español), pues da por hecho que todo Atacama, al Sur de Iquique y empezando en el Loa, es territorio chileno e independiente ya de España. Efectivamente, el 20 de abril de 1819 emitió el decreto respectivo, ordenando intervenir sobre los *puertos del Perú* que define como los siguientes:

> *"Todos los fondeaderos del mar Pacífico que están situados entre los 21º 48' y los 2º 12' Latitud Sur, es decir, la línea de costa desde Iquique hasta Guayaquil inclusive".*

Se sobreentiende, entonces, que los puertos al Sur de Iquique (desde el Loa hacia el Sur), corresponden a Chile. También eran territorios ocupados por humildes caseríos de origen indígena.

Cabe advertir que, aunque algunos han intentado sugerir que esta decisión de O'Higgins se debería a que esos territorios litorales pertenecían no a Chile, sino a la Audiencia de Charcas o futura Bolivia que aún por entonces (y hasta su independencia en 1825) pertenecía a su vez a las Provincias de la Plata o futura Argentina, esta explicación naufraga al recordar que los territorios charqueños aún no estaban bajo control de los patriotas en aquellos años y, de hecho, sólo quedaron sometidos al republicanismo tras intervenir el Mariscal Sucre y conseguir que se desprendiera de la Argentina. Esto significa que, el hecho de no haberse necesitado intervenir las costas de Atacama en 1819 ó 1820 por la Escuadra, lejos de demostrar que dichos territorios no pertenecían a Chile, confirman más bien que no se hallaban bajo la jurisdicción ni la influencia en que se encontraba transitando entonces la Audiencia de Charcas.

Cabe advertir que esta relación entre Chile y su territorio de Atacama, posteriormente disputado con Bolivia, estaba señalada por varios actos previos y posteriores del período del independentismo. En 1813, por ejemplo, la República inició en plena Patria Vieja los primeros estudios de sus límites en el Norte, realizando un censo poblacional que se inicia en la pequeña Caleta del Paposo, al Norte de Taltal, en pleno desierto de Atacama y, a la sazón, el primer asentamiento humano relativamente importante dentro de todo el despoblado atacameño.

Posteriormente, en 1817, la comunidad de Nuestra Señora de Paposo adhirió formalmente a la Independencia de Chile luego de conocida la

victoria de Chacabuco, de modo que ya entonces las autoridades locales del poblado estaban concientes de su relación administrativa con Chile y no con otra, como habría sido el caso de la Audiencia de Charcas o las Provincias Unidas de la Plata en caso de que el territorio realmente hubiese pertenecido a la jurisdicción colonial de Bolivia. Esta relación de Atacama con chile volverá a ser confirmada en años posteriores por ilustres oficiales británicos destacados en el Pacífico sudamericano, como John Williams Norie y William De Vic Tupper.

Lo expuesto se ratifica observando que, el 1º de diciembre de 1817, el subdelegado de Copiapó don Miguel Gallo, comunicó al Ministro Miguel Zañartu haber recibido ocho copias de la proclamación de independencia de Chile, por lo cual, se habían tomado todas las medidas correspondientes en el territorio:

> *"...a excepción del Paposo, que por la distancia media, demanda algún tiempo más"*.

Así pues, el decreto de O'Higgins relativo al bloqueo de los puertos peruanos al Norte del Loa, nos demuestra que todas las costas al Sur de esta referencia, pertenecían a Chile. Una vez que salió la Expedición al Perú, al mando de San Martín y de Cochrane, el Gobierno Supremo volvió a confirmar el contenido de este decreto por otro emitido el 20 de agosto de 1820, sentando así otro precedente jurídico de la correspondencia a Chile de esos territorios reclamados por Bolivia.

Decisiones irracionales de San Martín. Cochrane marcha al Sur. Tropelías de Benavides

Curiosamente, cuando correspondía a San Martín colaborar con la expedición que le estaba armado Chile casi a su medida, el General decidió partir a Mendoza otra vez esquivando toda rendición de ayuda o asistencia y dejando la responsabilidad casi enteramente en manos de O'Higgins, ya suficientemente complicado con las cuestiones internas de la República. Entre otras razones del General argentino para partir a su país, temía que una orden de regresar a Cuyo significara el fin del Ejército de los Andes, ya que la mayoría chilena se negaría a volver sobre la cordillera, como también los bravos ciudadanos mendocinos que se habían enrolado voluntariamente desde los campos y de los que muchos ciertamente seguirían fieles a sus camaradas chilenos. Además, en el nivel de acciones en que se había embarcado ya San Martín, la distancia física con O'Higgins podía resultarle vital para mantenerse fuera de toda sospecha o riesgo de desconfianza por parte de éste. De esta manera, se excusó en una enfermedad personal para no volver a Santiago, quedándose en Cuyo para seguir con sus acciones y marginarse así de los difíciles trámites y dolores de cabeza que demandaba a Chile la preparación de la aventura al Perú en su etapa final de planificación.

Mientras, la organización de la Expedición Libertadora se erigía -no sin dificultades- como una de las hazañas más notables de América. Chile no sólo logró constituir una fuerza militar prolija y novedosa casi sin financiamiento inicial, sino que O'Higgins debió luchar contra las dudas y las desconfianzas de todos los sectores para con las intenciones de San Martín y del Gobierno de Buenos Aires. Su tolerancia hacia intrigantes platenses como Guido y Monteagudo había despertado otra fuerte corriente de molestia social, como si las que ya existían fuesen

pocas. Ambos habían demostrado ser figuras sumamente oscuras y, efectivamente, ponían su parte en la campaña difamatoria que San Martín sostenía ante el Gobierno del Plata sobre la situación política y militar chilena. Y tan insoportables resultaban estos dos personajes, que ni siquiera se toleraban entre sí: en una ocasión, Guido trató a Monteagudo de *"insolente mulato"* y le entregó su sable, alegando que sólo le bastaba su vaina para castigarle. Acabaron querellándose mutuamente.

Una vez listos los preparativos de la expedición, San Martín volvió a poner manos a la obra, pero no buscando la consumación y la eficiencia de los planes, sino protegiendo la posición que esperaba tener en el liderazgo formal de los mismos. Por esta razón, intentando apartar a los demás actores que pudiesen opacarle en la comandancia, ordenó al General José Antonio Balcarce que se retirara a Curimón, poniendo fin a la campaña contra los realistas del Sur en precisos momentos en que ésta se encontraba en la etapa más delicada y peligrosa. Desesperado por superar la difícil situación en que le habían puesto estas órdenes de San Martín, Balcarce informó por nota a Ramón Freire de supuestas ofertas de apoyo por parte de un nombre que sonaba conocido: Vicente Benavides Llanos.

Benavides era un funesto y sangriento ex cabo raso que había sabido conquistar algunas efímeras posiciones dentro del Ejército durante el servicio de Carrera, pero que luego desertara para hacerse aliado de los realistas en 1813 y pelear por ellos en Rancagua. Antes, había sido atrapado en el combate del Membrillar, logrando escapar de sus captores. Después de Chacabuco, operó reclutando indígenas para esta causa, ayudado por su hermano Timoteo, con quien encabezaría la rebelión indígena en favor del Coronel español José Ordoñez, a la sazón intendente de Concepción. Tras la victoria de Maipú fue capturado y condenado a muerte. Sin embargo, San Martín se había relacionado con este criminal cuando sus tropelías ya eran conocidas, y el siniestro caudillo dejó encandilado al General cuyano con sus grandilocuencias, altisonancias y sus discursos de frases estridentes. Por ello, tras Maipú le perdonó la vida por recomendación del sacerdote Salvador Andrade, mandándolo prisionero a Mendoza, en donde encabezó otra violenta revuelta, salvando milagrosamente de la ejecución en la que mueren su hermano y sus principales colaboradores. Quedó herido y sobrevivió, fingiéndose muerto ante sus verdugos.

Pero, volviendo a seguir las recomendaciones del religioso Andrade, insólitamente San Martín perdonó otra vez a Benavides y, para colmo, lo destinó a la protección de Concepción, bajo órdenes de Freire, quien se rehusó a aceptarlo. Desde allí partió nuevamente a La Frontera para establecer su guerrilla realista, recibiendo apoyo desde los españoles enclavados en Chiloé y cometiendo toda clase de atrocidades contra los chilenos, incluso mujeres y niños. Se le podía identificar por un extraño defecto físico: la cabeza inclinada hacia atrás, producto de una de sus heridas que le destruyó los tendones del cuello. Su horrendo currículo le valió ser ascendido a Coronel por el Virrey del Perú, Joaquín de la Plazuela, comenzando así la llamada *Guerra a Muerte* del Sur de Chile y derrotando a los patriotas en Tarpellanca, cerca del río Laja, en 1818.

Ahora, casi al mismo tiempo en que juraba fidelidad a los patriotas de Balcarce y ofrecía ponerse de su lado, Benavides agregaba a su infernal currículo un ataque con las fuerzas realistas a la guarnición de Santa

Juana, destruyéndola y poniendo en grave peligro al país. Como consecuencia, los territorios que debió abandonar Balcarce por orden de San Martín quedaron rápidamente bajo control de los españoles, que amparaban en su beneficio las tropelías de este abominable caudillo. Para peor, el encargado de los ejércitos del Sur, Coronel de los Granaderos a Caballo José Matías Zapiola, había creído que el regreso del jefe realista Mariano Osorio al Perú, dejando en su lugar a Juan Francisco Sánchez con cerca de 1.500 hombres mayoritariamente aportados por Benavides, correspondía a un intento de distracción, por lo que ordenó evacuar Chillán y retroceder el campamento hasta el Maule, permitiendo que los montoneros realistas se apoderaran tranquilamente de todo el territorio bajo su protección.

Correspondió actuar, entonces, a Lord Cochrane, el otro personaje que tantos temores despertaba a San Martín, el verdadero responsable de los hechos descritos. Aunque los biógrafos del General argentino miran a menos esta etapa de acciones dirigidas por parte del marino inglés para mantener el estatus consumatorio de Chacabuco y Maipú en la independencia de Chile y para exaltar su participación en la misma, es un hecho que fue Cochrane quien debió partir a corregir sus errores, tomando Corral y ocupando Valdivia en una brillante campaña del 3 y 4 de febrero de 1820. Esto sólo aumentó la antipatía y el recelo del General contra Cochrane, y los posteriores historiadores argentinos no han hecho menos intentando reducir la vital importancia que tuvo el inglés y los chilenos en esta etapa de la lucha, perpetuando así el mito de la liberación de Chile por la espada argentina, que retomaremos más abajo. Para muestra, recordamos que el Coronel José María Aguirre describe la fuerza de Corral en los siguientes términos:

> *"Entre la escuadra se contaba con un bergantín de guerra argentino nombrado el "Intrépido", tripulado y guarnecido con gente y tropa de su nación. A éste se le recomendó protección del desembarco. Él llenó su comisión y, estando bajo fuegos de la fortaleza, desembarcó el primero sus tropas en tierra y, avanzándose a vanguardia del cuerpo de la expedición, asaltó los castillos, arrolló con impetuosidad las guarniciones y se posesionó de la plaza".*

Sin embargo, todo esto es una más de las exageraciones tan propias de la pluma platense, por entonces asidua a adulterar los hechos en favor de ciertos mitos supremacistas. La fuerza al mando de Cochrane en esta campaña estaba compuesta por 250 soldados chilenos al mando del Sargento Mayor francés Jorge Beauchef, puestos a las órdenes de Freire, más 60 integrantes de la Infantería de Marina de Chile, bajo el mando del Mayor Guillermo Miller. Sólo 25 tripulantes argentinos del "Intrépido" se sumaban a esta cuenta, de modo que la versión de Aguirre no encuentra más sustento que en la superchería histórica. Debido a esto, Salvador Reyes comentaría con sorna sobre la historieta descrita por el Coronel argentino:

> *"Así pues, guerreros de la envergadura de Cochrane, Beauchef y Miller, así como 310 marinos y soldados chilenos, permanecieron cruzados de brazos, mientras los 25 heroicos argentinos, se tomaban todos los fuertes de Corral".*

Si bien destruyó el castillo de la corona haciéndole perder 60 soldados, Cochrane no pudo realizar una acción eficaz sobre Chiloé. Incluso Miller fue herido mientras intentaba apoderarse del castillo de Agüi, pues era

el encargado de las operaciones de tierra. Según dice Cochrane en sus memorias, dos fanáticos frailes alentaban vivamente, con un crucifijo en una mano y un arma en la otra, a la guardia de la fortaleza.

Al regresar a Valparaíso, el 27 de febrero, a pesar de que los resultados en Chiloé no habían salido como lo esperaba, Cochrane tuvo un recibimiento de héroe, siendo festejado por el pueblo y por el Director Supremo. Sin embargo, Zenteno no se mostró tan ardiente. Vivamente simpatizante del argentinismo, recibió con adusto ánimo la noticia de la toma de la conquista de Valdivia, exclamando que era *"el acto de un loco"* y acusando a Cochrane de haber desobedecido sus órdenes. Para su descrédito, el clamor popular superó sus envidias y el Gobierno debió concederle medalla a las tropas, por un decreto donde decía que la victoria de Valdivia era *"el dichoso resultado de un plan admirablemente concertado y ejecutado con la mayor intrepidez y decisión"*.

A pesar de las buenas señales, pasaba el tiempo y se acumularon las deudas impagas de los sueldos de los chilenos miembros de la Escuadra. Ante las protestas de Cochrane, San Martín viajó de mala gana a Valparaíso durante el mes de junio. Tras odiosas negociaciones, sólo se pagó una parte de los salarios, entre el 13 y 16 de julio.

Benavides, en tanto, quedó cada vez más huérfano de apoyo entre los jefes realistas del Biobío, destruidos tras la incursión de Cochrane. A pesar de ello, continuó recibiendo ayuda del Coronel Picó, un protegido de los indígenas realistas de La Frontera que le proporcionó armas traídas desde el Perú y que derrotó a los patriotas en Yumbel y Pangal. Desmintiendo los mitos idealizados sobre la pretendida lucha independentista secular que rondan en la historia de los pueblos indígenas del Sur de Chile, Benavides contó también con el apoyo militar de los caciques Catrileo, Marihuán y Mañi-Heunu, con quienes había atacado al ya anciano General Andrés de Alcázar, en Tarpellanca, ocasión en que asesinaron a todos los patriotas apresados. Derrotado por Freire en el violento combate de las Vegas de Talcahuano, logró escapar otra vez entre los enfrentamientos. Rearmó una nueva fuerza con los elementos dispersos del desaparecido ejército de Picó, quemando y destruyendo con ellos los fuertes y campamentos de Los Ángeles, Nacimiento, Purén, Santa Bárbara y Tucapel. Prácticamente, pasó el arado sobre estos poblados.

Su buena estrella comenzó a extinguirse, sin embargo, al asumir la jefatura militar el Coronel Joaquín Prieto quien, acompañado de Manuel Bulnes, se arrojó ferozmente contra Benavides en las Vegas del Saldías, junto al río Chillán, el 9 de octubre de 1821. Los realistas fueron destruidos y perseguidos a muerte hasta las márgenes del río Biobío. Tras escapar ahora rumbo a Santiago e intentar huir inútilmente al Perú, terminó traicionado y entregado por sus propios hombres en Topocalma, mientras buscaba abastecerse de agua y comida en Colchahua. Tras ser públicamente humillado, vestido de payaso y amarrado a un burro que lo paseó por Santiago, se arrastró a Benavides hasta el pelotón de fusilamiento el 23 de febrero de 1822. Para entonces, la maligna buena suerte que siempre acompañó su sangrienta vida, ya lo había abandonado. Su cuerpo fue desmembrado y mandado en partes a todos los sitios donde cometió tropelías. Su cabeza estuvo colgando por más de un año en las afueras de Concepción, dentro de una jaula.

Expedición Libertadora: una hazaña chilena. Aprensiones de

Cochrane y el Senado en 1820 

Sabiéndose opacado por la figura de Lord Cochrane luego de los hechos de Valdivia, San Martín corrió hasta donde O'Higgins implorándole que el marino inglés quedara bajo órdenes suyas durante la expedición. Tras las insistencias, el Director Supremo accedió. Enfrentado a la necesidad de comunicarle a Cochrane la decisión sin herir su orgullo inglés, le envió un oficio recién el 19 de agosto de 1820, informándole:

> *"El Capitán General del Ejército, don José de San Martín, es el jefe a quien el gobierno y la República han confiado la exclusiva dirección de esa gran empresa".*

Paralelamente, O'Higgins y Zenteno autorizaban a San Martín a marginar a Cochrane del mando si éste desobedecería sus órdenes:

> *"...en caso que el vice almirante Lord Cochrane no cumpliere las instrucciones y órdenes de V. E. y que su falta de subordinación, siendo por otra parte irreparable, ceda, como es natural, en detrimento del buen resultado de las operaciones, lo exonere del mando de la escuadra..."*

Irónicamente, sería el recto y prolijo Cochrane quien se mantuvo estrictamente dentro de sus órdenes, mientras San Martín no perdió instante para desconocer sus acuerdos con Chile, aconsejado por sus ambiciones y delirios de grandeza.

Concientes de las ambiciones que el General de Cuyo tenía tras el proyecto y enterados de su actuar intrigante, el Senado de Chile encargó a uno de sus miembros, Francisco Antonio Pérez, la tarea de intentar convencer al Director Supremo de que la totalidad de la expedición *"se dirigiese bajo sus órdenes como una expedición propia de Chile"*. Sin embargo, O'Higgins seguía fiel a los juramentos *lautarinos* y a San Martín, a quien seguía creyendo un gran amigo personal y de todo Chile. Ignorante de la campaña que éste continuaba haciendo desde Mendoza en su contra, el Director Supremo no accedió a la propuesta del Senado e insistió en que la expedición quedara bajo el mando de San Martín, pese a ser enteramente financiada por Chile y mayoritariamente integrada por elementos de este país. Entre varios otros tocados por la molestia, la decisión tuvo que ser aceptada de mala gana por Freire.

Previendo que San Martín podría aprovechar la situación para erigirse como realizador de la expedición al Perú luego del fracaso de Pérez ante el gobierno, el Senado pretendió compensar la mala decisión de O'Higgins tratando de limitar los plenos poderes que éste le había otorgado al General de Cuyo en el país. Por tal motivo, se dictó un paquete de instrucciones en las que figuraban los siguientes articulados:

> *"8.-* (...) *Pero de ningún modo admitirá* (el General en Jefe de la Expedición) *algún empleo político, ni para sí ni para los oficiales".*
>
> *"9.- En la ciudad de Lima, capital del Perú, se elegirá, conforme a lo prevenido en el artículo 4º, un director o Junta Suprema, como agradare a los vocales que con plenos poderes gobiernen todas aquellas provincias..."*

> *"13.- Cuidará* (el General en Jefe de la Expedición) *que en ninguna parte de aquel Estado se hagan secuestraciones de bienes, sino de aquellos que han fugado para reunirse con los enemigos de nuestra causa, ni de las propiedades de los habitantes de la Península; pero todo esto se practicará por las comisiones que para el efecto se nombrarán por las justicias territoriales, a quienes corresponde su ejecución y aplicación de los caudales que de ello resultaren, para el pago del ejército expedicionario y de la escuadra".*

Poco antes de la partida de la Escuadra, O'Higgins redactó la siguiente proclama, demostrando su confianza en las manos que había dejado la expedición al Perú:

> *"¡Peruanos! No creáis que pretendemos trataros como a un pueblo conquistado. Tal deseo sólo podría hallar abrigo en el ánimo de aquellos que detestan nuestra común felicidad. Aspiramos únicamente a veros libres y dichosos; vosotros mismos estableceréis vuestro Gobierno, escogiendo aquella forma que más se adapte a vuestras costumbres, a vuestra situación y a vuestros deseos. Por consiguiente, constituiréis una nación tan libre e independiente como nosotros mismos".*

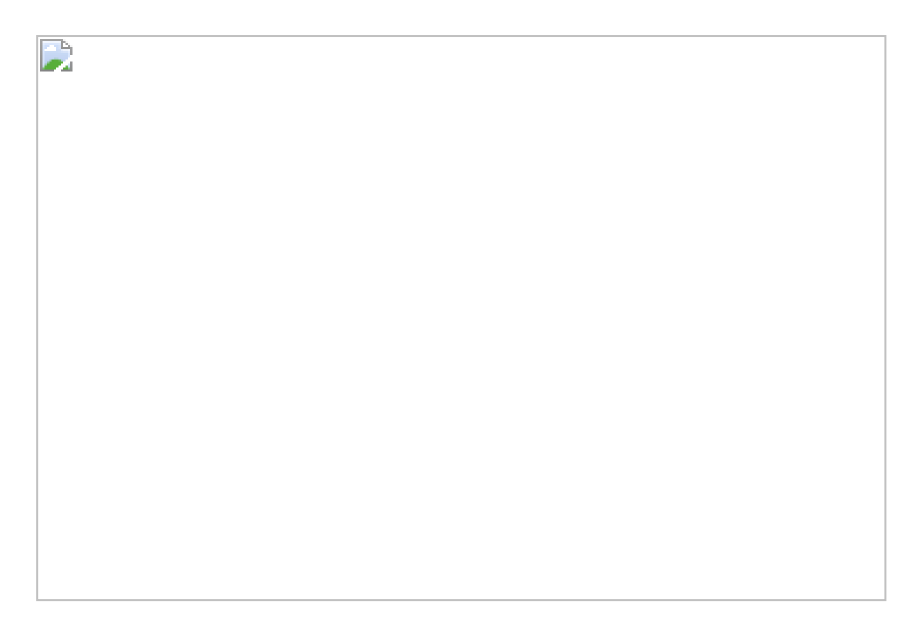
Advirtiendo también el curso que estaba tomando la expedición chilena, con sagacidad británica Lord Cochrane se acercó a O'Higgins para proponerle capturar Lima con solamente 2.000 hombres al mando de Freire. Hubiese bastado esta acción para ahorra cientos de vidas y miles de recursos militares y económicos. Sin embargo, siempre cuadrándose con los compromisos previos, O'Higgins siguió aferrado a la idea de que fuese San Martín quien llegara a retratarse victorioso a las puertas de la capital peruana. El tiempo demostraría el error de esta obstinación.

Las fechas ya estaban encima. El Ejército Libertador armado por Chile contaba con un total de 4.430 plazas y 17 transportes, la mayoría de ellos arrebatados a las fuerzas realistas durante los últimos tres años. Sin postergar por más tiempo las cosas, el 20 de agosto de 1820, en el día de su propio cumpleaños, O'Higgins despidió la flota de 25 navíos y 6.030 hombres. San Martín iba a bordo del navío con su mismo nombre, mientras que Lord Cochrane lo hacía a bordo del "O'Higgins". Demostrando la conciencia que el libertador tenía, de alguna manera, sobre la negativa influencia argentina sobre su país, al momento que que zarpaba la Expedición, O'Higgins no titubeó en exclamar:

> *"Algún día me harán justicia los chilenos no reconociendo en mí servicios prestados a la Independencia, sino el que he practicado liberando a Chile de esta fuerza que tres años nos ha subyugado a todos".*

Como se ve, esta expedición, a diferencia de lo que alegan los historiadores argentinos y peruanos, fue hecha con banderas chilenas y una enorme superioridad de tropas de este país entre los expedicionarios. Tal cual sucedió antes con el Ejército de los Andes, su financiamiento se debió fundamentalmente a Chile. En años posteriores, y compartiendo la visión magnificadora argentina de la figura de San Martín como principal artífice de la Liberación del Pacífico, el sacrificio

de los chilenos por la libertad del Perú ha quedado en un plano tan indigno y modesto que sólo la negación absoluta podría ser más grave.



La coronela de las tropas de tierra del Ejército Libertador del Perú estaba diseñada evidentemente en base a la bandera chilena, al contrario de lo asegurado por muchos autores peruanos y argentinos que han intentado realzar la participación platense por sobre la chilena en la liberación del país incásico o que han llegado directamente a la adulteración de antecedentes, asegurando que correspondía a la bandera argentina.

Comportamiento de San Martín en Perú. Errores, ambiciones y actos oportunistas

Las primeras hazañas de la Expedición fueron enteramente debidas a la pericia de Cochrane. El Virrey Pezuela había ordenado el zarpe de una escuadrilla, conformada por las fragatas "Esmeralda", "Prueba" y "Venganza", para interceptar en su camino a la Escuadra chilena, enviando como satélite espía al bergantín norteamericano "Warrior". Sin embargo, esta última nave fue descubierta y capturada por la "O'Higgins" en Coquimbo, el 7 de septiembre de 1820, desde donde la Escuadra continuó hacia Paracas. Más tarde, se enfrentó con la "Esmeralda" y "Venganza", persiguiéndolas hasta el Callao, pero devolviéndose a Paracas ante la sospecha de Cochrane de que se tratara de un falso señuelo, algo que parece confirmado por el hecho de que, en su ausencia, la fragata española "Santa María" había echado anclas justo en las costas que los chilenos habían dejado atrás.

A partir de este momento, la actuación de San Martín en territorio peruano comienza a aparecer llena de contradicciones y situaciones sospechosas desde el momento mismo en que se tocaron costas. Lejos del manto de piedad de O'Higgins, sus dislates quedaron al descubierto a los ojos de los demás jefes militares y cronistas. En sus "Memorias", Lord Cochrane cuenta que los chilenos estaban ansiosos de desembarcar en las proximidades de Lima y avanzar hacia la capital con prontitud. Estratégicamente, era lo conveniente. Sin embargo, al llegar a Pisco el mismo día 7, el General en Jefe se opuso a entrar a la villa, a pesar de que los españoles no sumaban allí más de 300 almas. Este sorprendente dato sería confirmado también por Blanco Encalada. Permanecieron cincuenta días en esta inacción, a pesar de las protestas del almirante británico. Cuando finalmente se decidió a desembarcar, enviando a Gregorio Las Heras, la mayoría de los habitantes ya se

habían ido llevándose todas las provisiones que hubiesen sido inmensamente útiles a los expedicionarios.

Este error tuvo otra consecuencia funesta. La espera había dado tiempo a los realistas para atrapar, encarcelar e incluso torturar a todos los peruanos que se habían manifestado entusiastas simpatizantes de los patriotas, creyendo que serían asistidos a la brevedad. Esto generó un grave resentimiento contra los chilenos, que debieron barrer los vidrios rotos de las malas decisiones de San Martín. Al negarle los peruanos ayuda a estos demorosos libertadores, el General en Jefe obligó a la población a rendir cupos y proporcionar abastecimientos, acrecentando la molestia y el desencanto. No obstante este fracaso, notificó en alegres y extensos términos la primera "victoria" de la expedición en suelo peruano.

Los disparates del argentino no terminaron allí. Tras salir de Pisco y arribar en el Callao, el 28 de octubre, Cochrane le solicitó directamente a San Martín no repetir el error anterior y tomar la plaza a la brevedad. Pero éste, nuevamente, se resistió a hacerlo alegando que prefería enfilar proa hacia Ancón. Contra su voluntad, el almirante debió ordenar el zarpe dos días después para cumplir con este capricho. Sin embargo, como se quedó en el Callao bloqueando el puerto con los navíos "O'Higgins", "Independencia" y "Lautaro", a espaldas de San Martín organizó un ataque furtivo contra el navío español "Esmeralda", valiéndose de 160 marineros y 80 marinos chilenos escogidos a dedo de entre la fuerza bajo su mando, ya que todos querían participar. A machete y pistola, el ataque resultó un éxito, permitiendo a los patriotas apoderarse de la nave. Tan audaz y bien cumplida resultó esta acción, que hasta el propio San Martín se vio en la obligación de felicitar a Cochrane, el 10 de noviembre. En la misma nota, prometía al almirante el cumplimiento de los compromisos supuestamente por él realizados a sus hombres, refiriéndose al acuerdo firmado por el mismo San Martín, donde prometía un año de remuneración a los hombres que salían con él desde Valparaíso. La razón de delegar el origen de esta promesa en Cochrane quedaría revelada más tarde: jamás fue cumplida.

No concluyeron allí las sorpresas. Cuando Cochrane zarpó a Ancón para reunirse con el resto de la Escuadra, se encontró con la desagradable noticia de que el General en Jefe había difundido la falsedad de que la captura de la "Esmeralda" había sido realizada por el Ejército y no por miembros de la flota, además de declarar sin rubores que toda la obra fue concebida y planificada por su ingenio personal. Libre ya de ataduras éticas, el boletín que hizo llegar al Ejército decía textualmente:

> *"Antes de separarse el general en jefe del vicealmirante de la escuadra se concertaron en llevar a cabo un proyecto memorable capaz de sorprender a la intrepidez misma y hacer eterna la fama de la expedición libertadora del Perú".*
>
> *"...Esta gloria está reservada al ejército libertador, cuyos esfuerzos arrebataron a la tiranía estas honrosas víctimas. Que esto se publique para satisfacción de estos individuos y del ejército a cuyas armas deben su libertad".*

Poco después, se cambió el nombre de la "Esmeralda" por el de "Valdivia", en conmemoración a la ocupación de esta ciudad. Para agasajar la vanidad del Lord inglés, intentando reclutarlo en sus

propósitos, anteriormente San Martín le había ofrecido rebautizarla "Cochrane", pero éste se negó honorablemente, prefiriendo "Valdivia". Sin embargo, un grupo de oficiales alentados por el oscuro Capitán británico Martin George Guise se opuso a través de una ofensiva carta, alegando que ellos no tuvieron nada que ver con aquel evento de Valdivia. Cochrane ordenó declararlos en insubordinación, a lo que los almirantes Guise y Spry respondieron con actos de desobediencia que fueron amparados y justificados por San Martín.

Cuando llegaron buenos anuncios para los patriotas, con noticias de levantamientos y victorias por parte de los peruanos contra los realistas, los hechos aconsejaban a todas luces avanzar de una buena vez sobre Lima en los primeros días de diciembre. Sin embargo, San Martín nuevamente postergó la orden decidiendo permanecer estático en Huara, casi despoblada y peligrosamente afectada por una epidemia mortal, dilatando de modo innecesario la situación y provocando un despilfarro de los recursos que con tanto esfuerzo le había conseguido y confiado Chile. En lugar de avanzar sobre la capital, ordenó que la mitad del ejército saliera hacia Guayaquil para sumarse a las fuerzas patriotas locales. Esta acción era la prueba que Cochrane necesitaba para convencerse que San Martín buscaba fundar lo que el británico llamó *"un imperio que le perteneciese"*, pues su intención era adelantarse a la entrada de Simón Bolívar y los colombianos hasta estos territorios de la Audiencia de Quito, algo que se vio confirmado por el envío de Guido y del Coronel Luzurriaga a parlamentar con Torre Tagle, acto con lo que sólo se consiguió poner en guardia a los realistas contra el avance de las fuerzas que se aproximaban por el Norte. Pero, como el almirante se manifestó claramente opositor a tan descabellado proyecto, el General en Jefe no tuvo más remedio de abandonar la idea de partir a Guayaquil, al menos en lo momentáneo. Esto no fue óbice para que llamara de vuelta a las tropas establecidas en Chancay, replegándolas hasta Huara y dejándolas cada vez más lejos del enemigo español.

En marzo de 1821, Cochrane volvió a insistir a San Martín en la necesidad de ocupar Lima, antes de que la Escuadra volviera a Pisco. Le pedía sólo 2.000 hombres para una acción rápida y certera, pero el argentino se opuso. Cochrane insistió rogando contar con la mitad y garantizaba un triunfo. Tampoco obtuvo buenos resultados, aunque el general accedió a poner a su disposición a los hombres bajo el mando de Miller, con los cuales llevó adelante algunas acciones en el Callao y Tacna. Más tarde, solicitó al Gobierno de Chile 1.000 hombres armados; ó 500 si no era posible. Pero el gobierno también se excuso aseverando no contar con medios para equipar una fuerza tal, cosa que no era real, pues Cochrane conocía el buen estado de aprovisionamiento de los arsenales.

Cabe señalar que, hasta ese momento, la inacción en que San Martín mantenía al Ejército chileno se traducía en que sólo el destacamento del Coronel Arenales había actuado desde el desembarco de Pisco. Había sido el único desempeño real de las fuerzas de tierra.

San Martín rompe acuerdos y se proclama Protector del Perú. Reacción del Senado

A la llegada de la Escuadra nuevamente al Callao, el 2 de julio, la ciudad estaba prácticamente abandonada y sin provisiones. El Virrey se marchó de ella cuatro días más tarde pero, otra vez, el General en Jefe

se negó a desembarcar al Ejército sobre la capital. La anarquía no tardó de explotar y los saqueos cundieron como el fuego en el pasto seco. Ante la desesperación, se organizó un cabildo donde los peruanos solicitaron al capitán Basilio Hall, del buque neutral inglés "Conway", ocupar la ciudad con sus marinos para restaurar el orden. San Martín persistió en negarse a dar órdenes de ocupar Lima. No obstante, un destacamento de caballería, a pesar de no contar con las órdenes respectivas, ocupó pacíficamente la ciudad el día 7, seguido por un grupo de infantería al día entrante.

Al llegar Cochrane con la intención de destruir los fuertes que quedaban en el Callao, descubrió con sorpresa que San Martín no había descendido de su goleta. Y no lo hizo por varios días más, hasta el 10, cuando bajó secretamente. Nunca ha podido ser explicada esta actitud por parte del general que, en contraste, tanto valor y arrojo había demostrado poco antes en Chile, al menos según la historia oficial. No obstante, sus biógrafos se han encargado de decorar ostentosamente los hechos para hacer aparecer a San Martín como un eficaz estratega en desmedro del "corsario" Cochrane, merced de cuyos talentos fue posible el desembarco en el Callao. Por esta línea, Bartolomé Mitre escribe en "Páginas de Historia" al referirse al Callao (Ediciones Elaleph.com, pág. 19):

> *"...arrebatados a la dominación española por las combinaciones estratégicas del genio militar de San Martín".*

A pesar de esta relevancia que la historia peruano-argentina le da en nuestros días a la figura de San Martín en la liberación del Perú, a la sazón existía plena conciencia de la actuación decisiva de Cochrane en esta empresa. De esta manera, la invitación que le hiciera llegar al almirante el Cabildo de Lima el día 27, decía:

> *"Lima va a solemnizar el acto más grandioso que haya efectuado en tres siglos, o desde su fundación: la proclamación de su independencia y absoluta exclusión del Gobierno español, lo mismo que del de toda potencia extranjera; y deseando este Cabildo dar a la ceremonia todo el decoro y solemnidad posibles, cree indispensable el que V. E., que tan gloriosamente ha cooperado a la realización de tan deseado objeto, se digne asistir a este acto con sus ilustres oficiales el sábado 28 del corriente".*

Sin embargo, al llegar Cochrane y sus valientes marinos chilenos a la ceremonia, el discurso había sufrido un vuelco diametral. A instancias de San Martín, se habían acuñado medallas de honor con la siguiente inscripción:

> *"Lima obtuvo su independencia el 28 de julio de 1821, bajo la protección del general San Martín y el ejército libertador".*

Se supo entonces, que cuando San Martín había decidido poner sus zapatos en tierra luego de la ocupación de Lima, había comenzado a entrevistarse con los pobladores para ofrecerse como presidente del país, pero que éste trámite sería superfluo y más bien simbólico pues, en los hechos, *"ya había asumido el mando, el que conservaría todo el tiempo que le pareciera, y que entretanto no permitiría se formasen reuniones para discutir asuntos públicos"*, según palabras de Cochrane. Como se recordará, no obstante, las instrucciones dictadas en Chile impedían al General en Jefe de la Expedición Libertadora hacer

empleos políticos y comprometía a los aventureros a constituir un gobierno propio para el Perú. Sin embargo, no bien había dado un primer paso en Lima, San Martín ya había vuelto la espalda a los chilenos que con tanta lealtad lo habían seguido en esta lucha, autoproclamándose *Protector* del Perú y desconociendo que se hallaba al servicio de la República de Chile, que había financiado la totalidad de esta empresa. La "Proclama" de O'Higgins, con ello, quedaba a la intemperie.

Arrojado ya al camino del despotismo, el General en Jefe nombró ministros de Estado a Juan García del Río, a Hipólito Unanue y, por su puesto, a su gran colaborador el siniestro Monteagudo, que resultó ser pieza clave en los propósitos en el Perú. Sin haber aprendido ninguna lección de la amarga experiencia con Benavente, se había rodeado de personajes tan cuestionables como el pirata internacional Hipólito Bourchard, enemigo casi natural de Cochrane, que había estado cerca de medio año detenido en Chile (precisamente por sugerencia de Cochrane) luego de volver a Valparaíso acabado de cometer una serie de tropelías sangrientas en California, Acapulco y Nicaragua mientras estuvo al servicio de Buenos Aires y bajo su bandera, como parte del equipo de corsarios que el Gobierno había contratado en calidad de inspectores y defensores de mares, medida que el Ministro de Guerra Rivadavia sólo pudo revertir durante ese mismo año de 1821 y tras grandes esfuerzos. Venerado y apologizado por muchos autores argentinos y peruanos, San Martín no tuvo escrúpulos para incorporarlo a sus servicios en l Perú, donde se quedaría a vivir su retiro hasta 1843, cuando murió asesinado por uno de sus peones.

Hemos visto que ya era un logro formidable la constitución de la Escuadra en las circunstancias en que se encontraban las arcas fiscales. Peor fue, entonces, tener que cubrir las continuas imprudencias de San Martín, operando sin ninguna consideración con los apremios y las urgencias chilenas. Como referencia al estado financiero que el que debía enfrentarse O'Higgins, recordamos la carta que le enviara a San Martín el 16 de mayo de 1821:

> *"No hay quien preste dinero ni con el interés de un cuarenta por ciento; nuestro Ejército del sur no se paga por su falta; los empleados civiles y aun mis propios sueldos no se pagan desde la salida de la expedición; de suerte que parece exageración que para mis gastos de mantención tengo que buscar mensualmente, con vergüenza mía, quien me preste 500 pesos".*

Confrontado con las restricciones que las instrucciones le había exigido, el general argentino no tuvo empachos en declarar que jamás había conocido el paquete emanado del Senado de Chile. Lo cierto es, sin embargo, que cuando tuvo conocimiento de ellas estando aún en Chile y listo para zarpar al Perú, advirtió que sus desmedidas ambiciones personales se verían bloqueadas, por lo que recurrió a O'Higgins para lograr que no le fueran comunicadas oficialmente ni que quedara testimonio de su toma de conocimiento. El Director Supremo, por enésima vez, confió enteramente en su amigo y aceptó la propuesta, pues no aceptaba que el poder legislativo pusiera en duda el honor y la fiabilidad que él creía proverbiales en la conducta de San Martín. Influyó mucho en esta decisión, también, el consejo de Zenteno, quien actuaba en completo convencimiento de las conveniencias de someterse a la voluntad del general extranjero.

Por tal motivo, pasó un largo mes después de haber zarpado la Escuadra con proa al Perú, para O'Higgins informara por nota redactada con Zenteno al Senado, que mantendría los plenos poderes para el General en Jefe de la Expedición. A renglón seguido, advertía a los parlamentarios de la honestidad y decencia de San Martín recordándoles con candidez que no había aceptado tomar el mando supremo de Chile, por lo cual *"no debe desconfiarse de él, respecto de su conducta futura".* Este mismo ingenuo argumento sigue siendo ofrecido en la actualidad por los admiradores chilenos de San Martín, como prueba irrefutable de su "humildad", cuando los hechos que detonaron tal respuesta del prócer chileno demostraban por sí solos que la aspiración del general cuyano no era apoderarse de la administración política chilena, sino usar a ésta para sus propósitos de alcanzar la alta magistratura del Perú, como acababa de hacerlo al proclamarse *Protector* de la recién liberada república.

Como era esperable, el Senado de Chile reaccionó con molestia ante la nota de O'Higgins, escribiéndole a vuelta de correo:

> *"No podrán citarse ejemplos que un gobierno dirija sus fuerzas a otro Estado y no le dé al comisionado una pauta que arregle sus operaciones para que se conforme con el fin propuesto".*

Sobre esta situación, escribe Salvador Reyes:

> *"Varios hechos debieron influir para intranquilizar al Senado. Desde luego las vacilaciones de San Martín para tomar el mando de la empresa mientras el Gobierno chileno no satisficiera sus exorbitantes exigencias en hombres y dinero. También debió influir en el ánimo de los senadores la circunstancia de que el general en jefe se hubiera rodeado exclusivamente de individuos de nacionalidad argentina que no ofrecían garantías de lealtad, tales como Guido, representante de las Provincias Unidas en Chile, quien había sido el brazo derecho en la campaña antichilena de San Martín alrededor de 1818, y el tenebroso Bernardo Monteagudo, el más íntimo amigo y consejero de San Martín, cuya siniestra personalidad llegó a inspirar desconfianza al mismo Pueyrredón..."*

Como si esto fuera poco, San Martín pasó por encima del hecho que su investidura como General en Jefe había sido otorgada exclusivamente por Chile, desconociendo la autoridad chilena y solicitando majaderamente a Cochrane que se pusiera a las órdenes de su gobierno y no el de Santiago, propuesta a la que el estado de rectitud moral de inglés jamás cedió. De esta manera, la mera generosidad de O'Higgins al desoír los consejos del Senado y la propuesta de Cochrane, permitió a San Martín erigirse como el "libertador" de una campaña totalmente chilena, por mucho que la historiografía oficial del Perú insista en la superchería de su liberación en manos de los argentinos al mando del general cuyano.

Nuevo afán monarquista. San Martín renuncia y hace inútil el sacrificio chileno en Perú

Pero no andaban bien las cosas con San Martín. Incapaz de esbozar una visión propia para el ordenamiento político de América, al contrario de próceres como Carrera que sentaron las bases del modelo republicano para las ex colonias, continuaba defendiendo con fanatismo las ideas monarquistas propuestas por Buenos Aires y a las que nos hemos referido más arriba. Esto fue admitido por su biógrafo Mitre:

> *"El 5 de Octubre de 1820 se reúnen en el pueblo de Miraflores, a 11 kilómetros de Lima, los comisionados de San Martín y los del virrey Pezuela. Proponen los comisionados de San Martín coronar en América un príncipe de la casa reinante de España".*

Unas páginas después, agrega:

> *"Esta proposición, que dejó atónitos a los realistas y que acogieron con visibles señales de contentamiento, tuvo el apoyo caluroso del comisionado regio y de sus colegas. Era muy grave la responsabilidad de San Martín ante la historia, al reaccionar contra su propia obra..."*

> *"2 de Junio de 1821: entrevista de San Martín y de La Serna en la hacienda Punchancha. Proposición de San Martín: que se nombre una regencia que gobernará independientemente al Perú, de la cual debía ser presidente La Serna, hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España, que sería reconocido por monarca, ofreciéndose el mismo San Martín para ir a traerlo".*

No contento con el prontuario de deslealtades que hemos descrito, San Martín ordenó confiscar arbitrariamente los bienes de los ciudadanos españoles residentes en Lima con la excusa de financiar la campaña, violando también las instrucciones que le impedían las secuestraciones de bienes. A los españoles se les permitía quedar libres si entregaban voluntariamente la mitad de sus bienes, optando la mayoría por temor a la crueldad tiránica de los agentes del *Protector*; pero de todos modos quedaban presos y se les quemaban las residencias. Siempre contando con Chile para todas sus tramas, San Martín ordenó que estos prisioneros fuesen embarcados desde el Callao para repletar las cárceles chilenas y deshacerse así de ellos. Más encima, seguía exigiendo que fuese Chile el que pagara todos los gastos de la aventura que había aprovechado para coronar su artificiosa autoridad en el Perú.

Cabe señalar que las confiscaciones de bienes no tenían razones reales entre las excusas que oficialmente se dieron, pues en los hechos San Martín se había negado a pagar incluso los sueldos que se debían a los oficiales y tripulantes de la Escuadra de Chile, cuando Cochrane le recordó sus propias promesas, en reunión del 4 de agosto en presencia de García y Monteagudo, al concluir el tiempo de espera que se había establecido. La respuesta resultó insólita. Según el secretario de Cochrane, W. B. Stevenson, el General San Martín contestó que *"nunca pagaría a la escuadra chilena, a menos que no fuese vendida al Perú, y entonces el pago sería considerado como parte del precio de adquisición"*. Al anunciarle que acababa de autoproclamarse *Protector* del Perú el día anterior, dato que Cochrane desconocía, éste le enrostró los compromisos que había adoptado con Chile. Entonces, el general respondió furioso, haciendo ostentación de su nuevo cargo:

> *"¡Chile! ¡Chile!; yo nunca pagaré un real a Chile, y, en cuanto a la escuadra, puede usted llevársela adonde quiera y marcharse cuando usted guste; con un par de bergantines tengo bastante".*

Además, Cochrane cuenta que en la ocasión San Martín le propuso hacerse cómplice de su desacato a los acuerdos con Chile, ofreciéndole a cambio el puesto de *primer almirante* del Perú. Ese mismo día Monteagudo le hizo llegar una carta solicitándole rendir salvas de honor a la investidura del *Protector*. Manteniendo la serenidad, Cochrane le escribió al general una extensa y respetuosa carta el día 7, donde intentaba persuadirlo de comprender y revertir el error que estaba cometiendo, y tomar conciencia sobre las consecuencias de sus decisiones. San Martín le respondió reafirmando su terca posición, el día 9, y abriendo con el siguiente comentario:

> *"La mejor prueba de amistad de podría desear de usted es la explicación sincera de sus sentimientos respecto al camino que debo seguir en mi nueva posición política".*

Al no poder convencer a Cochrane de afiliarse a su gobierno y advirtiendo la molestia de éste por el no pago de los salarios de sus hombres y por los actos de deslealtad con Chile, el general inició una campaña de calumnias contra el Lord. Se le hizo aparecer como un truhán que sólo buscaba dinero y que intentaba sacar provecho a las cuestiones de la guerra en el Perú. Esta clase de acusaciones, increíblemente, siguen siendo repetidas en nuestros días por algunos distraídos "americanistas" chilenos, argentinos y peruanos, perpetuando tan infame ingratitud para con el ilustre marino inglés. En tanto, O'Higgins finalmente comenzaba a abrir los ojos con respecto a San Martín, por lo que no prestó atención a sus insistentes e infundadas acusaciones contra el almirante.

Sin poder tolerar por más tiempo la ética y la rectitud de Cochrane, San Martín le ordenó regresar a Chile poco después. Pero el almirante, desobedeciendo sus órdenes, zarpó desde el Callao a Guayaquil el día 8 de octubre, llegando el 18 y con bandera chilena en medio del festejo local. Tenía la intención de reparar algunos daños en el "Valdivia" y, probablemente, contactarse con Bolívar. Desde allí salió hacia México, buscando restos de movimientos españoles en las costas.

A poco de andar el *Protectorado*, sin embargo, el Perú ya había caído en una tremenda y peligrosa anarquía, de la misma que describía el general fantásticamente en Chile, en sus injuriosas cartas a Buenos Aires. Los españoles lograron pasar a escasa distancia de Lima para llegar al Callao durante el mediodía del 10 de septiembre, enorme error militar que el *Protector* intentó enjuagar con una burda nueva Proclama, en la que declaraba que los realistas habían actuado *"aprovechándose de la oscuridad"* (?) y que todo estaba controlado ya. Esto irritó profundamente a la comunidad limeña. Además, como se esperaba que la entrada de Simón Bolívar y José Antonio Sucre por el Norte sellara los destinos fatales del realismo en el ex Virreinato, el estado de caos interno y de desorden provocado durante la administración del terco general de Cuyo permitió a los españoles volver a apoderarse del parte del país, con lo cual quedó en manos de los ejércitos de Colombia restaurar el orden y la independencia.

Nadie sabe con total certeza lo que conversaron Bolívar y San Martín en una controvertida reunión sostenida por ambos jefes militares, conocida como la *Conferencia de Guayaquil*. Sin embargo, lo que el prócer caraqueño le haya expuesto al argentino durante el encuentro, bastó para convencer a este último de que la hora de abandonar su *Protectorado*, la dirección del Ejército y el mismo país incásico había llegado, el 21 de septiembre de 1822, arrastrando la ruina y el fracaso de su efímero experimento. Algo quizás, está adelantado en la carta que Bolívar le escribe al vicepresidente de la Gran Colombia en Venezuela, Santander, el 14 de septiembre:

> *"Yo creo que el general San Martín ha tomado el freno con los dientes y piensa lograr su empresa, como Iturbide la suya; es decir, por la fuerza, y así tendremos dos reinos a los flancos, que acabarán probablemente mal, como han empezado mal. Lo que yo deseo es que ni uno ni otro pierdan su tierra por estar pensando en tronos".*

Por su parte, años más tarde y ya cerca de la muerte, San Martín entregaría su propia versión de lo sucedido en una carta del 11 de septiembre de 1848, al presidente peruano Ramón Castilla:

> *"...mi entrevista con en Guayaquil con el general Bolívar me convenció (no obstante sus protestas) que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército al mando no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía".*

> *"Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y mi reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que, con las fuerzas reunidas en Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23".*

Sin embargo, esta suposición es improbable. Mucho más factible es que la actuación de San Martín en Perú haya revertido importantes avances militares que había obtenido la Escuadra de Chile, especialmente con los sucesos del Callao, habiendo sido la entrada de Colombia no sólo la que logró conducir los esfuerzos hacia la victoria de Ayacucho, sino también salvar Guayaquil de las pretensiones peruanas sobre el territorio ecuatoriano, bloqueadas precisamente por la intervención de Bolívar. Aunque el retraso en su entrada a territorio peruano evitó complicaciones para las actividades de los independentistas dada la reacción nacionalista peruana contra los colombianos y también contra los chilenos, es claro que al caer el *Protectorado* de San Martín la posición del Sur había sufrido gravísimos retrocesos, casi al lado de la capital peruana.

A pesar de la difamación que San Martín hizo de Cochrane por Perú, tan pronto se desmoronó su *Protectorado*, el Congreso peruano emitió una resolución reconociendo la labor del marino inglés y la Escuadra chilena, el 27 de septiembre, donde decía (los destacados son nuestros):

> *"RESOLUCIÓN DE GRACIAS ACORDADA A LORD COCHRANE POR EL SOBERANO CONGRESO DEL PERÚ:*

> *El soberano Congreso constituyente del Perú, en atención a los servicios prestados a la libertad del Perú por Lord Cochrane, cuyos talentos, mérito y bizarría el Océano Pacífico ha sido libertado de los insultos de enemigos y el estandarte de la libertad ha sido plantado en las playas del Sur,*
>
> *Ha resuelto:*
>
> *Que la junta suprema, en nombre de la nación, ofrezca a Lord Cochrane, almirante de la Escuadra chilena, sus más expresivos sentimientos de gratitud por sus arriesgadas hazañas en favor del Perú, HASTA AQUÍ SUMIDO BAJO LA TIRANÍA DEL DESPOTISMO MILITAR, pero ahora árbitro de sus propios destinos.*
>
> *Esta resolución será comunicada a la junta suprema para que mande a ejecutar lo necesario a su cumplimiento, ordenando se imprima, publique y distribuya.*
>
> *Dado en la sala del Congreso, en Lima, a 27 de Septiembre de 1822.*
>
> *Javier de Luna Pizarro, presidente - José Sánchez Carrión, diputado y secretario - Francisco Javier Mariátegui, diputado y secretario.*
>
> *En cumplimiento de la resolución que antecede, mandamos se lleve a ejecución. José de la Mar - Felipe Alvarado - El conde de Vista Florida.*
>
> *De orden de S. E.*
>
> *Francisco Valdivieso".*

A pesar de la idealización que han hecho algunos autores peruanos de la figura del general argentino, como el tacneño Gustavo Pons Muzzo en su obra "El gobierno protectoral del libertador generalísimo don José de San Martín" y tantos textos usados como material escolar en su patria, lo cierto es que, en un abrir y cerrar de ojos, el General en Jefe del Ejército había conseguido convertir toda la formidable campaña militar onerosamente costeada y estructurada por Chile, en una acción cercana a lo estéril y que, en gran medida, provocó la crisis que llevó a la caída del gobierno de O'Higgins. Las consecuencias las describe el General Francisco Antonio Pinto en una nota de noviembre de 1822:

> *"Ayer hemos recibido comunicaciones de Lima y tenemos el sentimiento de ver frustrado nuestro plan de operaciones por la invertebrada arbitrariedad de todos aquellos gobiernos, de hacer y deshacer de todo lo que pertenece a Chile".*

Pese a todos estos antecedentes, siguiendo al dedo el relato tradicional de los historiadores argentinos, Caillet Bois comenta el retiro de San Martín definiéndolo con grandilocuencia como un *"ejemplo único en la historia del mundo"*.

Cochrane contra San Martín. Abdicación de O'Higgins y partida del Almirante en 1823

Tras abandonar Perú, Cochrane debió proceder a la enojosa tarea de refutar las acusaciones de *"actos de piratería"* que San Martín y algunos de sus cómplices hacían llegar a la Dirección Suprema del Estado, buscando crear anticuerpos contra el marino inglés, con efectos incluso dentro del Gabinete y el Almirantazgo británicos. A fines de julio, antes de tocar en Valparaíso, le escribió al Ministro de Marina Joaquín de Echeverría, lo siguiente:

> *"Puesto que la farsa que intentaba jugar el Gobierno del Perú para aniquilar la Marina chilena se está poniendo ahora en práctica bajo otra forma, con nuevos ataques contra mi conducta, suplico a la autoridad suprema me permita publicar mi correspondencia con San Martín y sus agentes sobre estos asuntos, así como una copia de sus acusaciones contra mí y la respuesta que a ellas di, a fin de que el público no sea por más tiempo engañado y se impida que la falsedad pase por verdad".*

Aunque el Gobierno se mostró reacio a esta idea, se trató de despejar las dudas de Cochrane con un voto de agradecimiento del Senado. Además, Echeverría le hizo llegar en su respuesta una copia de la "Gaceta" donde apreció la noticia del homenaje parlamentario. En parte, el Gobierno de O'Higgins actuó con esta debilidad al no poderse echar encima más problemas políticos de lo que ya tenía y que, sin saberlo aún, aproximaban su fecha de renuncia.

A pesar de lo sucedido en Perú, al regresar a Valparaíso, San Martín volvió a ser recibido calurosamente por una delegación enviada por O'Higgins y encabezada por el General Prieto. Pero Cochrane, quizás la mente más clara y lúcida de todos los altos actores de la época en Chile, no compartía este entusiasmo. No bien se produjo el arribo del ex Protector en Chile, el inglés escribió una carta al Gobierno chileno señalando lo siguiente:

> *"Don José de San Martín, antiguo comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias de Chile para libertar al Perú, habiendo llegado hoy a Valparaíso, y hallándose ahora bajo jurisdicción de las leyes de Chile, no pierdo un instante en informar a V. E. que, si fuere del beneplácito del Gobierno formar una sumaria acerca de la conducta del mencionado don José de San Martín, estoy pronto a probar el haberse apoderado violentamente de la autoridad suprema del Perú, en contravención a la solemnes promesas hechas a S. E. el Supremo Director de Chile; el haber intentado seducir a la Marina de dicho Estado; el recibir y recompensar desertores del servicio chileno; el colocar sin derecho alguno a las fragatas "Prueba" y "Venganza" bajo la bandera del Perú, y otras demostraciones y actos hostiles hacia la República de Chile.*
>
> *Firmado de mi puño el 12 de octubre de 1822, a bordo del buque chileno "O'Higgins" en la bahía de Valparaíso*
>
> *Cochrane"*

Abundando en su pensamiento, Cochrane escribe después en sus "Memorias":

"No pudiendo San Martín obtener uno de los buques de la escuadra para escaparse de la tempestad que le amenazaba, permaneció en Santiago hasta principios de enero de 1823; mas, notando entonces que las cosas de Chile se iban volviendo peligrosas para su seguridad, cruzó la cordillera con dirección a Mendoza, de cuyo punto se marchó a Europa, a fin de escapar en el retiro de la animadversión general".

También en este trabajo, resume parte de las imputaciones contra San Martín y contra Monteagudo, que con puso al menos en parte en conocimiento del Gobierno de Chile:

"La causa motriz era el mismo Protector. Ambicioso insaciable, pero con una capacidad sumamente inconmensurable con su ambición, creía que el dinero lo podía todo. Monteagudo se lo suministraba literalmente por medio del pillaje y la crueldad, en tanto que San Martín lo desperdiciaba sin miramiento en ostentación y sobornos. En recompensa de estos medios de prodigalidad se le permitía al ministro gobernar como le agradaba, en tanto que el Protector se entregaba al otium cum dignatate *en su palacio de campo cerca de la Legua. Sus fuerzas físicas estaban extenuadas con tanto uso del opio y del aguardiente, de que era esclavo, en tanto que sus facultades mentales se entorpecían cada día más a causa de las mismas envenenadoras influencias. Esto me era harto conocido, y se lo mencioné en la carta que le dirigí el 7 de Agosto de 1821, en la que le pedía encarecidamente desterrase a sus consejeros y condujere de un modo digno de posición. Menciono ahora esto, no para ajar la reputación de San Martín, sino con el objeto contrario, es decir, para que no se le censure injustamente, por más que fuese mi más cruel enemigo. Las atrocidades cometidas en su nombre no eran suyas en la mayor parte, sino de Monteagudo; pues, según el dicho agudo de un francés: "San Martín reinaba, pero su ministro gobernaba". La duplicidad y la astucia eran los grandes resortes de San Martín cuando no tenía demasiada indolencia para manejarlos; y mientras que él estaba rodeado de comodidades, su ministro añadía a estos bienes toda la crueldad y ferocidad que a veces convierten al jefe de un Estado en un* monstruo*, como los limeños propiamente le llamaban".*

Pero, una vez más, O'Higgins prefirió hacer vista gorda y resguardar el prestigio de su amigo. Poco habría alcanzado a hacer, no obstante, porque con Freire levantado en su contra y los sectores políticos presionando su renuncia, al Director Supremo los días en el mando le estaban contados. Francisco Antonio Encina comenta al respecto:

"En los últimos días, el aislamiento del director supremo se había hecho casi completo. A la renuncia del comandante general de armas, coronel Francisco Elizalde, se había seguido la del ministro del gobierno Joaquín Echeverría (enero 27). El intendente José María Guzmán, como hemos visto, encabezaba el comité revolucionario. En la noche del mismo día 27 se reunieron en la casa de este funcionario algunos de los personajes más empeñados en el cambio de

> *gobierno y acordaron celebrar al día siguiente un cabildo abierto, al cual asistirían las autoridades, las corporaciones y el vecindario noble. Los jóvenes Juan Melgarejo y Ventura Lavalle pegaron durante toda la noche los carteles manuscritos que contenían la invitación".*

Durante el encuentro, O'Higgins abdicó renunciando al mando de la Junta, el 28 de enero de 1823, embarcándose al Perú el 17 de julio siguiente. El 20 de agosto del año siguiente, recibió el grado de General en el Ejército de la Gran Colombia, incorporándose al Gran Consejo de Generales del Ejército Unido Libertador, participando a las órdenes de Bolívar en la gloriosa campaña de Ayacucho. En contraste, el 24 de mayo de 1826 el Ejército de Chile lo dio de baja y le acusó de conspirador, además de haber expirado los dos años de autorización que tenía para estar fuera del país. Moriría en este exilio, en 1842, sin alcanzar a volver a su patria. Sus restos fueron repatriados en 1869.

Casi al mismo tiempo en que O'Higgins dimitía, Cochrane partió a trabajar por la independencia del Brasil, y más tarde por la de Grecia, dejando su cargo de vuelta en la persona de Blanco Encalada. Un tiempo después, el Gobierno de Chile reconoció su vital importancia en la independencia chilena y peruana, pero pagándole sólo parte de los dineros que se le adeudaban. Por ley de la República del 20 de agosto de 1857, fue reincorporado a la Armada de Chile, a la cabeza del Escalafón de Oficiales. Falleció en Londres el 31 de octubre de 1860. Sus cenizas fueron colocadas en la Abadía de Westminster, bajo una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

> *"Thomas Cochrane, Conde de Dundonald, luchó por la Independencia de cuatro naciones".*

Primeras señales de ingratitud peruana. Riva Agüero pacta contra los patriotas

El que un pueblo alojado en un *patrio trasero* y potencialmente *envidioso* del estatus peruano (según el discurso utilizado por los historiadores de esa nacionalidad), haya demostrado a este mismo país la debilidad de su ejército e iniciado un cambio fundamental para el destino histórico del mismo, forzando su conversión en nación independiente, fue algo que causó escozor entre los sectores limeños de mayor tendencia antichilena, ya entonces existentes. Este resquemor se observa claramente en el histórico relato desarrollado por el Perú en torno a su independencia, en el que se exalta por sobre todo la figura de San Martín, desconociendo la fundamental participación de Chile en el proceso, país que financió la campaña, que puso a la mayor parte de los hombres, que armó la flota, que consiguió los empréstitos, que puso su bandera al frente de la Expedición Libertadora y que, más encima, realizó para el Perú un enorme préstamo monetario, para sostenerse en sus primeros años de autonomía.

> *"Esta incursión de apoyo* -escribe Oscar Espinosa Moraga-*, por extraña paradoja, fue un alfilerazo al orgullo del Rímac, que continuaba viviendo a imagen del esplendor del Imperio y del virreinato".*

Efectivamente, otra comunicación del General Pinto fechada hacia fines de 1822, advierte que en Lima existe un verdadero desprecio hacia los

propios chilenos y que el odio es tal que los "liberados" casi celebrarían cualquier derrota de las fuerzas de la Expedición. Los chilenos peleaban con más energía que los propios peruanos por la libertad del país incásico, y la epopeya de la Escuadra en esas aguas no parecía encender los sentimientos de fraternidad y causa común que habían inspirado la aventura libertadora. Por el contrario, rápidamente se incorporó a la historiografía oficial del Perú la errada noción de que todo se debía al esfuerzo y la sagacidad del general argentino, simplificando los acontecimientos hasta grados insólitos, explicables sólo por el deseo no confesado de minimizar la participación chilena en la liberación peruana.

Estas sensaciones araron profundo en el campo fértil de la emotividad colectiva del ex Virreinato. Prácticamente ningún historiador peruano imprime algún tono de gratitud hacia el extraordinario esfuerzo desplegado por Chile en la liberación del Perú. Por el contrario, insisten en la exaltación exagerada de la figura de San Martín y una zalamería evidente hacia el orgullo argentino, ignorando que todo en la Expedición de 1820 era chilena, incluso el rango de función militar que el general argentino desempeñaba en ese momento, precisamente desobedeciendo órdenes del Gobierno de Buenos Aires que le había solicitado el regreso y el aborto de la misión emancipadora.

Fue la insistencia de O'Higgins la que había convencido a San Martín de no abandonar el plan de liberación de Perú, y fueron los chilenos los que lograron financiar las naves de la Escuadra de bandera chilena, en total 37 contando los navíos menores, con 600.000 pesos, en una época en la que el presupuesto nacional apenas llegaba a los 1.500.000 pesos. Ese dinero era no sólo para mantener a los cerca de 5.000 hombres de la expedición (de los que tres cuartos eran chilenos), sino para los contratos de la gran cantidad de oficiales extranjeros y especialmente los ingleses, que colaboraron valerosamente en la aventura, empezando por el propio Lord Cochrane. Ya vimos cómo las memorias escritas por éste y los relatos sobre la participación de Blanco Encalada revelan la increíble cantidad de ficciones e inconsistencias de la "verdad" peruana sobre esta epopeya. Periodistas y escritores como Caporal Henry calcularon incluso que el total de gastos de la escuadra ascendía a más de 1.000.000 de pesos, contando también los víveres y elementos necesarios para cinco meses de campaña, cifra estratosférica para la época. Como también dijimos, estas deudas contraídas por Chile fueron tan grandes que provocaron en gran medida la crisis que culminó en la caída de O'Higgins, poco después.

Sin estos esfuerzos chilenos para liberar al Perú, la copa de festejo jamás podría haberse levantado ese 28 de julio de 1821, después de que la Escuadra lograra tomar Lima y el Callao, tras tantos días de postergaciones odiosas por parte de San Martín. Veremos, sin embargo, que la gratitud peruana hacia Chile sólo alcanzó para la figura de O'Higgins y en gran parte por la situación de autoexilio que vivió en ese país, período en que fue considerado más peruano que chileno entre sus seguidores locales.

A pesar de los enormes desprendimientos chilenos, para muchos se hizo claro que en la sociedad peruana había un ánimo muy distinto del que motivaba a los emancipadores. No sólo los chilenos eran objeto de indiferencia, el desprecio o una mínima cortesía por parte de los liberados, sino también los colombianos, que de la mano de Bolívar se había embarcado en los mismos riesgos con una fuerza

considerablemente menor a la de Chile. A tal punto había llegado la hostilidad de algunos peruanos hacia los hombres que se jugaban la vida por su libertad, que muchos de estos últimos estuvieron cerca de cambiarse o definitivametne se cambiaron de bando en pleno proceso bélico, cuales Benedict Arnold de Sudamérica.

Un antecedente increíble del ánimo que tenía el Perú en aquellos años, nos lo da una insólita situación de 1823 que muchos autores americanistas niegan o esconden enrojecidos por la vergüenza. Como se sabe, tras caer Lima, el propio San Martín asumió el gobierno peruano con su antes descrito *Protectorado*. Luego, debió abandonar el mandato seriamente cuestionado, en favor de la Junta De La Mar-Salazar-Alvarado, que también duró cerca de un año en el poder, siendo relevada por José de la Riva Agüero, que apenas alcanzó a estar unos cuantos meses en el Gobierno. Teniendo en sus manos la responsabilidad de la construcción de la estructura republicana de su nación aún en festejo de su independencia, Riva Agüero, motivado por su repulsa a la presencia de chilenos y colombianos dentro de su territorio, se acercó por iniciativa propia al ex Virrey De la Serna para ofrecer una alianza entre el Ejército del Perú y las fuerzas militares monarquistas de la Sierra, ¡para atacar a las propias fuerzas libertadoras!. Efectivamente, en el Artículo 5º del Pacto Riva Agüero-De la Serna se lee este impresionante párrafo:

> *"Se avendrá el Gobierno del Perú a despedir a las tropas auxiliadoras que se hallan en Lima y Callao, y si los jefes de éstas lo resistieran, entonces, en concierto, los ejércitos español y peruano les obligarían por las fuerzas a evacuar un país en que no existe ya el motivo por que fueron llamadas".*

En fin, como hace notar el profesor Sergio Villalobos, todo esto está resumido en el monumento a la Expedición Libertadora que los peruanos elevaron en Paracas: no hay allí ninguna referencia a ese sacrificio de los chilenos en tamaña campaña, por la cual, según confiesa el argentino Mitre -el mismo gran forjador del mito sanmartiniano-, fue Chile *quien lo hizo todo*.

Y mientras América del Sur se entretenían librando toda clase de intrigas y tretas entre sus miembros, los Estados Unidos de América del Norte ya estaban en condiciones de proclamar al resto del mundo aquel mismo año de 1823, por boca del Presidente James Monroe la famosa doctrina antimperial concebida por al abolicionista y posterior mandatario John Quincy Adams: *"América para los americanos".*

"Agradecimiento" del Perú a Chile: guerrilla comercial y pretensiones sobre sus territorios

Los sentimientos del Perú con respecto a sus libertadores son, como hemos visto, extraordinariamente confusos y contradictorios. Al hecho de que un subordinado como Chile se haya inmiscuido en el destino de un señor como el Virreinato del Perú al forzar su independencia, se agrega la posterior advertencia que hace para sí el propio pueblo peruano, al notar que su calidad de vida y el rico esplendor colonial ya no alumbran como en los tiempos de servicio a la Corona de España, injustificando doblemente la *insolencia* y creando en el inconciente cultural del país una nostalgia perdurable por los tiempos de grandeza

del Imperio Incásico y el Virreinato con alto componente de idealización, que ha motivado varios experimentos delirantes de restitución de poderíos políticos imperiales entre caudillos que se encuentran en la gama que va desde el Confederacionismo del Mariscal Santa Cruz hasta la Revolución nacional-progresista del General Velasco Alvarado.

El factor estratégico del control del océano Pacífico en la región subcontinental, también se concentró fuertemente en la política que el Perú comenzó a desarrollar casi desde el mismo día en que abandonó su condición de virreinato, destinada precisamente a competir con la ex Capitanía chilena por el dominio regional de los mares y los movimientos del comercio dentro del mismo. Esta ingratitud hacia el esfuerzo chileno era completamente evidente al inicio de la vida republicana peruana, cuando los conceptos de nacionalidad y pertenencia comienzan a tomar cuerpo y a encarnar el alma colectiva. Las complicaciones en el desarrollo de la guerra libertadora del Perú habían significado nuevos desembolsos de dinero, especialmente después del desastre de Moquegua. Para poder comprometer un empréstito monstruoso, de 5.000.000 de pesos, Chile prácticamente se autohipotecó en la Bolsa de Londres. En total, los gastos de la aventura libertadora sumaban cerca de 13.000.000 de reales.

Aunque el Perú se había comprometido a devolver estos dineros, el destino deparaba otra desagradable sorpresa a los chilenos.

La manifestación oficial de espíritu confrontacional de parte del Perú cobró forma en una política exageradamente competitiva contra Chile, ya fuera en ámbitos comerciales generales (trigo, puertos, etc.) como después en la posesión específica de ciertos productos explotables, como el guano y el salitre. Manteniendo las proporciones, en la actualidad la competencia desenfrenada aún persiste en casos como la producción de pisco, papas, productos marinos o las rutas interoceánicas, develando el instinto de enfrentamiento mercantil que el Perú mantiene para con su vecino del Sur. Este hostigamiento comercial manifiesto comenzó casi con la salida de la Escuadra Nacional de vuelta a Valparaíso, en 1824, con insólitas e inusitadas medidas que sólo pueden explicarse por un afán instantáneo de parte del Perú por conquistar, recuperar o preservar a toda prisa un lugar relevante dentro del nuevo escenario de la América liberada. Es así como ese mismo año, *"apenas se perdieron de vista en el horizonte las telas de los barcos"*, al decir de Henry, el Perú gravó los trigos chilenos que entraran a su territorio con un impuesto de 3 reales por fanega, dos reales más que cuando los españoles dominaban el país.

No fue el único acto de agravio contra el vecino. A fines de enero de 1824, estando en la presidencia José Bernardo de Torre Tagle, los realistas alzados en el Callao que se habían tomado el puerto durante las distracciones del *Protector* San Martín, intentaron capturar el bergantín chileno "José", violando los códigos de navegación y neutralidad en el trato a las naves que realizan funciones comerciales. Remolcado apenas entre los estallidos de los cañones, el "José" fue a parar al fondeadero de la escuadra naval británica, donde se creyó que los patriotas peruanos ayudarían a la infortunada tripulación. Vana ilusión aquella, porque tan pronto llegó al surtidor, el antes citado almirante inglés Guise, olvidando que había participado también en la Marina de Chile bajo órdenes de Cochrane, apresó la nave colocándole la bandera del Perú y obligó a sus ocupantes a desembarcar en botes en la costa, donde fueron apresados por los españoles. El dueño del

bergantín, don Manuel Rengifo -el recordado futuro ministro en los tiempos de Portales-, quedó en la ruina económica luego de este acto de vil piratería de la armada peruana, perdiendo la nave que capitaneaba en tan triste aventura. Ni siquiera sus desesperadas súplicas al propio Bolívar, una vez que éste asume la Dirección del Perú a partir del 17 de febrero, le permitieron recuperar su barca.

Quiso la historia que la ineptitud de las clases dominantes chilenas, su falta de visión y la ausencia de espíritus realmente prolijos encarnados sólo en casos excepcionales como un Carrera o un Portales, permitieran graves retrocesos en el cumplimiento del generoso destino que el Pacífico le prometía a Chile, alimentando el sentimiento triunfalista del Perú y las ansias de victoria en una competencia casi instintiva de su parte, como hemos dicho. Esto, porque otro sentimiento que Perú heredó claramente de la Colonia como antecedente de lo que sería su relación republicana con Chile, fue el deseo de acaparar una posición dominante en todo sentido dentro de la región. De allí las pretensiones que, por ejemplo, Bolívar intentó satisfacer al tratar de incorporar Valdivia y luego las islas chilenas de Juan Fernández y Chiloé para el país peruano, según procederemos a ver.

El archipiélago descubierto por Juan Fernández, hacia 1574, había sido declarado parte de las posesiones soberanas de la República de Chile en 1823. Hasta entonces, los hispanos habían usado las islas como cárcel para relegados, y eran llamadas Más a Mar (o Más Afuera) y Más a Tierra, siendo rebautizadas después como Alejandro Seilkirk y Robinson Crusoe en homenaje tanto al verdadero marino que viviera como ermitaño allí y al personaje de ficción que inmortalizara su aventura en la famosa novela. La persistencia de pretensiones peruanas quedaron en parte confirmadas unos años después, durante la Guerra contra la Confederación, cuando en 1836 las fuerzas de la Marina de Guerra del Perú intentaron apoderarse de las islas.

Chiloé, en tanto, permanecía ocupado por los españoles y fortificado, siendo su población de mayor simpatía realista, bajo el mando del Coronel Antonio Quintanilla, último gobernador español. Desde el ataque de Cochrane en 1820 y el desastre de Mocopulli en 1824, del que hablaremos más abajo, Chile no expedicionaba sobre este archipiélago, en gran parte por falta de dinero y el atraso que había generado la solidaria Liberación del Perú, aventura onerosa y sacrificada por la cual se habían dejando pendientes estos y muchos otros asuntos internos. A causa de ello, Santiago había solicitado a Lima la devolución de 300 mil pesos de la deuda peruana contraída con el Estado chileno, para iniciar así la incorporación de Chiloé, trámite que le exigía en nota oficial el Canciller limeño José Sánchez Carrión. Pero, en lugar de cancelar esta parte de las deudas, Bolívar creyó oportuno aprovechar la ocasión para anexar la isla al Perú, intención con la cual negoció en secreto la rendición de Quintanilla (sabiendo de la simpatía por el realismo que aún había en el archipiélago) a través de una embajada improvisada desde el Consejo Gubernativo de Lima, aunque sin tener éxito. En su carta al mencionado Consejo, escribía el Libertador:

> *"Quizás el consejo de gobierno, impelido por motivos de delicadeza hacia el Estado de Chile, podría no querer sin consultarle ocupar un territorio que la constitución de aquella República comprende; mas S. E. cree que tales consideraciones no deben existir, porque habiendo el Perú*

> *poseído por largo tiempo a Chiloé, habiéndose mantenido y hecho innumerables sacrificios por él, Chile siquiera no ha cumplido con un deber indispensable, el de consultar al Perú antes de sus límites constitucionales. Así los derechos del Perú a Chiloé son incontestables".*

El 1º de septiembre de 1825, en carta a Santander firmada en La Paz conjuntamente con Felipe Santiago Estenos, volvía a insistir ladinamente:

> *"Sobre la toma de Chiloé, diré que estoy resuelto a mandar el año que viene una expedición, si los chilenos no la toman antes".*

Seis días después, decidió adelantar su decisión y organizó una ofensiva para convencer a Quintanilla de someterse a la voluntad del Perú, gestiones iniciadas hacia el 27 de octubre. Las intenciones peruanas de arrebatarle a Chile la isla habían encontrado, así, un catalizador precisamente en Bolívar, el mismo que después de tantos esfuerzos por la libertad del país incásico, acabaría convertido en uno de sus más férreos enemigos, según veremos.

Expedición de Ramón Freire a Chiloé en 1826 frustra plan peruano sobre el archipiélago

Al estallar en Chile el levantamiento de la guarnición de Valdivia, se encargó al Coronel Beauchef la ingrata tarea de aplastar a los amotinados. En la ocasión, Beauchef se hizo acompañar de otro de los ilustres ingleses que participaron en la Independencia de América: el entonces muy joven William De Vic Tupper, quien se había ofrecido voluntariamente para salir en la peligrosa expedición. En reconocimiento a sus méritos, en enero de 1823 se le nombró Capitán de una compañía del Granaderos del Batallón Nº 8, Comandado precisamente por Beauchef.

Conformado por más de cien hombres, el batallón de Tupper fue enviado a Arica para actuar en la guardia de Arica mientras continuaban los esfuerzos para afianzar la independencia del Perú. Sin embargo, el grupo fue llamado poco después a embarcarse en Coquimbo, en enero de 1824 para ponerse al mando del General Ramón Freire e incursionar junto a Beauchef en la primera expedición sobre Chiloé desde el intento de Cochrane en 1820, con objeto de expulsar a los españoles que continuaban manteniendo allí su bastión. El viaje de vuelta fue una horrible odisea, casi sin alimentos ni agua, que costara la vida de dos de los granaderos antes de que pisaran tierra en isla Quiriquina de Talcahuano.

Esta primera expedición a Chiloé llegó a la isla el 24 de marzo siguiente. El batallón Nº 8 ocupó el fuerte del Chacao. El día 31, desembarcaron en Dalcahue los batallones Nº 7 y Nº 8, junto a los granaderos del Nº 1, avanzando por la selva austral a partir del día siguiente, hacia la ciudad de San Carlos con una vanguardia compuesta por dos compañías de granaderos al mando de Tupper. Sin embargo, al llegar a las ciénagas de Mocopulli, fueron emboscados por un enorme contingente de realistas, que además tenían un cañón apuntando precisamente hacia esta trampa en la geografía chilota. En los primeros instantes del combate ya habían 200 expedicionarios muertos. Tupper se arrojó heroicamente con tres de sus hombres sobre la selva donde se ocultaba

el enemigo. Sobrevivió al roce de una bala y a la punta de una bayoneta en su pierna, ganándose después el rango de Mayor por esta acción. Beauchef, en tanto, consiguió ordenar las tropas sumidas en el caos y dirigió un ataque de bayonetas del Nº 7, que logró hacer huir a los realistas. Aunque habían vencido la emboscada, el desastre marcó el fracaso general de la expedición sobre Chiloé, matando o incapacitando por sus heridas a cerca de 320 de los 500 patriotas allí llegados, por lo que Beauchef decidió regresar al día siguiente. Sabia decisión, porque a los pocos días llegaban a reforzar sus posiciones en el Pacífico dos buques españoles: el "Asia" de 64 cañones, y el "Aquiles" de 20, sellando el fracaso de la campaña, que quedó sin más remedio que regresar a territorio de la República.

Puede que la depresión de la derrota y las heridas hayan causado la frustración de Tupper, pese a su ascenso. El 25 de mayo de 1825, creyendo que la contratación de militares extranjeros sería innecesaria ya en Chile, escribía solicitando su incorporación a una de las entonces nacientes empresas inglesas de actividad minera en Chile, según aparece en la obra "Memorias del Coronel Tupper" de la que ya hemos hablado (pág. 19):

> *"Cércanos un sentimiento de vejación, que hace intolerable la situación a cualquier hombre de honor. Algunos compañeros de armas son, en verdad, dignos de pena, pues por haber sacrificado brazos y piernas en el cumplimiento de su deber se ven en total dependencia de esta ingrata República. En cuanto a mí, no me puedo quejar mucho; estoy sufriendo poco o casi nada de la herida de bayoneta que recibí en el último combate; mi pierna sólo se inflama ocasionalmente en tiempo de frío".*

Pero al ser enterado el Gobierno de Chile de que el Libertador Bolívar dispuesto a invadir por cuenta propia Chiloé y anexarlo al Perú, bajo la excusa de los *"derechos incontestables"* más arriba comentados y después del fracaso de las negociaciones con los realistas, se organizó velozmente una segunda expedición de 2.500 hombres al mando de Freire, a la sazón Jefe Supremo de Chile. Zarparon de Valparaíso en noviembre de 1825 haciendo escala en Valdivia, y llegando a la isla a principios del año siguiente.

Los realistas sumaban más de 3.000 almas, la mayoría milicianos, y contaban con 400 jinetes, bien fortificados, con trincheras y ubicaciones estratégicas frente al mar que hacían temible la empresa de intentar sacarlos de la isla. El 14 de enero de 1826, el Coronel Aldunate tomó la playa aledaña y el Mayor Tupper dirigió una avanzada en balsa por el río, en la proximidad de Castro. Al enfrentar al enemigo entraron en la vegetación de los costados, resistiendo una formidable descarga de fusiles. Los realistas intentaron una embestida de caballería, alcanzando a ser frustrados por los granaderos. Viéndose sobrepasados, los realistas corrieron camino a Castro atrincherándose en el Alto de Bellavista. Los patriotas dirigidos también por el General Borgoño, subieron corriendo el estrecho sendero, con Tupper a la cabeza. Milagrosamente, ninguna bala lo hirió, llegando de terror a los realistas, que lo creyeron poseedor de alguna cualidad mágica. Entonces enfrentó cuerpo a cuerpo a sus enemigos, batiéndolos con su sable mientras sus hombres imitaban su valor. Recibía el grado de Teniente Coronel tras estos hechos.

Tras unas cuatro horas de lucha, la expedición de Freire derrotó finalmente a las fuerzas de Quintanilla, salvando para el país la isla y el archipiélago, incorporado oficialmente con la firma del Tratado de Tantauco después de la contienda. En la acción, los muertos y heridos patriotas dejaron un número aproximado de 175. Una de las muertes más lamentadas, sin embargo, fue la del Teniente Oxley, miembro de la marina norteamericana que servía en la causa chilena, quien cayó durante el ataque a dos chalupas realistas, una de las cuales pudo ser atrapada.

Demostrada con esta acción la capacidad del soldado chileno, en contraste con muchos falsos rumores que circularon después del desastre de Mocopulli, Tupper le escribía desde Santiago a su hermana Henrietta, el 18 de febrero siguiente, según aparece también "Memorias del Coronel Tupper" (pág. 17 y 18. Los destacados son nuestros):

> *"Las observaciones contenidas en la carta de F... sobre nuestras tropas no expresan de modo alguno la verdad. LOS SOLDADOS CHILENOS SON LOS MEJORES QUE JAMÁS VI, EN EXTREMO VALIENTES Y MUY RESISTENTES A LA FATIGA, hasta un punto tal que vuestros soldados ingleses no tienen idea. Además, son muy robustos y, al contrario de lo que B... supone, no hay un solo negro en nuestro regimiento. La disciplina ahora es satisfactoria; la tropa es superior a cualquiera de las que vi en España".*
>
> *"Posiblemente hable con pasión, porque guardo a todos mis aguerridos camaradas, en particular a mi antigua compañía de granaderos un afecto de hermano. El sentimiento de absoluta adoración con que ellos me estiman, del cual tantos me han dado las pruebas más conmovedoras, es en verdad suficiente para cautivarme el corazón".*
>
> *"Desearía que pudieras ver cómo mi bravo ordenanza está ahora de guardia frente a mí; sus ojos oscuros y brillantes fijos con atención en mi persona, su rostro quemado de sol, sus bigotes negros, su atlética figura; conjunto que hace UN SOLDADO DE LA MEJOR CLASE QUE PUDIERA IMAGINARSE. En batallas y escaramuzas él ha estado siempre codo a codo conmigo, dándome testimonio de lo que continuamente dice, QUE NO ESPERA MAYOR FELICIDAD QUE MORIR LUCHANDO JUNTO A MI".*

Como es de esperar, los autores americanistas rara ver admiten la existencia de esta clase de hechos históricos. En parte, para mantener el estatus de San Martín como libertador de Chile y auténtico expulsor de los españoles en territorio chileno, sucede lo mismo que con las acciones de Cochrane en Valdivia, que pasa por muy secundarias frente a Chacabuco y Maipú. Otro detalle interesante es que se puntualiza la caída de los españoles en el Callao muy pocos días después, como la expulsión definitiva de los españoles de este lado del continente. Sin embargo, Chiloé constituía la última gobernación política del colonialismo hispano en todo el territorio, de modo que la verdadera expulsión fue realizada en esta ocasión por las fuerzas chilenas, reservando al Callao sólo la importancia de una trinchera de españoles alzados y resistiendo contra la inevitable independencia del resto del Perú.

Cabe señalar que las aspiraciones expansionistas peruanas sobre el archipiélago de Chiloé nunca desaparecieron. Pocos años después, el Mariscal Santa Cruz se valdría de los servicios conspiracionales del propio Freire, ya en exilio, para intentar iniciar en la isla una revuelta pro confederacionista en Chile. Aún es posible escuchar el nombre del archipiélago en el discurso de grupos nacionalistas y ultraderechistas peruanos, ilusionados con la idea de restituir el Imperio Incásico o el Virreinato, bajo los delirios nostálgicos que hemos descrito más arriba.

Bolívar condena al pueblo peruano. Su muerte y el triste derrumbe del sueño unificador

Puede que Bolívar creyera que actuaba de buena fe al intentar "avances" para su ilusión de Confederación Americana, con la idea de la incorporación de Chiloé al Perú, y también la del puerto chileno de Cobija a Bolivia, simiente de la Guerra del Pacífico. Espinosa Moraga ha escrito sobre el prócer, sin embargo:

> *"El Libertador, que por extraña paradoja ha sido erigido en el símbolo de la integración iberoamericana, concluyó sus días convencido de la absoluta imposibilidad de cristalizarla en la realidad".*
>
> *"Este cambio de criterio determinó su distanciamiento de O'Higgins y demás pléyade de ingenuos que persistían en sus grandiosas utopías. Con excepción de Chile, en el resto de las repúblicas afloró un nacionalismo tan violento que degeneró en dramáticas luchas por el predominio continental".*

Bolívar amó intensamente al Perú, sentimiento que sólo estuvo retribuido en ese país mientras duró la euforia y la alegría de las victorias de Junín y Ayacucho. En una carta dirigida a Santander, le dice el 26 de junio de 1825, poco después de que el Congreso le diera el mando supremo:

> *"He llegado ayer al país clásico del Sol de los incas, de la fábula y de la historia (...). Los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de la que no tenemos idea, ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres".*

Pero, continuando con las perturbadoras actitudes de ingratitud hacia los que hicieron la mayor parte de los esfuerzos que le dieron la independencia, ese mismo Perú que tanto amara, se declaró casi unánimemente en su contra traicionado por todas las fuerzas políticas, alentadas por caudillos revolucionarios y revoltosos. Depuso el cargo el 28 de enero de 1827, siendo sucedido por el boliviano Andrés de Santa Cruz. Este duro golpe fue el principio del fin para el ilustre prócer pues, para empeorar la situación, Venezuela se autodeterminó independiente, frustrando su aspiración a fundar la Gran Colombia. Se proclamó entonces Dictador para tratar de salvar el proyecto, al tiempo que sus convalecencias le sugieren abandonar la vida activa lo antes posible.

Horrorizado por la triste situación que ofrecían las ex colonias, en una controvertida carta escrita en Bogotá al pueblo ecuatoriano y boliviano, del 3 de julio de 1828 y bajo el título "Proclama a los Gobiernos del Sur",

el Libertador caraqueño confiesa sus decepciones y desprecios para con el Perú luego de la agresión protagonizada por este país a su vecina Bolivia:

> *"Ciudadanos y Soldados:*
>
> *La perfidia del Gobierno del Perú ha superado todos los límites, y hollado todos sus derechos de sus vecinos de Bolivia y Colombia. Después de mil ultrajes, sufridos con paciencia heroica, nos hemos visto obligados a repeler la injusticia con la fuerza.*
>
> *Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia, sin previa declaración de Guerra y sin causas para ello. Tan abominable conducta nos dice lo que debemos esperar de un gobierno que no conoce ni las leyes de las naciones, ni las de gratitud, ni siquiera el miramiento que se debe a pueblos amigos y hermanos.*
>
> *Referimos al catálogo de los crímenes del Gobierno del Perú, sería demasiado, y vuestro sufrimiento no podría escucharlo sin un horrible grito de Venganza, pero yo no quiero excitar vuestra indignación, ni avivar vuestras dolorosas heridas.*
>
> *Os convido solamente a armaros contra esos miserables peruanos, que ya han violado el suelo de vuestro hijo, y que intenten aún profanar el seno de la madre de los héroes.*
>
> *Armaros Colombianos del Sur, volad a la frontera con Perú, y esperad allí la hora de la Victoria. Mi presencia ante vosotros será la señal de combate.*
>
> *Simón Bolívar"*

Pero todos sus últimos esfuerzos fueron en vano. El palacio onírico que había construido con dolores y sacrificios indescriptibles después del Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica o el Discurso ante el Congreso de Angostura, allí donde clamaba orgulloso la *"Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa"*, se derrumbaba ante sus ojos como un desengaño de colosales proporciones, cediendo al peso de su propia irrealidad, falsos lirismos e imposibilidades.

Por el lado argentino, la integridad del territorio seguía pasando por los fraccionamientos comprensibles en el proceso de desintegración de la estructura virreinal ante la modernidad republicana, lo que acentuaba la evidente destrucción fragmentaria de una América Latina que el prócer había soñado unida y unificada. A pesar de la agresiva retórica de algunos autores nacionalistas platenses, que se jactan de haber resuelto con Chile grandes problemas limítrofes sin disparar un tiro y aludiendo a la supuesta actitud de cobardía chilena, el desmoronamiento de la estructura del virreinato argentino y el avance del orden republicano hizo incontenible el masivo desmembramiento de las provincias más importantes del Plata, mientras Buenos Aires sólo podía observar impotente. Al caso de la independencia del Paraguay, en 1811, y la anexión brasileña de la Banda Oriental, en 1820, debió sumar la pérdida del territorio de Charcas, dejándolo en libertad de acción el 9 de mayo de 1825, luego de que éste se alzara al control central. Así, el 6 de agosto se declararía independiente y se autodenominara Bolivia en

homenaje al Libertador que, curiosamente, jamás había querido que la ex audiencia se separara de la Plata, salvo que fuese para incorporarse al Perú. Pretendiendo recuperar parte de estos los territorios segregados, Argentina se enfrascó en guerra con el Brasil para disputar la Banda Oriental. El país carioca pasaba por una crisis interna que se reflejó en sus dificultades y desaciertos militares, resultando incapaz de impedir el triunfo argentino en Ytuzaingó, aunque virtualmente liquidó la capacidad militar de ambas naciones, quedando en un virtual empate. Las negociaciones posteriores permitieron que la Banda Oriental del Uruguay adquiriera su total independencia con la firma de la paz, lo que dejó un sabor a derrota dolorosa para el Plata, en su afán por reincorporar el territorio uruguayo a las Provincias Unidas y haciendo de la guerra recién terminada un sacrificio inútil.

Ya en el ocaso de Bolívar, José Antonio Páez, que asumió como Presidente de Venezuela tras derrocar a Santander, hizo que el Congreso aceptara la renuncia del prócer a mediados del año 1830, siendo expulsado de su patria natal con una pensión de 3.000 pesos anuales. En estas lamentables circunstancias, declarará públicamente su decepción ante el surgimiento de los separatismos en América, muy frustrado:

> *"Los que hemos trabajado por la Libertad de América, hemos arado en el mar"*.

Su sueño de unidad continental se esfumaba como una gota de tinta en el océano tempestuoso, por lo que emprendió un doloroso viaje a Jamaica. Enfermo y débil, intentó viajar también a Europa, pero le resultó imposible y cayó postrado en San Marta el 6 de diciembre de 1830, tras una dificultosa odisea desde Bogotá por el río Magdalena, quedando bajo la protección de su amigo español Joaquín de Mier y Benítez, hospedado en la Quinta de San Pedro Alejandrino de Colombia. La tuberculosis acabó consumiéndolo. Allí falleció sólo, olvidado, decepcionado y abandonado por muchos de los que antes clamaban su nombre como estandarte de unión continental, el 17 de diciembre. Tenía 47 años. El comunicado oficial anunciando su partida decía:

> *"A la una y tres minutos de la tarde murió el sol de Colombia".*

Con su extinción física, se acabó también la última brisa del sueño de la Gran Colombia. Al año siguiente, se anunció oficialmente la disolución del proyecto, fracturándose en las repúblicas de Nueva Granada (Colombia), Venezuela y Ecuador, bajo los respectivos mandos de Santander, de Páez y de Juan José Flores.



Proclama de Bolívar a los Gobiernos del Sur, 3 de julio de 1828

Génesis de las pretensiones argentinas en la Patagonia, Magallanes e islas australes

Argentina no dio señales importantes de tener interés en los territorios patagónicos hasta 1822 cuando, liberados ya de las molestosas guerrillas de Carrera, se decretaron autorizaciones comerciales que permitieron a 528 empresarios especuladores y oportunistas

monopolizar por arriendos de diez años las 3.206 leguas situadas entre los territorios fuera de la capital bonaerense y en la Pampa, frustrando intenciones de colonización. Entre los terratenientes beneficiados figuraban Carlos María de Alvear, Facundo Quiroga y Felipe Arana, tío de Manuel Barros Arana y futuro Canciller. Juan Manuel de Rosas, por ejemplo, llegó a tener una hacienda gigantesca al Sur de Buenos Aires gracias a estos procedimientos, estancia que Darwin tuvo ocasión de visitar hacia el año 1832.

En tanto, una nueva Constitución Política chilena había alcanzado a ser presentada por O'Higgins en 1822. Limitándose únicamente al territorio que estaba efectivamente ocupado, encerrado entre la cordillera y los territorios indígenas, en su artículo 3º expresaba

> *"El territorio de Chile conoce por límites naturales: al sur, el Cabo de Hornos; al norte, el despoblado de Atacama, al oriente, los Andes; al occidente, el mar Pacífico. Le pertenecen las islas del Archipiélago de Chiloé, la de la Mocha, las de Juan Fernández, la de Santa María y demás adyacentes".*

Si bien la referencia es sobre los *límites naturales* y no al territorio que en virtud del *uti possidetis* correspondía a todo el ex Reino de Chile, la inconciencia de derechos territoriales patagónicos es evidente. Aunque este argumento fue utilizado por la Argentina, posteriormente, citando esta Constitución y la de 1833 como prueba de que Chile no tenía derechos territoriales sobre la Patagonia oriental, cabe recordar que las autoridades bonaerenses parecían haber olvidado convenientemente que en el frustrado proyecto de Constitución de 1813, los juristas platenses también dejaban fuera de las Provincias Unidas a la Patagonia y a Magallanes, en el artículo 4, al declarar que *"El Territorio del Estado comprende las Provincias de Buenos Aires, Paraguay, Córdoba, Salta, Potosí, Charcas, Cochabamba, La Paz, Cuyo y Banda Oriental".* Tampoco se mencionarían los territorios patagónicos en las Constituciones de 1826 y de 1853, lo que pone en tela juicio el principal de los argumentos presentados por la Argentina sobre derechos patagónicos sobre la omisión en la ley constitucional chilena. De hecho, había tan poca valoración entonces del concepto del territorio nacional mismo, que la propia Constitución de las Provincias Unidas de 1819, legitimaba sin rubores la posibilidad de entregar territorio si era necesario, en su artículo 83, al establecer que:

> *"Puede, con parecer y consentimiento de dos terceras partes de senadores... salvo el caso de enajenación o desmembración de alguna parte del territorio, en que deberá exigirse el consentimiento de dos tercios de la Cámara de Representantes."*

Al abdicar O'Higgins y asumir el mando el General Freire, éste tuvo la actitud necesaria para comenzar a abandonar los nexos de los *lautarinos* chilenos con la influencia de Cuyo. Sin embargo, al ordenar la redacción de otra Constitución a Juan Egaña, volvió a repetirse tal cual el párrafo sobre el territorio chileno de 1922. Como se sabe, Egaña había presentado en agosto un proyecto de Ley en el que no se consideraba incorporada la Patagonia ni Arauco (Biobío) al territorio oficial chileno (independientemente de tener o no derechos en él), mientras no se integrara a las comunidades indígenas de estos terrenos al ordenamiento chileno. Esto fue confirmado por el tratadista Manuel

Carrasco Albano, que habría de publicar en Valparaíso, en 1858, un trabajo titulado "Comentarios Sobre la Constitución Política de 1833", donde analiza este punto de las primeras constituciones chilenas diciendo que*:*

> *"...los constituyentes sólo quisieron designar los límites conocidos, el territorio que actualmente se hallaba bajo la jurisdicción inmediata de las autoridades chilenas, y cuyos solos habitantes representaban".*

El 20 de noviembre de 1826, Chile y Argentina firmaron las bases de Tratado de Amistad y Alianza, en cuyo artículo 3º se obligaban a garantir la integridad territorial mutuamente contra cualquier tercera potencia que intentara modificar violentamente:

> *"...los límites de dichas Repúblicas, reconocidos antes de su emancipación, o posteriormente, en virtud de tratados especiales"*.

Esta primera referencia territorial al mismo principio del *uti possdetis* de 1810 en un acuerdo chileno-argentino, fue firmada por el Ministro Manuel Gandarillas en presentación de Santiago y por el Plenipotenciario argentino General Ignacio Álvarez por Buenos Aires. Sólo quedó en calidad de proyecto, sin embargo, porque nunca pudo ser ratificado.

Cabe preguntarse qué entendían entonces ambas repúblicas por los límites reconocibles desde *"antes de su emancipación"*, pasa saber a qué se referían en el tratado, más allá de las ligeras referencias de conciencia territorial que anteriormente manifestaban ambas repúblicas. Encontraremos interesantes referencias emitidas un mismo año y provenientes, a su vez, de dos importantes figuras históricas de ambos países. La primera es de O'Higgins quien, conciente de la necesidad de afianzar la soberanía y advirtiendo que se hacía cada vez más urgente especificar adecuadamente los territorios de las Repúblicas, dice al Presidente José Joaquín Prieto desde su autoexilio en Perú, el 24 de octubre de 1830, sobre sus deseos de:

> *"...presenciar la civilización de todos los hijos de Chile en ambas bandas de la cordillera... la unión de todos los chilenos, sur y norte del Bio-bío, como oriente y poniente de la gran cordillera en una gran familia".*

Siguiendo con sus denodados esfuerzos epistolares desde el extranjero, el 20 de agosto de 1831, O'Higgins informará por correspondencia acompañada de un "bosquejo comparativo" entre las ventajas geográficas de Estados Unidos de Norteamérica y Chile, al miembro de la Real Marina Británica, Capitán Coghlan. Allí, sugiere la conveniencia de una colonización chilena con elementos irlandeses y señala que la frontera Sur de Chile estaba en la costa Atlántica desde la Península San José a la Península Antártica, abarcando toda la Patagonia:

> *"Chile viejo y nuevo se extiende en el Pacífico desde la bahía de Mejillones hasta Nueva Shetland del Sur, en latitud 65º Sur y en el Atlántico desde la península de San José en latitud 42º hasta Nueva Shetland del Sur, o sea, 23º con una superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos, y todos ellos salubres en todas las estaciones. Una simple mirada al mapa de Sud-América basta para probar que*

Chile, tal como queda descrito, posee las llaves de esa vasta porción del Atlántico Sur..."

El Capitán Coghlan consideró tan interesante este informe que la envió personalmente al *Foreign Office* de Londres, con el objeto de que fuese estudiado. El diplomático y escritor Carlos Silva Vildósola lo redescubrió en el archivo general de este departamento inglés, traduciéndolo al español y publicándolo en Santiago en el Tomo XVII de la "Revista Chilena" de 1923.

En tanto, la existencia de rufianes, forajidos realistas y cuatreros en territorios patagónicos e indígenas desviaron la hacia allá atención de las autoridades de ambos países. Los famosos "Pincheiras", un peligroso cuarteto asistido por otros 300 o más pistoleros, llevaban sus tropelías hasta Neuquén. Curiosamente, el Gobierno de las Provincias Unidas representado por Buenos Aires y en la persona del General Gregorio Las Heras, ex integrante de las expediciones libertadoras del Pacífico como hemos visto, no manifestó su molestia contra esta banda de rufianes sobre el supuesto territorio patagónico argentino y, de hecho, se esperó del Presidente Prieto una reacción contra la banda. El futuro dictador argentino Juan Manuel de Rosas, tenía un grupo de defensa de los hacendados desde 1819, con los que el 15 de noviembre de 1825 había iniciado exploraciones desde Chascomús hasta Neuquén y Mar Chiquita. Sorprendentemente, sin embargo, Rosas intentaba ahora acuerdos directos con la pandilla, para lo cual había enviado hasta José Antonio Zúñiga, comandante de las partidas, una carta en la que le advierte con fecha 8 de noviembre de 1830:

"Las guardias que pertenecen a esta provincia de mi mando y a la de Santa Fe, y que es necesario que U.U. respeten como cosa sagrada, son: Patagones, Bahía Blanca, Tandel, Solores, Chascomuz, Ranchos, Monte, Lobos, Navarro, Luján, Fortín de Areco, Salto, Pergaminos, Rojas, Mercedes y Melincué. Esta es la línea de adentro. La de afuera corre desde la Bahía Blanca a Trimosí, de Trimosí a la Cruz de la Guerra, de la Cruz de la Guerra al Potroso, y del Potroso a Mercedes y Melincué, cuya línea es igualmente necesario que la respeten U.U. como lo más sagrado con todas las estancias que están dentro de ellas".

Este extraordinario párrafo es, quizás, el reconocimiento más explícito conocido de una alta autoridad argentina, respecto de que a ese país no le pertenecía la Patagonia, pues la línea de frontera que describe es exactamente la misma que aparece como límite Sur del Virreinato de la Plata en el mapa de Cano y Olmedilla de 1775 que, a su vez, designa todo el territorio patagónico como chileno.

El 6 de noviembre de 1820, el Capitán norteamericano David Jewett, tomó las islas Falkland o Malvinas a nombre de Buenos Aires, situadas al Este de la región magallánica, para incorporarlas a la República en su interés por mantener a raya a las incursiones inglesas en la zona. Basándose en este acto, Argentina ha alegado históricamente derechos soberanos sobre el archipiélago. Jewett había sido amigo de Carrera, quien lo había nombrado en 1814 como Comandante en Jefe de la escuadra chilena. Su fragata en la aventura a las Falkland se llamaba "Heroína", en referencia a la hermana del prócer, doña Javiera Carrera, con quien tenía gran cercanía.

Sin embargo, este acto no revistió un carácter más que simbólico hasta que Buenos Aires designó Gobernador del archipiélago a Louis Vernet, en 1829, decisión a la que Gran Bretaña protestó airadamente, por considerar las islas propias. Curiosamente, por esos mismos días la propia Argentina había ofrecido las islas a los británicos como pago para las deudas que agobiaban por entonces al país. En 1831, Vernet apresó a la goleta norteamericana "Harriet" en Puerto Soledad, al ser sorprendida cazando lobos marinos, actividad prohibida. Esto desató la ira del Cónsul de los Estados Unidos, George Slacum, quien protestó ante el Gobierno de Buenos Aires alegando que su país jamás había reconocido la autoridad de Vernet en el archipiélago. El siguiente plenipotenciario norteamericano, Francis Baylies, reafirmó con dureza la posición de Washington cuestionando los derechos argentinos en la zona. En respuesta, Vernet envió al representante yanqui un amplio memorial en que el concluye, el 6 de agosto de 1832, que:

> *"El territorio de la República es el del virreinato, en el que se incluían las Malvinas, y se extiende al sur hasta el cabo más meridional de esta América, que es el de Hornos".*

El fervor americanista cundió entre las jóvenes repúblicas en contra de la prepotencia norteamericana. Incapaces de advertir la superposición al territorio constitucionalmente declarado por Chile en el Cabo de Hornos y a sus derechos en el territorio patagónico sobre el cual el virreinato platense jamás tuvo jurisdicción política, las autoridades chilenas no sólo aceptaron la afirmación, sino que una importante figura pública la apoyó extasiado por el trasfondo americanista que adquiría la polémica: el ilustre venezolano radicado en Chile, redactor del Código Civil y recientemente nacionalizado por gracia, don Andrés Bello, quien publicó en "El Araucano", entre los días 4 y 9 de agosto de 1833, una serie de artículos en los que declaraba que *"no ha aparecido ningún documento diplomático, que por el vigor del raciocinio y la copia de noticias históricas"* desmintiera al informe de Vernet.

Curiosamente, Bello era parte de la comisión redactora que ese mismo año produjo la Constitución de 1833 que, aun cuando volvía a fijar el límite Oriental en la cordillera, incluía en el territorio chileno el Cabo de Hornos que ahora aparecía como históricamente argentino en las notas del Comandante francés.

Luego de que Gran Bretaña enviara a islas Falkland tras los incidentes entre argentinos y norteamericanos al bergantín "Clio", comandando por James Onslow y que arribó el 3 de enero de 1833, se exigió al navío argentino "Sarandi", al mando del Comandante José Pinedo, que se retirase de las islas consideradas suyas por los ingleses. Pinedo se marchó dejando sólo una pusilánime nota de protesta y, al llegar a Buenos Aires, fue procesado por no resistir y tratado como un cobarde. El corto gobierno argentino, de sólo tres años en las Malvinas o Falkland, llegaba a su fin, pero no sus pretensiones sobre el archipiélago, aún persistentes.

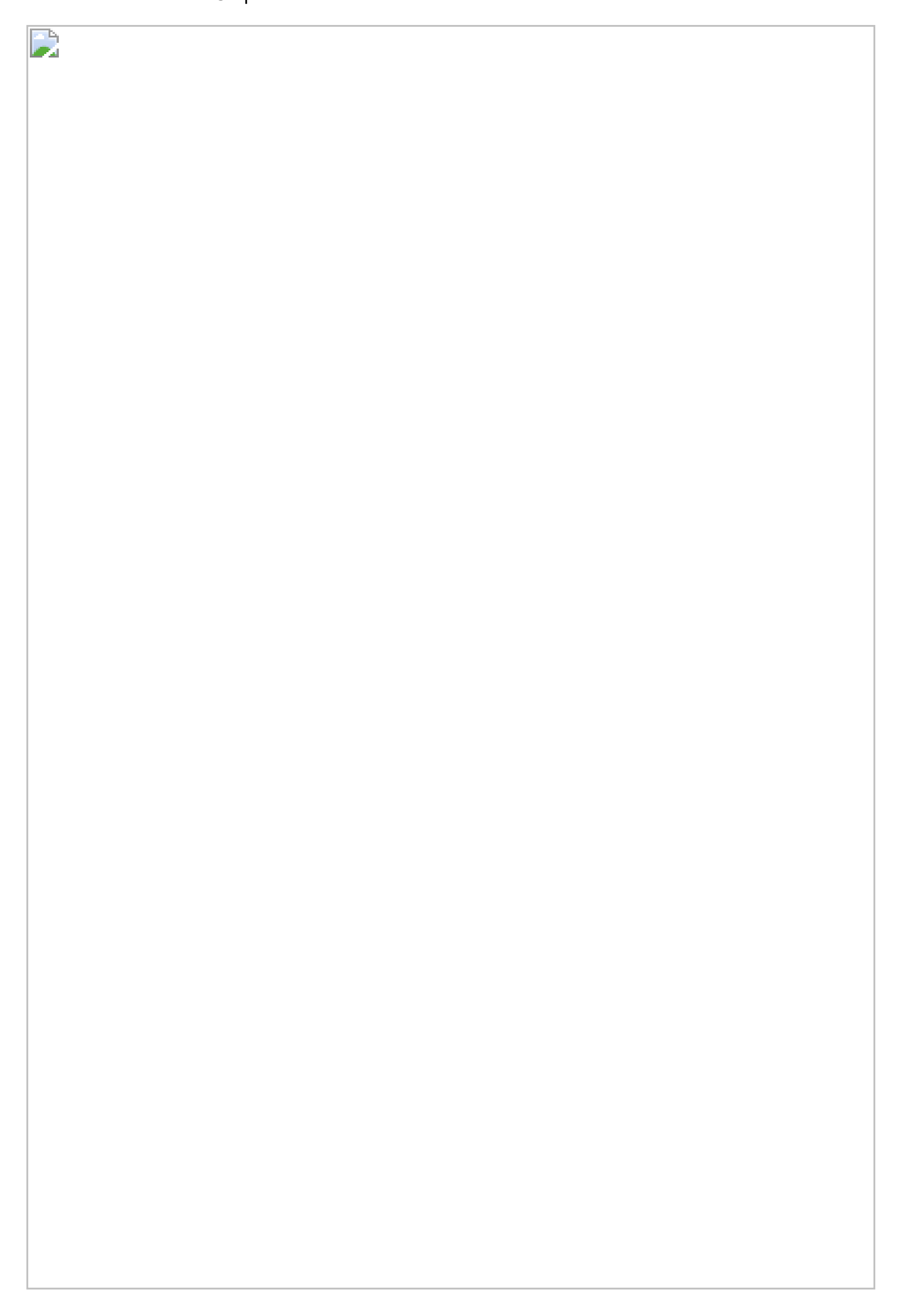
Mientras, y con la intención de desbaratar a otros delincuentes y contrabandistas, Rosas realizaría una Campaña de "limpieza" del desierto patagónico, iniciada hacia 1833. Buscaba someter a los indígenas, los contrabandistas y a las bandas de cuatreros que, por entonces, atestaban la zona amenazando los poblados cercanos a la capital. La columna derecha de avance, al mando del general José Félix Aldao, llegó al sur de Mendoza y de Neuquén; la del centro, al mando

del general José Ruiz Huidobro, avanzó contra los ranqueles hacia San Luis y Córdoba; y la de la izquierda, dirigida por el mismo Rosas, atacó a los indios pampas, al Sur de Buenos Aires. Fue la suya la única que logró su cometido, pues todas las otras se vieron superadas por la energía de los indígenas y las dificultades geográficas. Sorprendido por el paisaje, Rosas ordenó algunas investigaciones y topografías de la zona en cuestión, develando -por primera vez- un interés territorial oficial de las autoridades de la Argentina sobre esa comarca "de ladrones y saqueadores" que tanto despreciaban otros.

A todo esto, la crisis de la hegemonía que procuraba Buenos Aires sobre las demás provincias argentinas comenzaba a arrastrar al país a nuevos brotes de violencia intestina. También en Cuyo comenzaron a correr vientos secesionistas. La anarquía interna de Argentina y el aislamiento con respecto al resto del territorio, habían creado en la provincia argentina un fuerte interés en reincorporarse a Chile como antes de 1776, cuando fuera segregada, pues sus principales relaciones comerciales seguían ligadas al Pacífico más que al Atlántico. Para comprender lo que sucedía, debe recordarse que en su primer período de 1829-1832, Rosas había intentado evitar que las provincias negociaran acuerdos con potencias extranjeras sin aprobación de las demás, el 4 de enero de 1831. Sin embargo, la postración y el abandono llevaron a José Gregorio Calderón y a Genaro Segura a iniciar conversaciones directas con Chile, pasando por encima de los celos de Buenos Aires.

Quizás estas negociaciones no habrían ido más allá de lo estrictamente comercial, de no haber ocurrido entonces actos tales como el asesinato del legendario caudillo Facundo Quiroga, el 16 de febrero de 1835, en Barranca Yaco, por parte de fuerzas represivas ligadas a Rosas. Casi como una reacción instintiva, entre los mendocinos había cundido el deseo de abandonar la relación con Buenos Ares y bajo la excusa de estudiar fórmulas comerciales, fue enviada a La Moneda una misión compuesta por Juan de Rozas Corres y Juan Domingo Castro y Calvo, para proponer la eventual anexión en términos coloquiales. Paralelamente, el influyente ciudadano argentino José Luis Calle buscó acercarse al insigne ministro Diego Portales, conciente de su relevancia en el ordenamiento nacional y político chileno. Pero el artífice del *Estado en forma* no creyó viable arrojarse sobre los hombros la responsabilidad de una provincia situada en la periferia de los Andes y rechazó la propuesta.

Calle insistió enviándole una carta el 11 de marzo hasta su Hacienda Rayado, en La Ligua. Decía en ella que la barrera de los Andes era *"cien veces"* menos dificultosa de traspasar que el desierto que separaba a Mendoza del Atlántico. Sin embargo, esta vez Portales ni siquiera le respondió. Los delegados cuyanos sólo debieron conformarse con un acuerdo comercial firmado el 3 de abril, ratificado en Mendoza, el 3 de julio, y en Santiago, el 22 de octubre.



Revisando la exaltación mesiánica de San Martín en la independencia de Chile y Perú

La actuación de San Martín como representante del Plata en la liberación de Chile merece un capítulo propio.

A falta de grandes figuras heroicas, la historiografía argentina establece una exageración con rasgos de divinización sobre la figura de José de San Martín, alentada también por el antichilenismo histórico del Perú, que se ha negado a reconocer la vital participación chilena en su independencia, cediéndole todos los laureles al general argentino. De esta manera, nos encontramos con ornamentaciones literarias platenses que muchas veces podrían resultar rayanas en lo bizarro, como cuando Ricardo Rojas llega a titular su biografía del prócer como "El Santo de la Espada: Vida de San Martín", definiéndolo como *"una figura de trascendencia ecuménica"*. Caillet Bois, por su parte, llegó a afirmar que

"Difícil resulta encontrar en la Historia del mundo un ejemplo de plan de guerra más audaz y preciso a la vez", por supuesto que adjudicando todo el mérito de la Expedición de los Andes, la Escuadra de Chile y el Ejército Libertador del Perú, a su ingenio. Del mismo modo, el folleto "El Centenario de Ejército de los Andes", publicado en 1911 en Buenos Aires, declara con vehemencia que *"Ni los desastres trasandinos que trajeron las inmigraciones de los derrotados en Rancagua, con los sinsabores que la hospitalidad recibió por pago, amenguaron su entusiasmo"*.

La participación del prócer ha sido leudada también entre algunos de sus simpatizantes "americanistas" chilenos, marginando -de paso- al verdadero pionero de la independencia, don José Miguel Carrera, padre inspirador de las revoluciones contra la corona como hemos visto más arriba. Quizás con este mismo propósito anticarrerino, el historiador argentino García Hamilton llega a escribir en "Don José" que la flotilla naval y las armas que Carrera trajo desde Estados Unidos para el independentismo, robadas por Pueyrredón tan pronto llegaron a puerto como hemos dicho, eran una importación bélica gestionada por una sociedad entre San Martín y O'Higgins (!).

Demás está recordar la cantidad de problemas que puso al General San Martín el Gobierno de Buenos Aires y de los que ya hemos hecho caudal, al negarle los empréstitos prometidos para ayudar a Chile, al llamarle reiteradas veces de vuelta a la Argentina, al exigirle que abandonara la empresa militar y, a fin de cuentas, precisamente a obstaculizar la independencia de Chile. Sin miedo al error, creemos haber demostrado en este escrito que la ayuda argentina a Chile se redujo sólo a la generosidad interesada de San Martín y de su círculo de militares más cercanos de Cuyo, pues el Gobierno de Buenos Aires no hizo otra cosa que retrasar y complicar una infinidad de veces la organización del Ejército. Ello sin considerar el costo negro de perder a próceres como los hermanos Carrera y Rodríguez, caídos por la mano asesina de los supuestos "libertadores" argentinos. En esta misma línea, conviene recordar que los estudios de René Peri publicados en la obra "O'Higgins de América" (1993, Red Internacional de Libro), citan cartas del Libertador San Martín donde éste mismo reconoce que fue Chile el que proporcionó a Buenos Aires los soldados, pólvora y armas necesarias para poder sostener su independencia, y que el Ejército de los Andes formado en Mendoza, si bien con mayoría de oficiales argentinos, tenía un cuerpo de reclutas mayoritariamente chileno. Por esa razón, San Martín declara que, a partir de 1820, O'Higgins y la Escuadra Nacional se convirtieron en los *"árbitros de América"*.

Otro punto que jamás se mencionará en la historiografía oficial argentina, es que la participación de San Martín contra el Virreinato del Perú tenía por objetivo preservar la existencia de su provincia de Cuyo y evitar la amenaza española a la futura República Argentina, como hemos tenido tiempo de ver. Dicho de otro modo, la unión chilena y argentina de la independencia fue una sociedad de mutuos beneficios y no el generoso *favor* que se esmeran en describir algunos historiadores platenses. Esta exaltación tendenciosa y apasionada no ha dañado sólo la memoria de los héroes chilenos de la independencia en los libros y relatos históricos argentinos, sino que ha alcanzado incluso a sus propias figuras insignes que participaron activamente en los procesos de liberación del continente, relegando algunas de ellas a un muy inmerecido plano menor de protagonismo. Tal ha sido el caso, por ejemplo, del General Gregorio Las Heras, quien apareció en un artículo

del periodista argentino Jorge Gadano, publicado el 25 de febrero de 2006 en el diario "Río Negro", de Río Negro y Neuquén, mencionado de la siguiente forma:

> *"Y por fin, el lunes pasado, un periodista de otro diario también de Buenos Aires, destacado en Las Heras, dijo que ese pueblo santacruceño llevaba el nombre de un héroe nacional chileno. Sin descartar, porque uno nunca sabe, que en la historia de Chile se haya destacado alguien así llamado, me atrevo a afirmar que ese Las Heras es un compatriota. O sea que las deficiencias de la cultura periodística, como la peste, vienen de lejos".*

Aun cuando Gadano critica a sus colegas advirtiendo que fue un error señalar a Gregorio Las Heras como *"un héroe nacional chileno"*, no llega a afirmar convencidamente lo contrario y, de hecho, se refiere al prócer impersonalmente como *"ese"*, dándonos una proporción de los niveles de desconocimiento y de dudas que existe en la Argentina sobre su nombre, eclipsado definitivamente por la exaltación mística que hace a San Martín, merecedor de todos los créditos del proceso independentista de la región, a pesar de que Gregorio Las Heras había sido el primer jefe militar argentino que peleó en territorio chileno tras llegar con un pequeño batallón propio hacia 1813. Y pasando por encima, además, de que posiblemente su actuación en Chile llegara a ser mucho más lucida que la del mismo general cuyano, especialmente en episodios como el desastre de Cancha Rayada, que habría resultado peor de no mediar precisamente el profesionalismo militar y la frialdad de Gregorio Las Heras, como hemos visto. Es más: el héroe llegó a ser Gobernador de Buenos Aires en 1824, con lo cual los argentinos estarían ignorando uno de los personajes que figuran en su propia línea de mandatarios. Cabe advertir que no ha sido la única vez en que un periodista argentino se equivoca al no reconocer como compatriota suyo al mismo personaje e identificarlo con la nacionalidad chilena, en este caso, al parecer por haber fallecido en territorio de Chile en 1866, aunque siendo repatriado cuarenta años después.

Incluso Mitre se permite hacer exaltaciones mesiánicas sobre la descolorida participación de las fuerzas argentinas en territorio peruano, cuando escribe compungido en "Páginas de Historia" recordando a dos héroes desconocidos argentinos de la Independencia del Perú:

> *"Hace medio siglo que un soldado oscuro de Buenos Aires sacrificó deliberadamente su vida como un soldado de Leónidas, para no prestar sus armas a la bandera del enemigo triunfante".*
>
> *"Hace medio siglo que un puñado de oficiales del ejército argentino en el Perú sorteó la vida con un estoicismo heroico, digno de los mejores tiempos de la Atenas de Sócrates".*
>
> *"Hace hoy cincuenta años que dos ilustres mártires argentinos, nuevos Curcios romanos, se sacrificaron con abnegación por salvar la vida de sus compañeros de armas, como víctimas propiciatorias de la libertad americana".*
>
> *"Transcurrieron treinta y tres años ¡la edad de un redentor! antes de que una parte de estos hechos fuese recordada..."*

Vemos así que, curiosamente, el relato patriotero y chovinista ha terminado beneficiando el discurso de las propias fuerzas antipatriotas y entreguistas que operan en la Argentina, generalmente ligadas a experimentos de izquierda política local, y con similar tipo de estrategias y recursos propagandísticos que en Chile, como es el ataque gramnsciano a las figuras heroicas y a los próceres.

Génesis del mito platense de que *"Argentina liberó a Chile"*. Una opinión de Barros Arana

Muy relacionado con el sentimiento que inspiró los casos anteriores, está el asunto de colocar a la Argentina como una nación cuya presencia fue fundamental para la liberación de Chile del dominio español, algo que con frecuencia el argentino promedio le enrostra al chileno cuando se trata de debates de carácter territorial o en materias históricas. Una opinión que sólo puede ser sostenida, sin embargo, atendiendo una muy parcial y poco documentada visión de lo que fue el proceso independentista.

Para poder sentar esta leyenda, la historiografía oficial argentina recurre al trabajo de vincular con fuerza la nacionalidad del prócer con su patria natal argentina, de modo que la propia Argentina se vea conveniente y fielmente representada en la obra de San Martín por la causa de la liberación continental. Sin embargo, un cálculo interesante arroja al respecto el autor colombiano Fernando González sobre el prócer:

> *"Vivió en América los primeros ocho años de su vida. Luego estuvo de 1812 a 1823. Vivió, pues, en América 18 años y murió setentón en Europa. En la Argentina propiamente vivió muy poco".*

El propósito de esta fábula tiene un objetivo claro: imponer la idea de un SUPREMACISMO HISTÓRICO de Argentina con respecto a los demás pueblos, además de simular una situación en la que CHILE TENDRÍA UNA DEUDA HISTÓRICA CON ARGENTINA, por el hecho de que ella *"los liberó"*. En Argentina se jura de rodillas, con frecuencia, la seguridad de que estos hechos fueron tales ya que se enseñan desde la temprana edad escolar con ese sesgo supremacista al que hacemos referencia. Aunque esta tendencia ha disminuido en los últimos tiempos, hubo períodos que realmente sorprenden por el fanatismo y la pasión desbocada con que los biógrafos de San Martín y los revisores de las campañas de la independencia de Chile o Perú, han deslizado sus plumas.

No terminaban aún de disiparse los humos de las batallas por la liberación del Perú, por ejemplo, cuando en 1825 fue publicado en Buenos Aires el "Compendio de las Campañas del Ejército de los Andes", por la Imprenta del Estado, donde se formulaban estas audaces declaraciones sacadas de una fantasía nacionalista insólitamente contrapuesta a la realidad de la complicaciones y las dificultades militares que tuvo para chilenos y argentinos la campaña del ejército binacional:

> *"Desde ese bélico y majestuoso momento ya esas bravas legiones de esforzados guerreros emprendieron sus marchas por las estériles y escarpadas cumbres de los* Andes. *Pisando las heladas nieves de su cima, despreciando la*

> *muerte, y los horrorosos precipicios de aquel tránsito, tremolaron por primera vez el pabellón Argentino sobre las mayores, elevaciones del globo".*
>
> *"Esta admirable jornada excedió en magnitud la de los cartagineses, cuando a las órdenes de Aníbal treparon sobre los* Pirineos *y los* Alpes*. Los argentinos en posesión más eminente aún, que la de las nubes, que cubren la corona de aquellos cerros, miraron a sus pies los quebrados campos de Putaendo y de la Guardia..."*
>
> *"(..) Los españoles huyen... La caballería los despedaza; y pisando sus cadáveres entró el ejército triunfante en Santiago".*
>
> *"Los chilenos llenos de admiración ven a sus libertadores como los genios tutelares de América.* Vosotros *(les dicen)* sois más enérgicos que los romanos cuando César; porgue llegasteis, visteis, vencisteis y rompisteis nuestras cadenas*".*

Conviene recordar, sobre este punto y a propósito de tan pomposa referencia y de la absurda comparación con la epopeya de Aníbal (que no merece más comentarios), que las cifras oficiales sobre la composición del Ejército a fines de 1817, era de 6.514 chilenos y apenas 2.600 argentinos. Ha de haber sido esta la proporción -como mínimo- de las fuerzas patriotas chilenas en el decisivo combate de 1818, de modo que las matemáticas tampoco ayudan a sostener el mito de la liberación "argentina" de Chile. Además, considérese que para entonces, muchos argentinos habían retornado a su patria frustrados con las complicaciones de la empresa, de modo que el crecimiento del Ejército se debió especialmente a la presencia de chilenos que siguieron uniéndose a las filas.

Por otro lado, aseverar el uso del pabellón argentino en la Expedición Libertadora es un error muy frecuente, incluso entre historiadores versados, pues a la sazón, los ejércitos de tierra no usaban banderas de países como distintivos, sino coronelas. Ya vimos que San Martín había ordenado hacer una coronela propia para este Ejército: "la bandera de los Andes", adoptada después como el pabellón de Mendoza. A la sazón, los chilenos se habían quedado sin símbolo patrio tras la abolición de la bandera de la Patria Vieja luego del Tratado de Lircay de 1814, de modo que difícilmente podría haberse esperado que la expedición saliera con un símbolo distinto al ideado por San Martín o sin un diseño alusivo a los símbolos del Plata. Sin embargo, también hemos visto que este emblema se usó sólo hasta la batalla de Chacabuco, y que para la definitiva victoria de Maipú, ya había sido sustituida por el flamante emblema patrio chileno. En el desprendimiento del símbolo del Ejército de los Andes por parte de las fuerzas militares establecidas en Chile, obró también falta de interés de Buenos Aires en participar de este proyecto y de los planes de liberación del Perú. Está comprobado que la tropa de la expedición que zarpó al Virreinato, de hecho, usaba una coronela basada en la bandera chilena, pero con tres estrellas en lugar de una, como hemos comentado antes.

Pero no contenta con esta visión mesiánica, la misma fuente agregaba otros indignantes comentarios sobre la formación del Ejército chileno también absolutamente opuestos a los hechos históricos y omitiendo el

período de forjamiento de la república que ya había comenzado con la Presidencia del General Carrera en 1811:

> *"Mientras esta división sitiaba a este* Gibraltar *de la América, la otra parte del ejército de los Andes en Santiago disciplinaba una nueva fuerza para el Estado de* Chile*, sirviendo sus tropas y oficiales de base para los cuerpos con que aquella nueva República había de sostener su independencia. Este liberal y generoso desprendimiento hizo ver a los chilenos, que sus libertadores se habían transformado en maestros, para partir después con ellos las glorias, como aliados y compañeros".*

Fue durante el acalorado debate de los representantes de Chile y Argentina por la posesión de la Patagonia, entre 1872 y 1873, que la prensa de Buenos Aires comenzó a repetir y expandir con agresividad esta supremacista afirmación antichilena, que va contra los hechos de la historia y las crónicas de la época, por lo que su origen mismo ha de estar asociado a intereses expansionistas reflejados en la propaganda nacionalista. De este modo, el diario "La Prensa" de la capital argentina se preguntaba en tono iracundo, el 27 de marzo de 1873:

> *"Sería terrible que en estos momentos se nos infiriese un ultraje que no pudiésemos vindicar sobre la marcha, pero sería más terrible quedarnos con el ultraje, y perder para siempre los territorios que conquistamos con nuestra bravura asegurando la independencia de la mitad de continente americano ¿Cómo consolarnos jamás de que precisamente Chile, que aseguró su independencia con sangre argentina vertida en honor suyo, venga hoy a disputarnos y arrebatar nuestros territorios bañados por el Atlántico, jurisdicción incuestionable de la América Oriental?".*

La mayoría chilena en el Ejército, la anualidad de $ 2.000.000 pagadas enteramente por Chile y el hecho de haber mantenido además a los dos batallones que quedaron dentro de las fronteras trasandinas al salir la expedición, no bastaban para apaciguar siquiera la muy izada idea de la participación argentina del proceso. El propio Mitre, en su obra "Historia de San Martín", reconoce:

> *"Jamás ninguna de las nacientes Repúblicas, había hecho un esfuerzo tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado, con el concurso del Ejército de los Andes, a costa de inmensos sacrificios."*

> *"Chile no tenía dinero, ni tampoco tenía marina para poder llevar a cabo tan colosal empresa; pero fue consiguiendo lo uno, con empréstitos, y creando la otra con empeño."*

Estos acontecimientos, que podrían ser verdaderos y auténticos episodios de la unidad americana, de sustentación real de fraternidad entre Chile y Argentina, han preferido ser contados por los historiadores platenses bajo hipótesis supremacistas y a veces francamente desvergonzadas.

Para desmentir gran parte de los chovinismos que alimentan el mito argentino de haber liberado a Chile del dominio español, no es necesario recurrir a los dichos de algún gran nacionalista chileno ni de

alguien que, ante la necesidad iconoclasta, pudiese ser tildado de *antiargentino* o *argentinófobo*... La siguiente es la parte contundente de una carta que pasaría después al archivo epistolar de Miguel Luis Amunátegui, enviada desde la nación vecina por uno de los más recordados americanistas chilenos, además ser de hijo de una noble dama argentina y de alguna manera gran amigo de ese país a fin de cuentas, don Diego Barros Arana, al Presidente Aníbal Pinto con fecha 28 de marzo de 1877, durante su misión diplomática (los destacados son nuestros):

> *"El 25 de Mayo tuvieron lugar las fiestas de estilo para celebrar el aniversario de la Independencia. En los recuerdos patrioteros, se daba a Chile su parte no de gloria, sino de ignominia. Los argentinos fueron a liberarnos y a liberar al Perú, se decía, y enseñaron a sus hijos el camino de los Andes, que algún día volverán a pasar. Estas gentes ignoran estos tres hechos capitales:*
>
> *1° Que la campaña de 1817 es una empresa casi personal del General San Martín, porque EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES SE RESISTIÓ A ELLA cuando fue dable y San Martín casi no contó más que con los escasos recursos que pudo proporcionarle la provincia de Cuyo;*
>
> *2° Que el Ejército de los Andes que hizo esa campaña, era compuesto en esta forma: DOS TERCIOS ERAN CHILENOS, UN TERCIO DE ARGENTINOS, como lo dice expresamente el General don Tomás Guido en una carta que publiqué en la revista "Chilena" del 1° de Diciembre de 1875; y que el paso de los Andes NO HABRÍA SIDO POSIBLE SIN EL LEVANTAMIENTO DE CHILE, que ejecutaban don Manuel Rodríguez y otros patriotas para mantener dividida y preocupadas a las tropas españolas; y*
>
> *3° Que en la expedición libertadora del Perú FUE CHILE QUIEN LO HIZO TODO. El Gobierno de Buenos Aires ni siquiera ratificó el Tratado de Alianza propuesto por Chile para llevar la guerra de Independencia al Perú, como pueden verlo en la página 1 a 4 del primer tomo de la Colección de Tratados de Chile. Por eso mismo, la expedición libertadora partió de Valparaíso CON BANDERA CHILENA. ES FALSO Y FALSÍSIMO QUE SE HAYA VISTO UNA SOLA BANDERA ARGENTINA. Las banderas de Pasco y Pichincha eran chilenas en el primer combate; colombianas y chilenas en el segundo. Si no, ¿cómo San Martín había de llevar bandera argentina cuando acababan de desobedecer al gobierno argentino? Después de esa desobediencia, TODO EL EJERCITO FUE CHILENO, Y LOS JEFES Y OFICIALES ARGENTINOS, RECIBIERON SUS GRADOS DE CHILE FIRMADOS POR O'HIGGINS Y ZENTENO. Esta es la verdad: lo demás es mentira, para embaucar a los bobos.*
>
> *Otro error de estas gentes es creer y repetir en los diarios, en los versos y en los discursos, que el primer grito de la independencia americana fue el 25 de Mayo de 1810, que repercutió desde la Plata hasta el Orinoco. ¡Disparates inconcebibles! Sin contar los movimientos insurreccionales de Tupac Amaru en el Perú, de Berbeo, en Nueva Granada,*

y de tantos otros fracasados antes de 1810. Caracas se dio un gobierno propio el 19 de Abril de 1810, y su primer Congreso proclamó solemnemente la independencia el 5 de Julio de 1811. Mientras tanto, las provincias argentinas formaron su primer gobierno el 25 de Mayo de 1810, y sólo declararon su independencia el 9 de Julio de 1811, es decir, cinco años después de Venezuela, tres después de México, que se declaró independiente el 6 de Noviembre de 1813 y tres también, después que la Nueva Granada se declaró independiente el 16 de Julio de 1813.

Los revolucionarios argentinos ERAN MONARQUISTAS; ellos enviaron a Europa a don Juan José Sarratea, a don Miguel Belgrano y a don Bernardino Rivadavia, a buscar un príncipe para coronarlo aquí. Otros buscaban algún indio de las familias de los Incas para hacerlo rey. Estos grandes liberales, libertadores de los dos mundos, NO DECLARARON SIQUIERA LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS; y las cosas quedaron en ese estado hasta 1840, en que Rosas, para engrosar su ejército, abolió la esclavitud."

Debe recordarse que estas líneas fueron escritas por el intelectual chileno durante su poco exitosa y a la larga perjudicial misión en Buenos Aires, con la intención de poner fin a la cuestión de la Patagonia con un acuerdo bilateral. Durante este período, Barros Arana fue objeto de toda clase de provocaciones de parte de los argentinos, incluyendo un asalto a su delegación que implicó el robo de documentación secreta de Chile. Poco después, se supo que los autores de tal ilícito habían sido entreguistas traidores de Chile residentes en Argentina, dirigidos por una importante autoridad de ese país.

Otro hito interesante en la difusión de estas ideas dentro de la historiografía argentina, la constituye la fundación de la Asociación de la Gratitud Nacional, en 1910, que se ocupó de promover muchas de las concepciones mesiánicas que hoy en día persisten sobre el rol de San Martín, del Ejército de los Andes y de próceres argentinos posteriores, divinizados y canonizados en conceptos casi religiosos. Entre otros mitos, se adjudica a la influencia de San Martín sobre O'Higgins la abolición de la esclavitud en Chile, a pesar de las medidas anteriormente tomadas por Carrera e interrumpidas por la reconquista, y de las observaciones que hace Barros Arana en este sentido. Además, se parece olvidar que ciertas formas de trabajos forzados similares al esclavismo continuaron siendo practicadas en Chile por los *lautarinos* aún después de la victoria de Maipú, cuando se obligó a varios prisioneros realistas españoles a trabajar en labores de servicio público y en la construcción de la Alameda de las Delicias, actual Alameda Bernardo O'Higgins de Santiago, en el lugar donde antes se encontraba el sendero de La Cañada. Hasta se evaluó la posibilidad de ponerlos al servicio de las familias pudientes de Chile que estuvieron del lado de los patriotas. Estos trabajos forzados fueron, sin embargo, mejor destino para nobles y aristócratas hispanos que el originalmente contemplado, que consideraba fusilarlos en Chile o en Cuyo ante la falta de presupuesto para mantener simultáneamente tantos prisioneros y, a la vez, organizar la expedición que saldría hacia el Perú.

Para mayor indagación respecto de estos temas, recomendamos leer el primer volumen de la extraordinaria obra de Oscar Espinosa Moraga "El

Precio de la Paz Chileno-Argentina" (Editorial Nascimiento, 1969).

Perú se niega a pagar gastos de su liberación y otorga todo el crédito a los argentinos

> *"Para exponer la historia de la mistificación hecha en la Argentina en perjurio del Libertador y a favor de San Martín por los oligarcas que desde Buenos Aires han dominado al gran pueblo, traeremos aquí los comprobantes. Valgámonos para ello de armas cogidas al enemigo. Se trata de robar a Bolívar la independencia del Perú, y es preciso atribuir a San Martín capacidad, pero desinterés... San Martín no representa la Argentina, no tiene respaldo en ella. Monarquista, despreciador de América e incapaz de la obra. Se acabó después de las batallas de Maipú y Chacabuco, y traicionó la obra iniciada en su campaña. Fue después, al ver ya libertada a América, cuando San Martín habló nuevamente de tales negocios..."* (Fernando González, "Santander", Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, noviembre de 1994)

El ex senador radical chileno Exequiel González Madariaga, escribió una vez, reafirmando la opinión antes citada de Barros Arana y la ingratitud del Perú para con los sacrificios chilenos en pro de su liberación:

> *"Nuestras relaciones con Perú nunca han sido acogidas con la sinceridad como los chilenos hubiéramos deseado que fueren. Así debemos empezar diciendo que el Ejército de los Andes, al que esperábamos para iniciar la Expedición Libertadora del Perú estaba compuesto de dos tercios de chileno y un tercio de argentinos. Que en parte alguna de la Expedición figuró bandera argentina porque el aporte de San Martín fue personal, sin otra ayuda que la poca que encontró en Cuyo, debido a su rompimiento con el gobierno de Buenos Aires. De los acontecimientos aparece que las banderas de Pasco y Pichincha eran chilenas en el primer combate; colombianas y chilenas en el segundo. Después de la desobediencia con Buenos Aires, todo el ejército fue chileno y los jefes y oficiales argentinos recibieron grados en Chile firmados por O'Higgins y por Zenteno. En la expedición libertadora del Perú fue Chile quien lo hizo todo, y eso no necesita demostrarse. El Gobierno de Buenos Aires ni siquiera ratificó el Tratado de Alianza propuesto por Chile para llevar la guerra de la Independencia al Perú".*
>
> *"Además el General San Martín no ocultaba sus ideas monarquistas, a tal punto que después de la destitución del virrey de Pezuela se empeñaba en negociar la independencia del Perú sobre la base de un gobierno monárquico, se ofrece para integrar comisiones en busca de un príncipe de sangre real, escribe reiteradamente a O'Higgins para hacerlo desistir de sus ideas republicanas y, finalmente, es objeto de un proceso sustanciado por la masonería argentina, el que fue conocido con el nombre de "Alta Traición y Monarquismo". Con todo, en Argentina se le sigue llamando "libertador" de Chile y Perú y en este último país se acoge con simpatía tal aseveración. Sin embargo, la historia acredita que después del "Acta de Rancagua" del 2 de abril de 1919 presidida por Gregorio Las Heras y seguida de la consiguiente renuncia de San Martín al cargo de General en Jefe del Ejército de los Andes, O'Higgins se*

> *apresura a contratar a los oficiales y clases del Ejército de los Andes, que ha desaparecido, los que son incorporados al Ejército de Chile, con el mismo grado y rango que tenían. San Martín fue designado General en Jefe del Ejército Libertador del Perú y éste nunca dejó de reconocer en forma pública la autoridad del Gobierno chileno".*

Al respecto, es recomendable consultar el trabajo del profesor Julio Heise González, titulado "O'Higgins, forjador de una tradición democrática", donde el autor describe el estado de anarquía que existía en la época en las Provincias Unidas del Río de la Plata y los incidentes políticos que justificaron la rebelión de San Martín y la negativa de la Argentina a proporcionar ayuda para la campaña de liberación del Perú, dejando la totalidad de los gastos militares y las responsabilidades económicas sobre los hombros de la República de Chile, lo que significa que Santiago ya estaba conciente de la total marginación argentina en el financiamiento del proyecto cuando decidió darle curso.

Ya hemos visto que los gastos de la Escuadra de Chile ascendieron a más de 1.000.000 de pesos. Las complicaciones en el desarrollo de la campaña más que multiplicaron la cifra, especialmente después del desastre de Moquegua, por lo que Santiago se debió comprometer un empréstito monstruoso del que ya hablamos anteriormente. Muchos de estos montos fueron ocupados directamente por el Gobierno de Perú y las letras de los empréstitos aparecerían giradas por el Presidente José de la Mar en su breve mandato de 1822 a 1823, quedando registro su nombre en el trámite de cobro.

El Gobierno del Perú se comprometió a devolver estos dineros en retribución al colosal esfuerzo desplegado por su vecino, través de acuerdos firmados por prominentes políticos peruanos de la época, como Larrea y Loredo, Salazar y varios otros. El ingreso de utilidades por la industria guanera, en los años treinta y cuarenta, dio al Estado peruano las condiciones de rentabilidad suficientes para pagar al menos una parte de los dineros adeudados. Sin embargo, Lima se dedicó a postergar indefinidamente estos pagos, pretendiendo hacer que Chile los olvidara o desistiera de los cobros con el paso del tiempo. Sospechosamente, su historiografía y las conmemoraciones comenzaron a centrarse exclusivamente en la participación de San Martín *y los argentinos* en la liberación del país, borrando de una plumada, hasta nuestros días, la esencial actuación chilena en los sucesos.

No obstante esta terquedad, con la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana del Mariscal Santa Cruz, los peruanos opositores al protectorado se vieron en la obligación de tener que repactar la deuda con Chile, en vista de que debió ser este país el que le tendió la mano.

Tras la victoria chilena en Yungay, por el Tratado Bulnes-Gamarra, Perú se comprometió a pagar todos los gastos que a Chile le había significado la aventura contra la Confederación más la deuda anterior. Sumados a los dineros que ya se debían desde hacía cerca de 16 años y con enormes consideraciones y rebajas por parte de Chile, la cifra quedó definida en $ 5.000.000 casi exactos.

Sin embargo, tan pronto se retiró la Expedición Restauradora del General Bulnes en 1840, Lima comenzó a buscar un acercamiento político directo con Bolivia y alegó no poder pagar a Chile las deudas

porque los tratados de los que surgían las mismas no habían sido "ratificados" por las Cámaras cuando, como hemos dicho, los empréstitos ya habían sido cobrados y utilizados por las autoridades peruanas. La aproximación terminó violentamente con la invasión y muerte de Gamarra en territorio boliviano, durante la invasión peruana al vecino país. Y, nuevamente, debió ser Chile el país que intervino entre los contendores para restaurar la paz, salvando al Perú de una peligrosa situación de adversidad en que le habían puesto los bravos ejércitos altiplánicos.

Tampoco significó alguna señal de gratitud desde Perú el enorme nuevo favor otorgado por su vecino chileno. Tras una tediosas cadena de repactaciones y propuestas de acuerdos entre Lima y Santiago, la abultada deuda quedó reducida a menos de la mitad: $ 2 millones que, finalmente, fueron pagados a regañadientes por el país incásico en varias cuotas, 36 años después de ser contraídas, en 1856.

Defraudado por su vecino, entonces, Chile perdió cerca de $ 3 millones por haber liberado dos o tres veces al Perú de las garras del dominio extranjero.